

El aborto, a debate

Alejandro Navas



EUNSA



EL ABORTO, A DEBATE

Alejandro Navas

Profesor de Sociología de la Universidad de Navarra

Índice

[Introducción](#)

[Malestar de fondo y desmoralización social](#)

[Aborto y desfondamiento moral](#)

[La condición paradójica de nuestra sociedad](#)

[La capitulación del Estado de Derecho](#)

[Discapacidad y aborto](#)

[Animales, plantas y humanos](#)

[Oscurantismo frente a transparencia](#)

[La opacidad del aborto](#)

[El debate sobre La Ley Orgánica de Protección de la Vida y del Concebido y los Derechos de la Mujer](#)

[Aborto y votos electorales](#)

[La argumentación abortista](#)

[La manipulación del lenguaje](#)

[La negación del problema](#)

[La magnificación del problema](#)

[La ignorancia](#)

[Las causas de la difusión del aborto](#)

[Podemos acostumbrarnos a todo](#)

[La cultura se impone a la naturaleza](#)

[La codicia y una oportunidad de negocio](#)

[Para el aborto no hay recortes](#)

[La rendición del personal sanitario](#)

[La biografía de los actores implicados](#)

[El papel del derecho](#)

[Al servicio del imperialismo occidental](#)

[La exaltación de la libertad](#)

[La libertad de los clásicos](#)

[Los modernos y la exaltación de la libertad](#)

[Los modernos y la negación de la libertad](#)

[Infantilismo y ausencia de responsabilidad](#)

[El papel de las pasiones: odio, envidia, miedo](#)

[Violencia y poder: la fascinación del poder supremo](#)

[La religión también tiene algo que decir](#)

[Los debates pendientes](#)

[No es fácil debatir sobre el aborto](#)

[Se puede revertir la cultura de la muerte](#)

[Citas](#)

Introducción

El Consejo de Ministros del Gobierno español aprobó el 20 de diciembre de 2013 la reforma de la Ley Orgánica 2/2010 de Salud Sexual y Reproductiva y de la Interrupción Voluntaria del Embarazo (también conocida como Ley Aído, por Bibiana Aído, ministra de Igualdad y encargada de su tramitación).

El revuelo que se organizó a continuación fue monumental, en la clase política y en la opinión pública. Seguramente ayudó a darle protagonismo la tradicional tregua noticiosa de las navidades. Se trataba de una iniciativa esperada, incluida en el programa electoral con el que el Partido Popular ganó por mayoría absoluta las elecciones generales de 2011 y que el ministro de Justicia, Alberto Ruiz Gallardón, había ido anunciando durante el primer año de la nueva legislatura. Aun así, la previsibilidad de la decisión gubernamental no ha quitado mordiente a la polémica.

Nos quejamos con frecuencia de la deficiente cultura del debate que hay en España: en general, sobran sectarismo y agresividad y faltan respeto y argumentos razonados. Mandan la crispación y la visceralidad. Estos rasgos peyorativos se agudizan en el caso del aborto, como estamos teniendo ocasión de ver en las semanas posteriores al anuncio del Gobierno. Es previsible que la situación no se modifique sustancialmente durante los meses próximos, cuando se inicie el trámite del correspondiente proyecto de ley.

Vengo estudiando el fenómeno social del aborto desde hace años [\[1\]](#), y de ahí que ese debate despertara de inmediato mi interés. Las páginas que siguen recogen el fruto de mi reflexión. En un tema como el aborto resulta muy difícil la neutralidad [\[2\]](#) y adelanto que tomo posición a favor de la vida. Sin embargo, intento hacer un esfuerzo para comprender cómo pudo surgir y generalizarse la cultura de la muerte.

Las reflexiones que presento a continuación no han surgido en el vacío. Se han alimentado de la conversación que es el alma de la Universidad: intercambio con colegas y con alumnos. Buena parte de lo que expongo aquí forma parte del contenido de mis clases de Sociología en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra y en un puñado de universidades latinoamericanas.

En particular, agradezco sus comentarios a mis colegas Mariano Crespo, Gabriel de Pablo, Jesús Díaz, José Luis González, Gonzalo Herranz, Miguel Ángel Martínez, Rocío Ortiz, José Javier Sánchez Aranda e Isabel Solana.

[Volver al índice](#)

Según las cifras oficiales, desde la despenalización del aborto en 1985 hasta final de 2012 se han practicado en España algo más de 1.800.000 abortos [\[3\]](#). Como hay mujeres que abortan más de una vez [\[4\]](#), vamos a suponer que hay entre un millón y un millón y medio de mujeres distintas que han abortado en España durante los últimos casi treinta años. Además, hay que tener en cuenta a los varones que han dejado embarazadas a esas mujeres y a otras personas cercanas: sus padres, sus abuelos (pueden adquirir protagonismo cuando las embarazadas son adolescentes), hermanos, amigas. Son varios millones de personas las implicadas en el fenómeno del aborto, lo que confiere a ese colectivo una indudable relevancia social. Se trata de un grupo numeroso, pero de nula visibilidad: no existen para la opinión pública, de la misma forma que el aborto es un tema ausente en la agenda pública, salvo cuando una iniciativa legislativa como la que estamos comentando lo pone de actualidad. Parece que las mujeres del Este de Europa que abortan de modo reiterado no sienten escrúpulos ni angustia: abortar se ha convertido para ellas en un trámite rutinario y sin importancia. Pero cabe suponer que para la inmensa mayoría de las mujeres embarazadas y para buena parte de sus personas allegadas se trata de un paso traumático, que con frecuencia deja secuelas físicas y psíquicas. Se justifica, por tanto, hablar de una auténtica patología social, ampliamente generalizada, tanto más dolorosa cuanto que no se tematiza en el debate público, al no permitirlo la corrección política.

[Volver al índice](#)

G. Lemaître, sacerdote y cosmólogo belga, formuló en los años treinta la hipótesis del big bang, según la cual la Creación del mundo fue puntual e instantánea. En el debate que siguió a su propuesta se dijo que si el mundo tuvo su comienzo en esa gran explosión, debería haber quedado como huella una radiación de fondo. Efectivamente, esa radiación de microondas se descubrió en 1965, y hoy la hipótesis del big bang goza de aceptación general.

Llevo tiempo observando la realidad social europea y advierto un malestar de fondo, parecido a la radiación de Lemaître, a pesar de que los indicadores de bienestar son más positivos que nunca. Supongo que esa desazón puede atribuirse a la conciencia del declive europeo a partir de la segunda guerra mundial, perceptible en casi todos los órdenes: demográfico, político, económico, científico y tecnológico, militar... Somos un actor cada vez más secundario, condenado a una creciente irrelevancia.

La globalización empeora todavía más las cosas. A pesar de nuestra secular vocación cosmopolita, nos sentimos inseguros en un mundo grande y complejo, en el que cuesta orientarse. Como reacción rebrotan el nacionalismo o la xenofobia en política y el proteccionismo en economía. La clase política tradicional parece desbordada, se ha alejado de la ciudadanía y no da la impresión de estar a la altura, lo que favorece el populismo. Crece el anhelo de seguridad y estabilidad; el triunfo y el prestigio de Angela Merkel, en Alemania y en el extranjero, reflejan de modo cabal ese estado de ánimo. El oportunismo o la defensa del statu quo como programa le han bastado para triunfar en las últimas elecciones alemanas.

¿Cuál puede ser la raíz, el big bang responsable de ese malestar que está en el ambiente? No es seguro que se pueda individuar una causa última. En los fenómenos sociales complejos resulta imprescindible tener en cuenta una pluralidad de causas o factores. De ahí que los sociólogos prefieran hablar más bien de la correlación de variables antes que de conexiones lineales entre causas y efectos.

Además, aunque sea legítimo ver a Europa como unidad cultural, hay que tener en cuenta diferencias nacionales e incluso regionales. Aquí tenemos nuestros propios motivos para preocuparnos: el tradicional enfrentamiento entre las dos Españas, con sus heridas de difícil cicatrización; la indefinición del modelo de Estado, con un sistema autonómico apenas viable; al hilo de lo anterior, el recrudecimiento de los nacionalismos periféricos, que envenena el debate político; la corrupción; el agotamiento de un modelo económico basado en el ladrillo y el turismo masivo; la definitiva superación del terrorismo; el papel de la monarquía.

Nuestro país sigue siendo un lugar envidiable para vivir, pero se entiende que los ánimos anden por los suelos y que los jóvenes más emprendedores opten por emigrar. Los estudiosos tendemos a fijarnos en lo negativo o preocupante, pues es ahí donde se requieren análisis y propuestas para remediar los males. Esto no quiere decir que todo el cuerpo social esté podrido, ni mucho menos. Seguramente es mayoría la gente honrada, que cumple con la ley, paga sus impuestos e incluso va más allá de lo estrictamente debido y se preocupa con generosidad de los más necesitados. Pero cunde la impresión de que la corrupción y la picaresca campan a sus anchas en la piel de toro. Las élites, llamadas a ser guía y ejemplo, ofrecen un espectáculo lamentable: partidos políticos, sindicatos, empresarios, banca, justicia, intelectuales, medios de comunicación. La ciudadanía ya no se fía de los que deberían liderar la vida colectiva. La indignación caracteriza el estado de ánimo de la base; de momento no es más que un sentimiento difuso y muy extendido. Si un día llega a articularse en movimientos sociales, el establishment deberá echarse a temblar. De todos modos, habría que evitar un fácil maniqueísmo: aquí, unas élites avariciosas y corruptas y ahí, una población honrada y engañada, víctima de una auténtica mala suerte. Los gobernantes y dirigentes sociales no nos han caído del cielo como un meteorito, sino que en muchos casos los hemos elegido libremente. Y con inquietante frecuencia los seguimos votando, después de que se haya mostrado su falta de honradez: si los que roban son <de los nuestros>, la cosa estaría más que justificada; los otros, <ellos>, han robado lo suyo con anterioridad, así que ahora es <nuestro turno>. Al fin y al cabo, esas élites proceden de la ciudadanía, no han venido de fuera. El gobernante corrupto roba a lo grande, y el ciudadano sin escrúpulos defrauda en lo poco, en lo que está a su alcance. Tenemos así todo un país de pícaros, una sociedad desmoralizada.

[Volver al índice](#)

Resulta imposible establecer un diagnóstico riguroso en unas pocas líneas, pero me atrevo a formular una hipótesis: la raíz profunda de la desmoralización que sufrimos está en el desprecio a la vida humana, manifestado en prácticas como el aborto o la eutanasia. La aceptación social y legal del aborto primero y de la eutanasia después constituye, en mi opinión, el big bang que ha generado un nuevo tipo de cultura.

Si una sociedad juzga tolerable, más aún, da por bueno que podemos eliminar el embrión en el seno materno o acabar con el ya nacido cuya vida no reúne la calidad deseable –iba a escribir <adulto>, pero en los Países Bajos y Bélgica ya se permite la eutanasia infantil–, las demás infracciones acabarán pareciéndonos minucias, desviaciones sin importancia. Evadir impuestos, pagar o cobrar comisiones, prevaricar, mentir –al electorado, a los accionistas, al cónyuge, a los clientes o proveedores, a las audiencias–, robar: quien acepta el delito mayor como algo normal, ni siquiera advertirá la gravedad de los delitos menores [\[5\]](#).

Si se le puede privar al otro de su vida, ¿cómo no se podrá hacer lo mismo con su dinero, su propiedad, su buena fama, sus derechos en general? Si se puede matar, ¿por qué no se va a poder insultar, agredir, violar, engañar, manipular? Una vez que se atropella el derecho a la vida, los demás derechos, secundarios y derivados, quedan disponibles, y cualquier argumento justificará su vulneración. En términos del derecho penal, si se permite el delito grave, no tiene sentido prohibir la falta leve. De la hipocresía se llega enseguida al cinismo.

[Volver al índice](#)

El aborto es una realidad tan antigua como la misma humanidad. Si nos referimos a los orígenes de nuestra cultura occidental, conocemos con detalle la crueldad de Grecia y Roma para con los no nacidos y los neonatos. El cabeza de familia tenía plenos poderes para decidir sobre la vida o la muerte de sus hijos. Las mujeres apenas gozaban de derechos y los esclavos tenían la consideración de objetos inanimados. La suerte de mujeres y niños mejoró conforme se fue implantando el cristianismo. Siglos de progreso civilizatorio, de reflexión teórica y de experimentación política, han llevado a la democracia y al Estado de derecho, a la estima por la persona y su dignidad y a la cultura de los derechos humanos, entre otras cosas.

En la segunda mitad del siglo XIX, cuando la ciencia y la tecnología alumbran el mundo de entonces –que es ya el nuestro–, la confianza del occidental en el progreso llega al extremo. El saber y el poder, aparentemente ilimitados, van a permitir instaurar el paraíso en la tierra. La utopía está a punto de hacerse realidad. Se piensa que el extraordinario avance en el conocimiento correrá paralelo con el desarrollo moral: la ciencia se dará la mano con la justicia para lograr la sociedad perfecta. Esa borrachera de optimismo sufrió un abrupto final con las diversas crisis de comienzos del siglo XX: límites insuperables para el conocimiento científico, irracionalismo, primera guerra mundial, crisis económica, totalitarismos, etcétera. El siglo XX nos impresiona con una paradójica mezcla de civilización y de barbarie. Su balance ha dejado un sabor agrisado: cumbres de saber y de progreso material junto a abismos insondables de bajeza y degradación. Ha habido que acuñar términos nuevos para nombrar ese horror, como <limpieza étnica>, <genocidio>, <gulag>”, <Holocausto>. Hemos tipificado delitos como los de <terrorismo> y <crímenes contra la humanidad>. En el momento álgido de la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, Henry Kissinger describió la situación como MAD (Mutual Assured Destruction [\[6\]](#)). Queda a la vista la condición ambivalente del ser humano, capaz de lo mejor y de lo peor.

Son alrededor de mil millones, según estimación del Alan Guttmacher Institute, los abortos que se han producido en el mundo durante el siglo XX. La mitad corresponde a Europa, donde la Unión Soviética va destacada a la cabeza con unos trescientos millones, pues no en vano fue el primer país del mundo en legalizarlo. Como secuela del régimen comunista, el número de abortos supera actualmente en Rusia al de nacimientos. El aborto constituye, hoy día, la primera causa de muerte en el mundo.

La cultura de la muerte se inscribe en ese contexto aparentemente contradictorio que marca el siglo pasado y que se prolonga en el siglo actual.

Veamos qué ocurre en el ámbito político. Cuando en los años setenta se debatió en el Parlamento alemán la legalización del aborto, el diputado socialista Adolf Arndt señaló que esa medida equivalía a la capitulación del Estado de derecho, que había consistido precisamente en el sometimiento voluntario del más fuerte al imperio de la ley. Durante siglos de evolución social y política hemos ido generando procedimientos para regular tanto el acceso como el ejercicio del poder, de modo que quien manda se someta a las reglas y asegure la protección de los débiles. Esta evolución culmina en el Estado de derecho: elección democrática de los gobernantes, separación de poderes, imperio de la ley. Ya no estamos expuestos al capricho del soberano, pues también este debe cumplir con el ordenamiento legal.

Supuesto que se admita –lo que es mucho admitir– que entre la madre y el feto se da un insuperable conflicto de intereses, no deja de ser terrible que la solución sancionada por la ley sea la muerte de la parte más débil, el feto, a manos justamente de aquellos a cuyo cuidado está entregado: la madre que decide abortar cuenta con la ayuda de médicos, autoridades y jueces. Nadie media para alcanzar una solución pacífica a ese supuesto conflicto, como se suele hacer en otros ámbitos de la vida social. Todo lo más, la ley prescribe a las madres un breve periodo de reflexión antes de que puedan culminar su propósito homicida o les impone una conversación supuestamente orientadora con algún experto. En muchos países, esos trámites previstos por la ley no se cumplen más que sobre el papel. El seno materno, lugar acogedor y seguro por antonomasia, se convierte así en una trampa mortal. Es el punto negro por antonomasia en la carretera de la vida, el sitio donde más gente muere. Mientras las carreteras y autopistas de los países civilizados son cada vez más seguras, el seno materno se vuelve un lugar cada vez más peligroso.

Los débiles vuelven a quedar a merced de los fuertes en este retorno imprevisto de la ley de la selva. ¿Cómo se compagina la elevada retórica de la inviolable dignidad de la persona humana con este brutal retroceso? Gobiernos, parlamentos y tribunales se ven obligados a realizar complicados malabarismos para intentar cohonestar posiciones contradictorias. Nuestro Tribunal Constitucional es uno de tantos cuando, contra la lógica y el sentido común más elementales, pretende salvar en el mismo paquete la legalidad del aborto en la ley de 1985 y la protección jurídica al nasciturus. Detrás de la civilizada fachada del occidental moderno aparece un ser cruel y sin piedad, pero hay que guardar las apariencias de legalidad y de progreso.

[Volver al índice](#)

DISCAPACIDAD Y ABORTO

La cultura de los derechos humanos, uno de los timbres de gloria del siglo XX, nos hace reaccionar frente a cualquier forma de discriminación. Cuando nos encontramos con grupos tradicionalmente marginados, nos apresuramos a compensar ese déficit histórico con las llamadas políticas de la acción afirmativa.

Hemos adquirido así una sensibilidad única hacia los discapacitados, y adaptamos las ciudades, viviendas, lugares de trabajo y medios de transporte a sus condiciones, para que puedan desenvolverse con las menores limitaciones posibles. Esta admirable política viene inspirada por la ONU, y se refleja en la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad (2006). El Estado social y del bienestar alcanza de esta forma uno de sus logros humanitarios más señalados.

Pero a la vez, y aquí está la sangrante paradoja, cabe la posibilidad de que nos quedemos precisamente sin discapacitados a los que ayudar. Nuestra sociedad, tan obsesionada por la calidad de vida, soporta a duras penas la presencia de la enfermedad. Como actualmente se pueden identificar cada vez más temprano esas patologías, el desenlace está cantado: los embriones o fetos que no superen el nivel de calidad establecido son eliminados en el seno materno (diagnóstico prenatal) o en la probeta (diagnóstico preimplantatorio).

No se trata de enfermedades graves: son cosas tratables, como el labio leporino, el paladar hendido o la espina bífida, por mencionar algunos ejemplos. El síndrome de Down ocupa, sin duda, un lugar preferente en este ranking de la muerte: el aborto está acabando en Occidente con esta patología. La Federación Española de Síndrome de Down denuncia que la actitud de la mayoría de los médicos, fría y hostil, unida a la falta de información, empuja a muchos padres –en torno al 90% de los casos en que las pruebas diagnósticas confirman la anomalía cromosómica– al aborto. Algo similar sucede en la mayoría de los países europeos. Desde luego que una manera radical de acabar con la discriminación consiste en la eliminación de los potencialmente discriminados, incluso antes de nacer.

Los que tenemos cierta edad compartimos la misma experiencia: hoy apenas se ven niños o niñas de pocos años con esa discapacidad, relativamente frecuente hace algunos decenios. No se les ve de la mano de sus padres, pues la inmensa mayoría ha sido eliminada antes de nacer. Y a los que han sobrevivido se les mira como anomalías: ¿Cómo es posible que a esa muchacha la hayan dejado nacer? ¿Fallaría el diagnóstico prenatal? Vamos teniendo jurisprudencia en Europa sobre demandas judiciales entabladas por padres contra médicos por haber errado el diagnóstico y haber <permitido> así que nacieran niños con <vida errónea>. De haber conocido el alcance de

esos males, los padres hubieran optado por el aborto y no tendrían que <cargar de por vida> con esos hijos tarados. Los tribunales vienen dando la razón a los progenitores demandantes y condenan a médicos y hospitales a pagar jugosas indemnizaciones, pues el hijo enfermo se considera un daño y exige reparación.

La genética va a permitir <seleccionar> individuos sanos, y los que escapen al cribado genético y resulten defectuosos tendrán muy pocas posibilidades de sobrevivir al abandono neonatal. Nacer ya no dará derechos. La sociedad se está convirtiendo en un club cerrado, en el que los socios actuales deciden sobre la admisión de los candidatos. La tragedia de los minusválidos es que son precisamente sus padres, el personal sanitario y las autoridades quienes conspiran para vetar su ingreso. Los imperativos de la racionalización económica, es decir, la urgencia de reducir unos costes sanitarios disparados, se alían con la falta de humanidad para atentar contra esos discapacitados justamente en el momento en que se acaban de reconocer sus derechos en el papel. ¿Se está volviendo esquizofrénica nuestra sociedad?

CiU ilustra esa esquizofrenia: de una parte, presenta en el Congreso una propuesta para descartar las restricciones de voto a las personas con discapacidad intelectual (propuesta aprobada por unanimidad). De otra, pretende no aplicar la ley promovida por Gallardón y quiere tener una ley del aborto propia de Cataluña, que consideraría la malformación del feto como motivo para abortar legalmente.

[Volver al índice](#)

<Proteger la dignidad y el bienestar de los animales>, indica como objetivo el artículo primero de la ley suiza sobre la protección de los animales, promulgada en 2008 [7]. A lo largo de más de cien páginas y de 226 artículos se regulan todos los aspectos imaginables de la vida de los animales domésticos, y eso que la ley se aplica en principio tan solo a los vertebrados (el Gobierno determinará más adelante a qué animales invertebrados se aplicará también, para lo que tendrá en cuenta las aportaciones de la ciencia sobre su capacidad sensible). El texto legislativo no deja nada al azar. Por ejemplo, de los animales que viven naturalmente en grupo habrá que tener en las casas al menos dos ejemplares, para reproducir con la máxima fidelidad posible sus circunstancias naturales. Se legislan por supuesto las condiciones materiales en que se alojarán los animales, así como la forma en que deben ocupar el tiempo [8].

Aplicar esa ley va a suponer un notable esfuerzo, incluso para un pueblo tan disciplinado como el suizo. El Gobierno ha optado en primera instancia por la divulgación a través de campañas informativas, pero no descarta que la policía lleve a cabo en el futuro registros domiciliarios para asegurar su cumplimiento.

La pasión reguladora de los suizos no se detiene en el mundo animal y llega también a las plantas. La Comisión Federal de Ética para la Biotecnología en el Ámbito Extrahumano ha establecido que esa dignidad también corresponde a las plantas: <Dañarlas de modo arbitrario es moralmente inaceptable>.

Es admirable la fina sensibilidad ética que se percibe en esas iniciativas legislativas. Pero a uno le invade una sensación extraña cuando advierte que Suiza es a la vez el paraíso del suicidio asistido, donde el <turismo de la muerte> atrae a <clientes> de todo el mundo. Está bien que el Gobierno se proponga paliar la soledad de las mascotas, pero ¿qué legislador se ocupa de los humanos entrados en años que aducen la soledad como motivo para pedir la muerte?

Suiza también está en Málaga. Hace unos años, un hospital de esa ciudad, donde se practican numerosos abortos, debía pintar la fachada. Convocada de urgencia, la dirección decidió retrasar ese trabajo, pues los pintores habían descubierto un nido de vencejos en el alféizar de una de las ventanas y sus maniobras en la fachada podrían poner en peligro a sus crías. Quienes eliminan sin reparos fetos humanos se movilizan para salvar de la muerte a unas crías de pájaro.

Cristina Narbona, ministra de Medio Ambiente durante el primer Gobierno de Zapatero, ya se propuso seriamente cubrir las líneas de alta tensión para proteger a los pájaros que se posan sobre ellas. Como tantas veces ocurre en el curso de la historia, las

situaciones se repiten. Clemente de Alejandría fustigaba en el siglo II una sociedad en la que <hacen expósitos a los niños concebidos en casa y acogen a pajaritos; no admiten a un niño huérfano y crían papagayos>.

El <movimiento de liberación animal> cuenta con millones de seguidores en todo el mundo, de modo particular en el ámbito anglosajón [9]. Ese mercado, que incluye todo tipo de prestaciones [10], mueve miles de millones. Se entiende que en una sociedad individualista, donde tantas personas experimentan la soledad a pesar de vivir rodeadas de gente, se busque el cariño de las mascotas, fieles y poco exigentes. Como decía Sigrid Undset: <Hay quien ama a los animales y a las flores porque es incapaz de entenderse con las personas>.

El diario El País publicó el 29 de diciembre de 2013 (pp. 38 y 39) un reportaje de dos páginas titulado <La supresión de un derecho>. Se trataba de expresar la alarma ante las trabas que la nueva ley va a poner a las mujeres que quieran abortar. Los subtítulos resultan de lo más elocuentes: <Un polémico asesor para abortar>; <El periplo en busca de cuatro certificados>; <Las mujeres se sienten desprotegidas por la nueva ley>; <Los especialistas creen que provoca enormes barreras y desigualdades económicas y sociales>; <Los trabajadores sociales dicen no tener recursos para prestar el servicio>. Dejo de lado el notable ejercicio de lo que podríamos llamar <periodismo de anticipación> –poner la venda antes que la herida, en lenguaje coloquial–: el proyecto de ley ni siquiera ha llegado al Parlamento y El País ya informa en presente de los <inconvenientes> que entraña su aplicación. Quiero mencionar tan solo que aún si esa ley llega a promulgarse –y a aplicarse en la práctica– tal como está el anteproyecto, abortar en España seguirá siendo más sencillo que cortar un árbol, por no hablar de matar un ejemplar de cualquier especie protegida. ¿Cómo se explica que en tantos países el aprecio creciente por la vida animal o vegetal vaya unido al desprecio igualmente creciente por la vida humana?

[Volver al índice](#)

<El secretismo anida siempre en el corazón del poder>, escribió en su día Elias Canetti. Kant, el creador del concepto de <Estado de derecho>, sostenía que el deber de obedecer al Gobierno es inseparable del derecho a criticarlo. Esa libertad constituía para él uno de los criterios para la legitimación del poder. Durante los dos últimos siglos hemos asistido a una lucha denodada para adquirir y salvaguardar la libertad de expresión. Pocas son, sin embargo, las libertades tan solemnemente proclamadas y tan frecuentemente pisoteadas, también en las democracias más consolidadas. Nadie discute en el plano teórico que las autoridades están obligadas a dar cuenta de su gestión. Ese ejercicio de transparencia no es algo supererogatorio, una deferencia de gobernantes condescendientes. Se trata de un requisito imprescindible para el buen funcionamiento de la democracia. El principio de publicidad cobra una importancia creciente, como cabía esperar de democracias maduras, y trasciende el ámbito meramente político para penetrar en todos los sectores sociales. En economía se convierte en base de la buena gobernanza. Todavía hay mucha opacidad en campos tan sensibles como la remuneración de los directivos en las sociedades que cotizan en bolsa, pero se van dando pasos a trancas y barrancas. En la sanidad, en la educación, en el sector público y en el privado, incluso en el deporte se advierte la necesidad de mayor transparencia como garantía de buen gobierno y remedio contra prácticas corruptas.

Allí donde se hacen encuestas para medir el prestigio de las diferentes profesiones, el resultado es siempre el mismo: el médico es el profesional más admirado. Aun así, está cambiando la relación entre los pacientes y el personal sanitario. De la veneración hacia la bata blanca se ha pasado a una actitud más propia de clientes o consumidores exigentes, que invocan su derecho a la salud o a una atención médica suficiente. Los Gobiernos han garantizado previamente ese derecho –oferta y demanda se estimulan recíprocamente– y los usuarios se enfadan si se consideran mal tratados. La medicina se judicializa, según el modelo norteamericano, y la clase médica adopta una actitud cada vez más defensiva. Se reconoce y regula el derecho de los pacientes a saber –consentimiento informado–. El médico deja de funcionar como un soberano absoluto, y tiene que obtener la conformidad de los pacientes antes de aplicar los tratamientos. Este ejercicio de transparencia implica un incremento de trabajo para el personal sanitario –tanto tiempo dedicado a elaborar informes, dar explicaciones, rellenar formularios–, pero se reconoce que es lo propio de sociedades maduras, donde todos tienen que dar razón de las decisiones que afectan a los demás o que se financian con cargo al erario.

[Volver al índice](#)

Esa tendencia general que persigue una mayor transparencia en procesos y decisiones admite una excepción: el aborto. Aquí nos encontramos en plena oscuridad. Ya he mencionado antes su invisibilidad en el debate público. El hermetismo rodea toda la gestión de la práctica abortista. Sus promotores cierran filas en un intento desesperado para evitar que sus manejos adquieran publicidad. Tienen que luchar contra esa tendencia social general y contra los desarrollos de la tecnología –por ejemplo, la ecografía en tres dimensiones–, que permite conocer y ver cada vez con más detalle lo que sucede en el embarazo. Los partidarios del aborto no quieren ni oír hablar de esas ecografías que permiten contemplar los rasgos humanos de un feto de pocas semanas. Facilitar o impedir el acceso de las madres a esa documentación gráfica se ha convertido hoy en una de las batallas libradas con más ahínco en la guerra que enfrenta a defensores de la vida con partidarios del aborto [\[11\]](#).

Esta curiosa confrontación nos dice mucho sobre la idiosincrasia de una cultura predominantemente audiovisual. Las imágenes parecen importar más que los conceptos o que la propia realidad. Llama la atención que la conversión de Bernard Nathanson, el norteamericano <rey del aborto>, se produjera a consecuencia del visionado de una de esas ecografías. Desde luego que celebro el cambio de Nathanson, que se transformó en un apasionado activista a favor de la vida, pero cuesta entender que necesitara ver unas imágenes para caer en la cuenta de lo que estaba haciendo.

Los partidarios del aborto han decretado un <apagón informativo>, y persiguen con todos los medios a su alcance a los que se atreven a mostrar imágenes de embriones o fetos abortados. Se impone una férrea ley del silencio. Por ejemplo, si un profesor de enseñanza media decide proyectar imágenes de ese tipo a sus alumnos de Ética o de Sociales, sufrirá presiones, incluso puede que hasta un expediente disciplinario.

¿Cómo se justifica este islote de opacidad en medio de un mar social de transparencia? ¿Cómo es que la demanda de mayor transparencia no se aplica en el entorno abortista? Todo parece indicar que los partidarios del aborto no tienen la conciencia del todo tranquila.

[Volver al índice](#)

EL DEBATE SOBRE LA LEY ORGÁNICA DE PROTECCIÓN DE LA VIDA DEL CONCEBIDO Y LOS DERECHOS DE LA MUJER

Pocos asuntos han encendido tanto los ánimos como el proyecto gubernamental de modificar la ley del aborto aprobada por el Gobierno de Zapatero en 2010. El revuelo producido ha sido monumental. Y eso que se trataba de una decisión previsible y esperada, anunciada en el programa electoral con el que el Partido Popular ganó por mayoría absoluta las elecciones generales de 2011. Nada impedía, por tanto, que el Gobierno de Rajoy cumpliera su promesa.

Durante el primer año de la legislatura hubo diversos anuncios, que suscitaron desabridas respuestas por parte de los partidos de oposición y agrias polémicas en la opinión pública. La lucha del Gobierno contra la crisis económica y otros proyectos legislativos –ley de educación– absorbieron gran parte de la atención en el segundo año de la legislatura, y se hizo el silencio sobre la ley relativa al aborto. De repente, casi por sorpresa, el Ejecutivo retomó el asunto tras el paso del ecuador legislativo y aprobó el proyecto de reforma en la sesión del Consejo de Ministros del 20 de diciembre de 2013. Si se cumple la hoja de ruta normal, la nueva ley podría aprobarse hacia junio de 2014.

Si las reacciones ante los primeros anuncios ya fueron virulentas, el tono ha subido todavía más al comprobarse que el proyecto se va convirtiendo en realidad. Pocas veces hemos asistido en la historia de nuestra democracia a un debate tan enconado como este. El espectáculo de insultos y descalificaciones no resulta grato, pero tiene algo de positivo, pues los contendientes reconocen que está en juego algo verdaderamente central, esencial para cualquier sociedad: la condición del no nacido, la consideración de la maternidad, el estatuto de la vida humana. Cuesta mucho que las discusiones públicas en nuestro país discurran por cauces de objetividad, serenidad y respeto al interlocutor. Si esto ocurre ya con asuntos menos importantes, qué no sucederá con temas como el aborto.

En cierto modo, el griterío abortista esconde la ausencia de argumentos sólidos. Si hay mucho en juego y no se dispone de razones convincentes, la tentación inmediata es elevar el tono de voz e intentar amedrentar al contrario, como los niños de mal perder que tiran por tierra el tablero con las fichas o rompen la baraja cuando ven inevitable su derrota. Y, de hecho, en algunas ocasiones se llega verdaderamente a la agresión física: irrupción de grupos violentos en iglesias interrumpiendo celebraciones religiosas, agresiones a manifestantes provida. Se trata, sin duda, de actores extremistas y minoritarios, pero los grupos de oposición representados en el Parlamento muestran una comprensión rayana en la complacencia ante sus desmanes. Parece que cuando se trata de impedir que la derecha ponga trabas al aborto cualquier medio estaría justificado. La

democracia y el sentido del voto importarían poco en este caso.

Los bandos que se enfrentan en esta controversia no están del todo claros. No se trata tan solo de que la derecha defienda la vida y la izquierda, el aborto. En ambos frentes hay fisuras y ambigüedades.

Eduard Bernstein, el creador de la socialdemocracia, condensaba en una palabra el programa socialista: solidaridad. Durante el final del siglo XIX y gran parte del XX, los partidos y sindicatos socialdemócratas se movilaron eficazmente en defensa de los trabajadores explotados vilmente por la primera revolución industrial. La defensa de las madres embarazadas, abandonadas a la desesperación, y de sus hijos no nacidos sería congruente con esa trayectoria de compromiso a favor de los débiles y oprimidos. ¿Cómo se explica la negativa a abanderar esta causa, profundamente humana? ¿Qué lleva a los socialistas a desentenderse de la suerte de los más débiles y, más aún, a entregarlos al verdugo? Aunque este sea efectivamente el sentir mayoritario, no deja de haber socialistas defensores de la vida, que ciertamente no lo tienen del todo fácil en su partido si llegan a ocupar puestos directivos o cargos electos en parlamentos y ayuntamientos (Mercedes Aroz, Paco Vázquez). Fuera de España podemos fijarnos en el presidente de Ecuador, Rafael Correa: un político de izquierda, defensor de la vida y la familia y contrario al aborto y a la ideología de género.

El proyecto de reforma que acaba de anunciar el Gobierno del PP refleja fielmente su programa electoral, y aunque el ministro de Justicia, Alberto Ruiz Gallardón, se ha apresurado a resaltar la unidad del Gobierno en la defensa del proyecto, enseguida han surgido discrepancias y críticas. Por ejemplo, se han pronunciado en este sentido Cristina Cifuentes, delegada del Gobierno en la Comunidad de Madrid –que hubiera preferido una simple ley de plazos– o Alberto Núñez Feijoo, presidente de la Junta de Galicia –da por buena la ley de 1985 y lamenta que no se busque un amplio consenso–. Alicia Sánchez Camacho, la presidenta del PP catalán, consideraba el proyecto de reforma como <un guiño a la derecha>. [\[12\]](#) En términos parecidos se han expresado otros dirigentes populares, como el presidente de Extremadura, José Antonio Monago, el de Cantabria, Ignacio Diego y el del PP en Guipúzcoa, Borja Samper. Conforme pasan las semanas aumenta el número de integrantes del PP que se desmarcan del proyecto gubernamental, mientras que los partidarios se mantienen en un llamativo silencio. El propio presidente no ha mostrado especial calor en la defensa de esta iniciativa de su Gobierno, a la que se ha referido con tibieza y evasivas y porque no podía eludir la respuesta en la rueda de prensa: <Ahora le toca hablar al Parlamento>. Habrá que ver si el ministro Ruiz Gallardón consigue mantener el necesario respaldo del Gobierno y del partido o acaba siendo sacrificado en aras del <consenso>.

Se observa, una vez más, la debilidad ideológica de la derecha española –y europea en general, podríamos añadir–, carente de convicciones profundas y acomplejada ante los imperativos de la corrección política. El presidente Rajoy da la impresión de encontrarse

incómodo en cuanto abandona el terreno de la economía. Además, podría pensar que teniendo cautivo el voto de la derecha <dura>, le conviene moderar su discurso para atraerse el centro. De ahí su rechazo de todo <extremismo dogmático>.

El mismo fenómeno se aprecia entre los comentaristas políticos marcadamente contrarios a la izquierda y más o menos afines a la línea gubernamental. Arcadi Espada, por ejemplo, titulaba <La fractura> su columna en elmundo.es (23 de diciembre de 2013). Le preocupa la amenaza secesionista en Cataluña y concluye criticando al Gobierno: <Y es indignante que en esas circunstancias morales, políticas, patrióticas y estratégicas se entretengan en la suerte de irrelevantes huevecillos nonatos>. ¿Será consciente el señor Espada de que él también fue en su momento un huevecillo nonato? Ese mismo día, Santiago González escribe de modo parecido en su blog, titulado <Qué necesidad>. Tenemos aquí a dos lúcidos analistas, críticos demoledores del nacionalismo y de la izquierda, ejemplos de independencia y de coraje cívico, incapaces de hacerse cargo de la importancia del respeto a la vida humana. Cuesta entender que alguien tan experto en terrorismo, capaz de diseccionar hasta sus últimas implicaciones y de arriesgar por eso la propia integridad física, no alcance a ver la crueldad que significa la eliminación del feto en el seno materno. En una línea parecida escribía Iñaki Ezkerra en ABC (29 de diciembre de 2013): <Mientras no haya una pedagogía y un verdadero debate nacional sobre el aborto, creo que lo mejor sería volver a la Ley del 85, que respetó Aznar sin que por ello nadie le llame ‘criminal’> [\[13\]](#).

[Volver al índice](#)

ABORTO Y VOTOS ELECTORALES

Para círculos no despreciables de la derecha, políticos en activo y simpatizantes, sacar a colación el tema del aborto resulta de lo más inoportuno. Hemos superado el ecuador de la legislatura y los ajustes realizados pasan la inevitable factura en pérdida de apoyo electoral. Que el PSOE sea incapaz de superar su propia crisis es tan solo un consuelo relativo. UPyD y Ciutadans se erigen en una seria amenaza para el tradicional bipartidismo. En mayo próximo tendrán lugar las elecciones europeas, test decisivo, y en 2015, las generales. Alarmar al centro social con propuestas <integristas> como la de la protección del feto se ve como un tremendo error estratégico. Para este tipo de planteamiento –al parecer, muy bien representado entre los asesores de la Moncloa–, solo importan los votos. Las vidas humanas serían aparentemente una magnitud despreciable.

[Volver al índice](#)

Doy por supuesto que el *Homo sapiens* se reproduce sexualmente y que el embarazo es un proceso natural –en ningún caso una enfermedad–. Del encuentro de las células sexuales –espermatozoide y ovocito– surge un nuevo ser, con su identidad genética propia, distinta a la de los padres. Tras la fecundación ese ser irá desarrollándose a la vez que se desplaza, desde la trompa de Falopio hasta el útero, donde anidará al cabo de dos semanas. Si todo va bien, a los nueve meses de embarazo el feto mismo desencadena el mecanismo del parto y, como recién nacido, verá la luz del día. Seguirá creciendo fuera del seno materno hasta convertirse en individuo adulto [\[14\]](#).

Si este es el curso natural de los acontecimientos, la intervención que se propone eliminar al feto durante el embarazo constituirá una agresión antinatural, que requerirá justificación. De ahí que la carga de la prueba corresponda en este debate a la posición abortista. Voy a examinar rápidamente sus principales argumentos. El trabajo es relativamente sencillo, pues el frente abortista se quedó sin razones hace ya tiempo. Sigue acudiendo por inercia a los viejos eslóganes, ya gastados, como <Mi cuerpo es mío>, <Nosotras parimos, nosotras decidimos> o <Fuera las manos de nuestros ovarios>. La falta de convicción se suple con agresividad, verbal o física. Enfrentarse a ese discurso resulta poco atractivo, pero hay que hacerlo a la vista del ruido mediático y social. Como señalaron Robert Spaemann o Hermann Lübbe, en tiempos de crisis y confusión la tarea de la filosofía consiste en deshacer sofismas y recordar lo obvio.

[Volver al índice](#)

La primera batalla de toda confrontación ideológica se libra en torno al lenguaje, clave para definir la realidad. Si se pretende alterar el curso espontáneo de la naturaleza, hay que empezar por forzar el sentido de las palabras o por darles un nuevo significado. Mencionaré algunos ejemplos, sin ánimo de exhaustividad.

Como <aborto> es un término con connotaciones negativas se hablará de <interrupción voluntaria del embarazo>. La fecundación in vitro, tal como se practica en España, con la frecuente implantación de varios embriones a la vez [\[15\]](#), lleva a una proliferación de embarazos múltiples, incómodos y peligrosos. En muchos casos se procede a la eliminación de los <que están de sobra>, lo que se denomina <reducción embrionaria>.

Originada en Estados Unidos y difundida desde ahí al resto del mundo, la expresión pro choice ha pasado a caracterizar a los partidarios del aborto. Se aprovecha de la connotación positiva que asociamos al concepto de libertad, de elección. El que defiende la vida y, por tanto, se opone al aborto aparece como alguien enemigo de la libertad, coactivo. En 2009, cuando se discutía la reforma de la ley de 1985, la ministra Aído calificaba a los grupos antiabortistas, provida, como <grupos antielección> [\[16\]](#). Para apreciar las ventajas de este uso terminológico no hay más que pensar en el papel central de la libertad en el imaginario moderno.

Está claro que la fusión de las células sexuales da origen a una nueva vida –la genética y la embriología nos han enseñado mucho al respecto en los últimos años–. Si queremos manipular o eliminar el embrión en los primeros días de vida, habrá que redefinir la concepción: ya no se identifica con la fecundación del ovocito por el espermatozoide, que se considera completada el día catorce después de la fecundación. La entidad presente antes de esa fecha ya no es un embrión, sino un <preembrión>, disponible y sin derechos. Podemos eliminarlo sin escrúpulos o utilizarlo al servicio de la investigación. El término <preembrión> ha tenido una vigencia fugaz en el ámbito científico –aunque los científicos son personas como las demás, con sus pasiones y debilidades, los usos propios del gremio dificultan el triunfo de la manipulación ideológica–, pero se sigue esgrimiendo en la discusión pública: persiste en nuestra Ley 14/2007 de Investigación Biomédica.

En salud pública se ha generalizado en los últimos años el uso del término <salud reproductiva>. Se emplea profusamente en documentos de la ONU, de la OMS y de Gobiernos de todo tipo. De entrada, su significado parece de lo más positivo, pero esa aparente bondad resulta engañosa: generalmente se trata de una rúbrica que en el texto o en el articulado esconde la promoción del aborto (eso sí, seguro).

Para facilitar la práctica abortista se introducen oportunas distinciones terminológicas. Por ejemplo, entre <vida potencial> y <vida actual>, o <vida biológica> y <vida humana>. Queda claro que podemos disponer a nuestro capricho de la vida potencial y de la vida meramente biológica, categorías que incluirán los seres o entidades que decretemos de modo convencional. Incluso se contraponen <ser humano> y <vida humana> como si fueran realidades diferentes. El ser humano, individuo concreto, merecerá respeto, pero no así la abstracta vida humana (se entiende que el embrión queda englobado en esta segunda categoría). De modo correlativo, se discriminan <dignidad del hombre> y <dignidad de la vida humana>. La dignidad de la vida humana es un ente de razón, que no corresponde a un individuo concreto, y que deja a su portador en manos de eventuales manipuladores.

La expresión <aborto terapéutico> lleva al extremo esta ingeniería lingüística: presentar el homicidio como terapia constituye todo un logro de mistificación. Ni el embarazo es una patología ni el aborto un tratamiento que cure nada [\[17\]](#).

[Volver al índice](#)

LA NEGACIÓN DEL PROBLEMA

Una primera estrategia abortista consiste simplemente en negar el problema, en presumir un consenso pacífico que aprobaría la realidad del aborto. Esa supuesta mayoría social exige el aborto y está satisfecha con la ley Aído. Pretender reformarla sería un delito de lesa democracia, una bajada de pantalones en toda regla ante las presiones de la Iglesia católica y de grupos fundamentalistas. Si el consenso invocado fuera real, los partidarios del aborto no tendrían por qué alarmarse: la pretensión de modificar el actual statu quo estaría condenada al fracaso. Los promotores de la reforma, que atentarían contra un sentir tan mayoritario, se estarían suicidando en términos políticos. No se entiende entonces a qué viene tanta irritación. En palabras de Núñez Feijoo, <... teníamos una ley desde el año 85 que no convenía reformar, una ley que la sociedad había asumido como una ley adecuada>. El presidente extremeño, Monago, viene a decir lo mismo: <Felipe González nos unió durante veinticinco años>. Zapatero nos dividió con la ley de 2010 y ahora se hace preciso recuperar el consenso, <ya que necesitamos una ley que conecte con la sociedad, que sea reflejo de la España actual... Debemos trabajar entre todos por una ley de aborto que dure al menos otros veinte años>.

[Volver al índice](#)

LA MAGNIFICACIÓN DEL PROBLEMA

En el extremo contrario estaría la magnificación del problema: el aborto sería una realidad tan extendida, que no tendría sentido enfrentarse a ella, ni siquiera para intentar limitarla. Este argumento suele utilizarse de modo especial cuando en un país se discute la despenalización o la legalización del aborto. Las cifras de abortos clandestinos y de mujeres muertas al abortar en condiciones deplorables se hinchaban hasta adquirir un carácter fantástico, pero desde Goebbels sabemos que una mentira, por burda e increíble que parezca, puede llegar a creerse si se repite el suficiente número de veces. A ningún Gobierno mínimamente razonable se le ocurre despenalizar delitos como el homicidio, el secuestro, la violación o el robo solo porque se hayan generalizado hasta el punto de <normalizarse>, de convertirse en una realidad social imposible de ignorar. Supuesto que la violencia doméstica constituye una plaga, mucho más extendida de lo que dan a entender los casos que se hacen públicos, a nadie se le ocurriría aceptar como inevitable esa situación y proponer que, dada la imposibilidad de hacerla desaparecer, se regule para controlarla dentro de lo posible. Se sabe también que la tolerancia cero constituye el remedio más eficaz para acabar con el delito; ahí está la asombrosa transformación que sufrió Nueva York cuando el alcalde Giuliani aplicó esa política en la calle.

[Volver al índice](#)

Puede ser fingida o real. En el primer caso no es más que una coartada perezosa para el cinismo. Cito como testigo a Harold Varmus, premio Nobel de Medicina en 1989 por sus investigaciones sobre el oncogén humano. Evidentemente, no se trata de un cualquiera. Estuvo al frente del Instituto Nacional de Salud estadounidense durante seis años y luego pasó a dirigir el Memorial Sloan–Kettering Cancer Center en Nueva York, uno de los centros más prestigiosos en la investigación y tratamiento del cáncer. El presidente Obama lo nombró uno de sus asesores para temas sanitarios. Hace poco más de diez años, explicaba en una entrevista: <El debate sobre la dignidad humana y el respeto a la vida ha producido ya demasiada confusión. Entretanto, ni siquiera sabemos lo que es un embrión>. A la pregunta sobre su definición de la vida, Varmus respondía: <Hay muchas definiciones. No hay duda de que una célula vive, expresa vida. Pero cómo definimos a los organismos, ésa es otra cuestión>. El entrevistador insiste: <Según esto, usted no ve un hombre en el óvulo fecundado>. Varmus: <Así es>. Pregunta: <¿Cuándo sale el hombre del huevo?>. Respuesta: <Cada uno lo juzga de manera diferente. No puede darse una respuesta correcta... Veo este proceso de desarrollo como algo gradual. La individualidad completa se da en algún momento después del nacimiento>. Sorprende que un científico tan <ignorante> haya alcanzado tantos premios y puestos de responsabilidad, pero él mismo desvela el sentido de esa supuesta nesciencia: <Las cuestiones éticas planteadas por la utilización de embriones humanos están ya resueltas. Muy pocos americanos se rompen ya la cabeza con este motivo. Actualmente se registra una tendencia a la aceptación creciente de estos nuevos desarrollos. Cuando la gente vea el pequeño puntito que consta de células sobrantes de la fecundación asistida y que, al igual que sucede con miles de embriones al año, está destinado a acabar en el cubo de la basura, se olvidará de la problemática... Considero una obligación moral usar los embriones humanos para la investigación>. Y para el negocio, habría que añadir, tal como el propio Varmus reconoce: <Aquí, en Sloan Kettering, es difícil encontrar ciencia sin aplicación comercial> [\[18\]](#).

Varmus olvida –o quiere olvidar– que la gradualidad que desea presentar como un proceso homogéneo, sedoso y sin sobresaltos, no existe. Solo interesa que parezca así por motivos crematísticos. En realidad, hay un único salto de expectativa de vida, identidad inmunológica y duplicidad cromosómica, que marca la identidad. Se da con la fecundación. Posteriormente no se encontrará ningún otro acontecimiento en la vida de ese nuevo ser que distinga una realidad biológica tan novedosa y diferente de la que lo precedió. El embrión, el feto, el neonato, el niño, el joven y el adulto son la misma persona. Cambian de ubicación, primero en el seno materno y luego en el espacio, y de tamaño, al hilo del crecimiento. No es admisible sostener que el embrión es parte de la mujer. Hasta la sabiduría popular entiende que una mujer no puede tener dos cabezas,

dos corazones, cuatro piernas o cuatro brazos.

Caso paradigmático de verdadera ignorancia es el de la ministra Bibiana Aído, que dio su nombre a la Ley de 2010 [\[19\]](#). En la entrevista a la que he aludido antes, declaraba: <Desde el Gobierno estamos a favor de la vida (sic)... Para mí un feto de trece semanas es un ser vivo, claro, pero no podemos hablar de ser humano porque no tiene ninguna base científica> [\[20\]](#).

[Volver al índice](#)

LAS CAUSAS DE LA DIFUSIÓN DEL ABORTO

El aborto no tiene a su favor argumentos convincentes, pero se ha extendido por el mundo con extraordinaria rapidez. En poco tiempo ha dejado atrás la clandestinidad para instalarse confortablemente en la legalidad y en la aceptación social, tal como corresponde a una práctica (aparentemente) respetable. ¿Cómo se explica ese triunfo? ¿Qué nos dice acerca de nuestras sociedades? ¿Cómo se compadece con el refinamiento cultural, ético y jurídico, logrado por el mundo moderno tras siglos de esforzado progreso? Voy a examinar de modo sumario y con algo de desorden algunos factores que, en mi opinión, ayudan a entender este fenómeno.

[Volver al índice](#)

El ser humano siempre quiere saber y experimentar, y el moderno, de modo especial. Esa inclinación natural se expresa de maravilla en el prodigioso desarrollo de la ciencia y de la tecnología modernas. Hablamos con propiedad de la vocación faústica o prometeica del moderno. El saber y el poder, en manos desaprensivas, pueden tener efectos aberrantes.

Ante cada descubrimiento o aplicación inhumana se repite siempre el mismo proceso por parte de los responsables directos y de la opinión pública: rechazo horrorizado; rechazo sin horror (surge la curiosidad por probar y se piensa que, al fin y al cabo, el asunto no es tan terrible); reconocimiento de la importancia del asunto; curiosidad e interés: el asunto merece ser estudiado a fondo; aceptación para algunos casos excepcionales y rigurosamente determinados (somos civilizados; además, si no lo probamos nosotros, lo harán <ellos>: los comunistas, la competencia, gente sin escrúpulos, etcétera); progresiva generalización; despenalización; legalización; aceptación social y difusión masiva y, finalmente, según los casos, cumplimiento más o menos obligatorio. La variable <asunto> puede sustituirse a voluntad: aborto, eutanasia, experimentación con embriones, creación de híbridos humano–animal, clonación, etcétera. El proceso se repite de modo invariable.

La psicología humana ayuda: el hombre puede acostumbrarse sin problemas a la conducta más bárbara si se repite con la frecuencia debida. El estudio de lo ocurrido en los campos de exterminio nazis nos ha ilustrado sobre algunas facetas tenebrosas de la condición humana [21]. Como mostró Milgran con su experimento, cualquiera de nosotros, puesto en la situación adecuada, será capaz de cometer las mayores atrocidades de forma rutinaria. Nadie debería sentirse seguro, a salvo de la tentación.

En el negocio del aborto la sangre corre a raudales y se requiere mucho estómago para seguir adelante como si tal cosa [22]. El ambiente de trabajo en las clínicas abortistas no es muy alegre. La conciencia, esa incómoda e inseparable compañera, nos puede aguar la fiesta, pero Nietzsche ya nos enseñó cómo proceder: <–He hecho esto, dice mi memoria. –No he podido haberlo hecho, dice mi orgullo, y no cede en su postura, implacable. Finalmente, la memoria se rinde>. Es cuestión de orgullo, sin duda, pero también de pura supervivencia. Hay cargas que resultan insostenibles, incluso para el más envilecido. Nadie nace cínico, es algo a lo que se llega con el tiempo y la necesaria práctica (generalmente, tras crisis o decepciones mal asimiladas).

[Volver al índice](#)

LA CULTURA SE IMPONE A LA NATURALEZA

La ciencia y la tecnología nos han proporcionado un grado de desarrollo y bienestar nunca conocido. Saber es poder, y el moderno, emancipado de las viejas ataduras morales, se ha propuesto controlar y someter la naturaleza. Esta voluntad de dominio se aplica también a la vida humana, desde su comienzo hasta el final. La revolución sexual y el amplio repertorio de la anticoncepción prometen el disfrute del sexo sin trabas. Si a pesar de todo hay un embarazo no deseado, se recurre al aborto. Y si se sigue adelante con el embarazo pero el feto no cumple los requisitos de salud o <calidad> deseados, el diagnóstico prenatal facilita su eliminación (eugenesia). Y a la inversa: si hay sexo pero no llega la descendencia, se <produce> la nueva vida en el laboratorio (fecundación in vitro en toda su combinatoria). Han cambiado las condiciones en las que los seres humanos ingresan en la sociedad: nacer era antes algo natural. Ahora ya no, y la sociedad se parece de modo creciente a esos clubes sociales en los que los socios actuales deciden por cooptación sobre la incorporación de nuevos miembros.

Algo similar ocurre con el final de la vida. La muerte ya no se ve como algo natural y, cuando no se acepta, podemos someter al moribundo al encarnizamiento terapéutico. Y a la inversa: mediante la eutanasia nos libramos de aquellos que ya no <merecen> seguir viviendo. La espontaneidad natural, en cuyo respeto veían los clásicos la más típica expresión de la dignidad humana, cede ante el dominio del hombre. Esta nueva situación plantea retos formidables: ¿Quién es el hombre para decidir que otros –fetos o enfermos terminales– no deben vivir? ¿Con qué criterio se adopta esa decisión?

[Volver al índice](#)

En debates como el relativo al aborto se tiende a omitir la dimensión económica, que tiene, sin embargo, una importancia decisiva.

Esa faceta no ha hecho acto de presencia recientemente, sino que acompaña al aborto a lo largo de todo el siglo XX y hasta nuestros días. La Unión Soviética legalizó el aborto en 1920. No lo hizo guiada por una especie de feminismo avant la lettre, sino por motivos puramente utilitarios: se trataba de liberar a las mujeres de las <molestias> del embarazo y de la crianza de los hijos para que pudieran empeñarse en la construcción del socialismo. Eran <invitadas> a cambiar el hogar por la fábrica y el taller. Los mismos motivos llevaron a la legalización del aborto en la China comunista de Mao, donde había que levantar otro paraíso comunista con el trabajo de hombres y mujeres, y en el Japón de la posguerra mundial, tutelado por los Estados Unidos. También aquí se requería el esfuerzo de todos para la reconstrucción de un país destrozado por la guerra. Los norteamericanos facilitaron la introducción del aborto cuando todavía estaba prohibido en su país. No han sido, por tanto, reivindicaciones feministas las que han ido consiguiendo la liberalización del aborto en el mundo, sino cálculos económicos de carácter utilitarista, que buscaban incorporar a las fábricas a mujeres libres de cargas familiares.

Estamos ante un negocio fabuloso, que mueve millones. Es sabido que grandes cantidades de dinero hacen caer con facilidad barreras morales o legales. Tradicionalmente había dos tipos de delincuencia organizada, con tramas de alcance global y mucho dinero en juego: el tráfico de armas y el de droga. Según la ONU y la INTERPOL, hay que poner a ese mismo nivel la delincuencia ligada al sexo. La droga y el sexo están ahí, en la calle, a la vuelta de la esquina, en los lugares de ocio y de trabajo, en las fiestas familiares, incluso en las escuelas de primaria. Tanto dinero fácil corrompe a cualquiera, y los defensores de la ley y del orden, generalmente no muy bien pagados y expuestos a mucha presión, ceden en ocasiones al atractivo de ese dinero. A cambio no tienen que hacer nada especial, basta con que miren a otra parte en determinadas situaciones. Con la <industria del aborto> se da un contexto parecido.

Ya he mencionado cómo ese sector experimentó un fuerte crecimiento durante el Gobierno de Aznar, que evitó cuidadosamente cualquier medida para hacer cumplir la ley. Esa tendencia se agudizó, lógicamente, durante los Gobiernos de Zapatero. Parece que fue precisamente la patronal española del aborto quien convenció a Zapatero para que modificara la ley de 1985 y promulgara la ley Aído de 2010: el despertar de la justicia (caso Morín), que amenazaba con poner fin a la impunidad anterior hacía peligrar su negocio. Con la definición del aborto como un derecho, como hace la ley de

2010, ya no había riesgo de vulnerar los supuestos establecidos por la ley. La modificación de la ley del aborto ni siquiera figuraba en el programa electoral del PSOE cuando ganó las elecciones de 2008, por lo que esa explicación resulta plausible.

Los promotores de este negocio cultivan la discreción, pero aún así algo trasciende. Por ejemplo, los medios de comunicación se han fijado en Guillermo Alfonso Sánchez Andrés, el <emperador del aborto>, pionero de este sector en nuestro país. El fundador de la Clínica Dator tiene seis centros en España y ahora se internacionaliza, con establecimientos en Portugal y México. Mueve decenas de millones de euros y ha tenido problemas con la justicia. <Mientras que en su declaración a Hacienda de 2007 afirmaba que ganaba 20.239 euros al año, contaba con una de las trescientas tarjetas American Express Centurion que había en España. Hecha de titanio, es la tarjeta de los multimillonarios. Con esos ingresos tan modestos la declaración le salía a devolver, por lo que solicitó a la Agencia Tributaria que le depositara 5.265 euros en una cuenta del Banco Sabadell> (El Mundo, 10 de marzo de 2013, p.10). Más notoriedad ha adquirido el peruano Carlos Morín, presente sobre todo en Barcelona. Periodistas de un canal de televisión inglés y de otro danés filmaron con cámara oculta reportajes en sus clínicas. El escándalo que desataron esas imágenes no se pudo tapar y llevó al enjuiciamiento de Morín, a pesar de las trabas puestas por la propia justicia [\[23\]](#).

[Volver al índice](#)

El Estado social y del bienestar es uno de los mayores logros de Europa [24], pero en estos momentos atraviesa una crisis difícil de superar. La prosperidad de los decenios posteriores a la segunda guerra mundial generó un estado de euforia: todo parecía posible, estábamos en Jauja. El carácter propio del sistema democrático, con la estimulación recíproca entre las promesas de candidatos y gobernantes y las demandas de la ciudadanía, ha llevado al sistema a una situación insostenible. No hay fondos para cubrir tantas prestaciones. Esto ocurre ya en los países con finanzas más o menos saneadas; cómo será el cuadro en las naciones deficitarias y profundamente endeudadas, como la nuestra. Las perspectivas para el conjunto de la Unión Europea no invitan al optimismo, y ahí radica buena parte del malestar perceptible en la opinión pública. Reconocer que se ha vivido claramente por encima de las posibilidades y que se ha gastado alegremente, sin criterio y sin control, resulta una píldora muy amarga de tragar. Cuesta cambiar la abundancia y el lujo por la austeridad [25]. Los Gobiernos vacilan a la hora de administrar los recortes, pues se juegan la reelección. Los ricos son cada vez más ricos, la clase media –la más afectada por los ajustes gubernamentales– se empobrece y el número de indigentes y excluidos aumenta sin parar. Hay pobreza en la calle y crispación en el ambiente.

En los presupuestos públicos la partida sanitaria es la más elevada en el capítulo de gastos, lo que resulta congruente con la constitución del Estado del bienestar. Los recortes se perciben aquí como especialmente dolorosos, pues la salud es lo más importante para todos. En este contexto de crisis y de disminución del gasto sorprende un tanto que la financiación de los abortos no sufra recortes. Nada parece capaz de frenar este furor homicida [26].

Yendo un poco más allá en la reflexión, cabría preguntarse si es razonable que sea el Estado quien financie los abortos. ¿Se trata de una <prestación sanitaria> básica? Recordando a Adolf Arndt, podemos lamentar la capitulación del Estado de derecho, que pone la vida del ser más indefenso en manos del verdugo. ¿Debe ese Estado pagar los gastos ocasionados por su traición? Un Estado que hace dejación de sus deberes más básicos y que facilita la vuelta a la ley de la selva podría inhibirse, dejar que sus súbditos se comportaran como lobos, en una combinación de indiferencia y crueldad. Pero pagar además a los homicidas representa la burla más sangrienta a la justicia y a las víctimas, es el colmo de la deshumanización.

[Volver al índice](#)

Muchas mujeres sudamericanas, inmigrantes en España, reaccionan con espanto cuando, al quedar embarazadas, acuden a la primera revisión ginecológica. Médicos y enfermeras les preguntan con total normalidad si tienen previsto seguir con el embarazo o van a optar por el aborto –lo normal es evitar el lenguaje directo y utilizar eufemismos o sobreentendidos–, pues en esa fase del embarazo <estamos a tiempo de elegir cualquiera de las opciones>. En palabras de Gonzalo Herranz, uno de los padres de la bioética en España: <La obstetricia, que alcanzó su grandeza en la ayuda a las madres para traer hijos al mundo en las mejores condiciones posibles, que desarrolló técnicas y procedimientos para la asistencia al embarazo y al parto, que ha creado la nueva disciplina de la Medicina preconcepcional, es penosamente la misma especialidad que hoy está en la vanguardia del eugenismo del niño perfecto> [\[27\]](#).

El desfondamiento moral de toda una clase médica no es un fenómeno de ahora, sino que cuenta con precedentes ilustres. A comienzos del siglo XX, la ciencia y la medicina alemanas eran seguramente las más avanzadas del mundo. Cuando los nazis llegan al poder, asistimos a un espectáculo sorprendente: las mentes más lúcidas del momento se dejan subyugar por el programa de un régimen demencial, llamado a sumir a la propia Alemania y a buena parte del mundo en un infierno. Y las menos lúcidas se dejaron seducir por el dinero: una de las primeras medidas de Hitler al tomar el mando fue decretar una mejora espléndida de los salarios de los médicos (casi todos trabajaban en las Cajas de Enfermedad).

Con la llamada <solución final> los nazis se propusieron algo que jamás había intentado nadie: exterminar de forma rápida y mecanizada a millones de personas de ambos sexos y de todas las edades [\[28\]](#). Los avances de la industrialización puestos al servicio del exterminio masivo. Uno de los capítulos más sombríos de la locura nazi fue la colaboración en esos designios mortales de la ciencia y de la medicina alemanas. El Holocausto no fue una iniciativa surgida de modo repentino; estuvo preparada por antecedentes como el programa de esterilización masiva de los años treinta y el plan de eutanasia masiva (la operación T4), donde se ensayaron los procedimientos que se aplicarían luego en los campos de exterminio.

Intelectuales, científicos y médicos pudieron engañarse en un primer momento sobre las intenciones nazis, pero enseguida debieron advertir de lo que se trataba. ¿Cómo compaginar las exigencias del juramento hipocrático con la complicidad en la maquinaria asesina nazi? ¿Cómo pudo la clase médica más culta del mundo asumir que la eliminación de la <vida indigna de vivirse> (lebensunwertes Leben) constituyera el norte de su actividad? Desde este punto de vista, los campos de exterminio se

consideraron instituciones al servicio de la salud pública. En palabras del médico Fritz Klein: <Los judíos son el apéndice gangrenoso del cuerpo de la sociedad>. No sorprende, en consecuencia, que un médico como el Dr. Irmfried Eberl llegara a convertirse en comandante del campo de Treblinka [\[29\]](#).

En la siniestra alianza entre medicina y régimen nazi ambas partes obtenían ventajas. Los nazis lograban cierta legitimación, por el efecto de la presencia en su bando de las batas blancas. Podían presentar la operación de exterminio como algo <científico>, al servicio de una finalidad elevada, y no como una expresión de barbarie irracional. Los médicos ganaban poder –la eterna tentación del aprendiz de brujo– y también posibilidades ilimitadas para la experimentación. Disponían de <material> humano para la realización de los experimentos más descabellados. Se entiende que científicos sin escrúpulos morales aprovecharan esas posibilidades únicas en la historia [\[30\]](#).

Me he entretenido un tanto en el antecedente nazi porque, aunque mentarlo en el contexto bioético no me granjeará las simpatías del establishment, lo considero relevante para la actualidad. Las expresiones de la cultura de la muerte, tanto en lo relativo al origen como al final de la vida, evocan de modo sospechoso el precedente nazi. Aunque no resulte políticamente correcto establecer este tipo de comparaciones, los paralelismos son inequívocos. Me limito a dejar apuntada la cuestión y volvemos a la actualidad.

Cuando en el Reino Unido se legaliza el aborto en 1967, ningún médico se mostró dispuesto a practicarlo. Esa negativa en bloque planteó un problema para el Gobierno, que no se atrevió a atropellar la objeción de conciencia. Los ingleses, maestros de pragmatismo, encontraron enseguida una solución: se respetaría la objeción de los médicos ya en ejercicio, pero a todos los que se fueran incorporando en el futuro al sistema sanitario público se les exigiría que firmaran, como requisito imprescindible, su acuerdo con la práctica del aborto. De esta forma se acabó con la resistencia. La clase médica fue incapaz de oponerse y se plegó a los deseos gubernamentales [\[31\]](#). Quedaba sentado el precedente que podrían utilizar en el futuro los Gobiernos de los demás países. También, el nada ejemplar entreguismo de los médicos británicos.

He mencionado el prestigio social de que gozan los médicos. Este dato es compatible con el deterioro de su ética profesional. Confluyen en este proceso factores diversos. De una parte, el intervencionismo creciente del Estado. La sanidad se ha convertido en el principal asunto de la agenda política, y los Gobiernos se han hecho cargo de su gestión, desplazando de modo inexorable a los propios médicos, incapaces de ofrecer resistencia [\[32\]](#). De otra parte, la inmensa mayoría de los médicos tiene una deficiente educación deontológica. En los planes de estudios no se presta apenas atención a este aspecto. Por lo que afecta a España, se puede decir que esa materia <no entra en el examen para lograr plaza de MIR>. La incontinencia legislativa y reglamentista de las autoridades afecta también a la medicina. En el ámbito de la bioética proliferan comités y similares, en los que los médicos singulares tienden a delegar la responsabilidad. Hay miedo a

tomar decisiones y afrontar las consecuencias, más aún si los abogados de los pacientes están al acecho para poner demandas por mala práctica. Es más cómodo refugiarse en la aplicación mecánica de protocolos y en los dictámenes de comités. En la sanidad hay mucho dinero, tanto de los presupuestos del Estado como del sector farmacéutico y de los pacientes privados. Los médicos son humanos, al fin y al cabo, y la riqueza, el prestigio y el poder les atraen como a los demás.

El afán reglamentista también llega a los colegios profesionales: se crean comités deontológicos a todos los niveles, autonómico, nacional e internacional; surge una variada oferta formativa: programas de máster, diplomas y demás; se multiplican los congresos, jornadas y reuniones de todo tipo. Pero esa ebullición no puede ocultar la creciente desmoralización de las profesiones sanitarias. Las presiones son muchas y muy intensas, desde la política, la economía, el derecho y la opinión pública. El personal sanitario no ha sabido estar a la altura (hablo en general, como es obvio: sigue habiendo abundantes ejemplos de entrega y abnegación con alto nivel profesional).

El hecho es que la clase médica se ha visto impotente para frenar el desarrollo de la cultura de la muerte y, en numerosos casos, ha sido ella misma cómplice o incluso promotora directa de esa subversión. Se habla así de la <nueva tanatología>, la nueva medicina de la muerte. En los Países Bajos y Bélgica, paraísos de la eutanasia, muchos ancianos se niegan a ir al médico en su país. Cruzan la frontera y acuden a médicos alemanes, en la seguridad de que no les matarán contra su voluntad. Ha desaparecido la confianza entre paciente y médico, base de toda actividad terapéutica. Esos dos países no son un anómalo caso aislado, y su ejemplo cunde. El envejecimiento de la población y la escasez de recursos imponen la eliminación de los ancianos y de los enfermos incurables. A esto se le llama <racionalización en el manejo de los recursos públicos>. La misma lógica se aplica con el aborto.

[Volver al índice](#)

La estrecha conexión que se da entre forma de pensar y estilo de vida constituye un tópico en Occidente. Como decía Fichte, <... el tipo de filosofía que se elige depende del tipo de hombre que se es>. En asuntos centrales para la vida humana, como los que estamos tratando aquí –la vida, la sexualidad, la familia–, resulta muy difícil poner de acuerdo posiciones encontradas. Por su misma índole, suelen ser complejos y profundos, con muchos matices, lo que dificulta un abordaje que, de una vez por todas, resuelva todas las dudas y dificultades. Así llevamos veinticinco siglos, desde que hay filosofía en Occidente, dando vueltas a los mismos asuntos: la libertad, el mal, el alma, Dios y la inmortalidad, la verdad, la justicia, el poder, etcétera. Y por eso los clásicos de la tradición filosófica se siguen leyendo con provecho.

De otra parte, no se puede discutir sobre esos temas de modo aséptico, como si se tratara de algo que no nos concierne personalmente. Las verdades o conclusiones a las que lleguemos, fruto de la reflexión o del debate, tienen una profunda incidencia en la propia vida. Con frecuencia, esa nueva luz obtenida sobre algún aspecto de la realidad debería inducir cambios en la propia conducta, si queremos ser coherentes. Y puede ocurrir que nos neguemos a cambiar, que nuestra voluntad rechace lo que la razón afirma. Si la verdad nos interpela y nos compromete, podemos afrontar las consecuencias y cambiar lo que haga falta, o podemos cerrarnos en banda y negar la evidencia. Como hay en el hombre la necesidad de un mínimo de coherencia, lo que haremos en este caso es elaborar una coartada o justificación –aquí tiene sentido emplear el término <ideología>–. Si no somos capaces de adecuar la conducta a la forma de pensar, acabaremos pensando tal como vivimos. La absoluta coincidencia entre pensamiento y acción es muy difícil de alcanzar, siempre nos quedaremos cortos y habrá holguras. Lo que importa es la tendencia, el esfuerzo. Si hay contradicción entre lo que pensamos y decimos y nuestra conducta (el caso del que predica agua y bebe vino, según el refrán alemán), hay un problema, pues no podemos vivir de modo permanente instalados en la incoherencia.

El modo de entender la vida, la sexualidad, el matrimonio y la familia tiene una decisiva importancia, tanto para las personas singulares como para la sociedad en su conjunto. Ninguna sociedad puede durar si no llega a un acuerdo en la manera de regular esas cuestiones vitales. Esto se llama, en sociología, <institucionalización>, y afecta a las necesidades básicas para la vida personal y social. Las instituciones relativas a la familia pueden mantenerse casi inalteradas durante siglos en las sociedades tradicionales. En la sociedad moderna la situación es diferente y el cambio resulta inevitable, incluso se estimula como un valor positivo, expresión de libertad. Se entiende que cada uno debe ser feliz a su manera, en palabras del rey Federico II de Prusia, paradigma del soberano

ilustrado. El reto será, entonces, compaginar la libertad individual con el necesario consenso sobre algunos valores fundamentales para impedir que la sociedad se disgregue (anomia).

La libertad y su natural consecuencia, el pluralismo, llevan a la controversia. La sociedad democrática vive justamente de esa discusión pública. Y cuando hay que elegir representantes o adoptar una decisión, se vota y se hace lo que diga la mayoría. Como no hay acuerdo sobre tantas cuestiones fundamentales, la fuente de legitimación ya no es un dogma absoluto, aceptado por todos, sino un procedimiento: el voto en la política, el mercado en la economía, las decisiones de parlamentos y jueces en la justicia. Pero el procedimiento tiene sus límites; no se basta a sí mismo y necesita apoyarse en algunas convicciones de carácter absoluto, como puso de relieve Ernst Wolfgang Böckenförde para el caso del Estado democrático (se basa en presupuestos de carácter prepolítico que él mismo no puede garantizar).

En nuestros días asistimos a profundos cambios en la institución familiar y en todo lo que la rodea, así como en la forma de entender la vida y la muerte. Es natural que esas transformaciones se vean precedidas, acompañadas y seguidas por los correspondientes debates, a veces apasionados. Lo que me proponía señalar en este epígrafe, después de la aparente digresión anterior, es que para entender cabalmente las posiciones en liza hay que atender tanto a los argumentos en sí mismos considerados como a las biografías de quienes los formulan. Ideas y vida están tan imbricadas en esta materia, que no podemos considerarlas por separado. Con mucha frecuencia, las tesis defendidas se entienden tan solo a la luz de las trayectorias biográficas que hay detrás de quienes las sostienen.

Por ejemplo, tenemos el Gobierno de Gerhard Schröder en Alemania (1998–2005), con Joschka Fischer de Vicecanciller. Entre los dos sumaban ocho matrimonios (cuatro cada uno) y ningún hijo. No es descabellado pensar que esa circunstancia habrá podido influir en el curso de la política familiar adoptada por su Gobierno.

El Ejecutivo de Zapatero dio prioridad a la agenda de género. En algunos casos, de modo sorprendente, casi a traición, pues se trataba de propuestas no incluidas en su programa electoral. Hay congruencia entre las políticas desarrolladas y las trayectorias vitales de los integrantes del Ejecutivo socialista. Tener o no tener una experiencia directa, personal, sobre la familia o la maternidad/paternidad influye decisivamente en las ideas que se defienden luego en la arena pública.

En menor medida, algo similar vale para algunos dirigentes del PP. Cuando no era más que consejera de Transportes de Madrid y candidata del PP a la presidencia de Castilla–La Mancha, María Dolores de Cospedal concedió una entrevista a El País (11 de mayo de 2006, p. 84). En ese momento el PP hacía en el Parlamento una oposición dura, implacable, y la entrevistadora le pregunta: —¿El Gobierno ha hecho algo bien?> Respuesta: —<Hay una ley que me gusta: lo que llaman el divorcio exprés>. La

contestación de Cospedal, que se aparta de la posición de su partido, se entiende a la luz de su biografía, tal como reseña la entrevistadora: casada, divorciada, madre soltera por inseminación artificial. Se piensa como se vive.

He citado antes a Alicia Sánchez Camacho como una de las discrepantes ante el proyecto de reforma de la ley del aborto. ¿Será casualidad que también ella haya sido madre soltera por inseminación artificial? Muchos sesgos inesperados en la forma de pensar se explican a la luz de cambios en las circunstancias personales o familiares. Si, por ejemplo, no se consigue mantener la fidelidad al cónyuge, cabe reconocer el fracaso y pedir perdón, pero como dar este paso requiere humildad y sacrificio, otra opción es emanciparse y declarar obsoleto el matrimonio monógamo.

Una clave hermenéutica básica para entender el modo en que los medios de comunicación tratan lo relativo a la vida y a la familia es justamente la vida de los protagonistas: productores, guionistas, directores, presentadores, gestores. La sociología de las profesiones ligadas a la comunicación y al entretenimiento es muy reveladora: escasa nupcialidad, baja natalidad, inestabilidad matrimonial. El enfoque (frame) con el que se habla de estos temas en tantas producciones audiovisuales viene mediado por la experiencia vital de guionistas y realizadores. Pixar produce películas que triunfan en todo el mundo y presentan de modo positivo los valores familiares: Finding Nemo, Toy Story, The Incredibles, Up y tantas otras. No es casual que la mayoría de los directores de esa compañía vivan en condiciones familiares estables –casados y con hijos–. Al hacer la crítica de uno de sus últimos estrenos en España, el comentarista de la revista Fotogramas se deshacía en elogios sobre la calidad técnica de la película, pero señalaba como defecto <su exaltación de los valores familiares>. Tanto los guionistas como los críticos plasman la propia experiencia vital en lo que escriben.

La política y la comunicación son profesiones que de entrada tampoco ayudan mucho a llevar una vida familiar ordenada, y los datos así lo confirman. Sería raro que las vivencias de los representantes y cargos políticos y de los periodistas y comunicadores no influyeran en las posturas que defienden en público.

[Volver al índice](#)

Primero es la vida, y luego viene la reflexión. No hay sociedad sin normas, más o menos formalizadas. Podemos considerar la cultura como la trama de tecnología, normas y símbolos que constituye la forma de vida de una colectividad. Con la cultura afrontamos los retos que plantea la vida, damos solución a la base material de la existencia y, en un momento posterior, encontramos significado, sentido para la vida (*primum vivere deinde philosophare*).

Las normas tienen diverso carácter: pautas no escritas que regulan la convivencia y determinan lo que es correcto en el trato con los demás o códigos sectoriales. El derecho propiamente dicho estaba al servicio de la justicia, buscaba dar a cada uno lo suyo. Para dirimir los inevitables conflictos se estatuyeron jueces imparciales y leyes (o acervos de sentencias en la tradición anglosajona del *common law*). Hemos recorrido un largo camino desde la Ley de las doce tablas de la Roma clásica, fuente del derecho romano en opinión de Tito Livio, hasta el Estado de derecho de nuestros días. Para los clásicos griegos y romanos y para la cristiandad medieval, la realidad se afirma como criterio de verdad y de bien. Una proposición es verdadera si se adecúa a la realidad. Una conducta es éticamente correcta si hace justicia a la realidad, si trata a los demás seres –cosas, plantas, animales y humanos– de modo adecuado a su naturaleza. El moderno se va a emancipar de la naturaleza, es más, se impondrá a ella apoyado en la ciencia: saber es poder.

La ciencia positiva tiene su equivalente en el derecho: el positivismo jurídico, que va a desplazar al viejo derecho natural. Ahora ya no existirá lo justo por naturaleza. El derecho, no recibido de Dios ni de la tradición, ni exigido por la realidad, no es más que un artificio técnico al servicio de una convivencia sin fricciones. Ilustra esta nueva situación el código de la circulación, que está para evitar accidentes y atascos; a dónde se dirijan los vehículos es cosa que no interesa al legislador. Lo mismo pasa con el derecho moderno: cada uno vive a su aire –Federico II, ya citado– siempre que no altere la convivencia y moleste a los demás. La fuente de legitimación radica en un procedimiento: justo y legal es lo que en cada momento legislan los parlamentos y los jueces establecen con sus sentencias. Es claro que eso puede cambiar, al hilo de la evolución de la opinión pública y del juego de las mayorías, que eligen a los parlamentarios. Viejos delitos dejan de serlo –por ejemplo, la homosexualidad entre adultos, el mismo aborto– y surgen delitos nuevos –el ecológico, entre tantos otros–.

El positivismo jurídico quiere hacer creer que el derecho no tiene nada que ver con la moral, por supuesto, pero ni siquiera tampoco con la idea de justicia. Esto resulta difícil de admitir. Los códigos penales, sin los que no pasa ninguna sociedad, son, en el fondo,

códigos morales. Al margen del debate teórico, la gran crisis del positivismo jurídico se da con el régimen nazi, que llegó al poder en los años treinta de modo irreprochable. Luego vinieron la barbarie y el desastre de la guerra mundial y el Holocausto. Cuando los aliados vencedores juzgaron en Nuremberg a los líderes nazis, estos se defendieron invocando –entre otras cosas– el carácter legítimo de sus autoridades: –<Cumplíamos órdenes de nuestro Gobierno>. Como reacción ante tanto horror, el mundo civilizado, representado en la asamblea de la ONU en San Francisco, firmó en 1948 la Declaración Universal de Derechos humanos. Después de dos primeros artículos de carácter introductorio, el artículo tercero proclama: <Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona>. A esa Declaración inicial han seguido sucesivas oleadas de nuevos derechos: sociales y económicos (años ochenta), al desarrollo, a la identidad y al medio ambiente (años noventa) y formulaciones <sectoriales> (derechos de los niños, etcétera). Casi se puede hablar hoy de una inflación de derechos humanos (con la peculiaridad de que se hace poco hincapié en los correlativos deberes).

Los derechos humanos marcan unos mínimos que ningún legislador debe vulnerar. Si un Gobierno atenta contra esos derechos básicos, pierde legitimidad y se le puede negar la obediencia. Incluso cabe que la comunidad internacional se movilice para neutralizarlo y proteger a su población. Se acabó el principio de no injerencia en asuntos internos de otros países, propio del mundo de la guerra fría.

Además de regular la convivencia social y evitar que los conflictos degeneren en violencia, el derecho cumple una importante función educativa. Lo que la ley permite o, con mayor motivo, promueve positivamente acaba viéndose como bueno. La actividad legislativa y judicial contribuye a configurar las mentalidades. Cabe distinguir a este respecto tres escenarios: en primer lugar, el ordenamiento legal puede haberse quedado desfasado por el paso del tiempo y no reflejar ya la opinión predominante en la sociedad. En el segundo caso, hay acuerdo entre opinión pública y legislación y las leyes reflejan con bastante fidelidad el clima de opinión. Por último, es posible que el legislador vaya <por delante> del sentir mayoritario y utilice precisamente el derecho para ayudar a cambiar las mentalidades y las conductas (<uso alternativo del derecho>), orientándolas en el sentido de los intereses gubernamentales. La legislación se convierte así en una herramienta al servicio de la ingeniería social. Es uno de los recursos que se emplearán para alumbrar el nuevo tipo de hombre, inspirado por la ideología en el poder.

En el caso del aborto confluyen dos tendencias. De una parte, la necesidad de legalizar esa práctica y darle carta de naturaleza social. Puede hacerse directamente o en dos fases, como ocurrió en España, donde la despenalización precedió a la legalización. El negocio del aborto y los que lo practican necesitan seguridad jurídica para desarrollar su actividad sin problemas. Ya he mencionado antes el papel de la patronal del aborto en la aprobación de la ley Aído, que legalizó el aborto en España. Durante más de dos decenios de aplicación fraudulenta de la ley de 1985 reinó la impunidad y los abortistas estaban tranquilos. En cuanto Morín fue procesado saltaron las alarmas: el sector se vio

en peligro, fuera de la ley, y de ahí su intervención ante el Gobierno de Zapatero. Este se prestó gustoso al juego y promulgó una ley que no figuraba en su programa electoral.

Más allá de concretas peripecias legales, otra tendencia típicamente moderna conduce a la legalización del aborto en los países occidentales. Se trata de un rasgo característico de la cultura moderna, ilustrada: la vocación de racionalidad y de sistematicidad. El moderno reacciona con rapidez ante cualquier falta de coherencia. De ahí, por ejemplo, su rechazo de la hipocresía. El derecho ha cobrado la mayor importancia en nuestras sociedades, por los motivos apuntados anteriormente. Una vez roto el consenso tradicional en torno a los valores fundamentales, solo nos queda el procedimiento para asegurar la cohesión social, y el derecho ocupa aquí un lugar privilegiado. Por las razones que estamos examinando es un hecho que la cultura de la muerte se ha impuesto en casi todo Occidente. La industria del aborto es, sin duda, una de sus manifestaciones más destacadas: la aceptación social del aborto me parece el hecho más grave y terrible ocurrido en el siglo XX. A modo de tsunami, parece haber barrido todas las barreras morales y legales. Los occidentales de final del siglo XX y comienzo del XXI somos gente culta y refinada, impregnada del valor del derecho. ¿Cómo compaginar la práctica masiva del aborto con el respeto a la persona y a su dignidad que se plasma en nuestros ordenamientos jurídicos? Lo que veíamos en el caso de los individuos se aplica también, mutatis mutandis, en las sociedades: si comportamientos suficientemente generalizados infringen la ley y no queremos cambiar de conducta, la alternativa es cambiar la ley. Una vez legalizado el aborto, queda restablecido el acuerdo entre las leyes y las conductas. Y como siempre hay actores codiciosos y sin escrúpulos, que practican el aborto en términos inaceptables, la ley puede perseguirlos, manteniendo viva así la ilusión de un Estado de derecho que garantiza la justicia.

[Volver al índice](#)

La segunda mitad del siglo XIX representa el apogeo del imperialismo. Las naciones con peso político y económico se lanzan a una carrera desenfrenada por conquistar el mundo y plantar su bandera en el último rincón. Además de las clásicas potencias europeas –Reino Unido, Francia, Rusia, Alemania, Italia, España, Portugal–, también concurren los Estados Unidos, Japón, China e incluso Brasil. Hay un auténtico culto al espacio, y las potencias industriales confían en asegurarse proveedores de materias primas y destinatarios para sus productos manufacturados. Luego se vería que la mayoría de esos <imperios> apenas fueron rentables desde el punto de vista económico, pero se trataba de una cuestión de prestigio nacional. Las flotas de guerra surcan los mares, y el acorazado se convierte en el emblema del nuevo imperio, como lo son en nuestros días el portaaviones o el submarino nuclear.

Al igual que hemos visto en el caso de las personas, también las naciones tienen necesidad de justificar sus políticas y de poner de acuerdo palabras y hechos. Con el arranque de la modernidad la política se emancipa de la moral y se va imponiendo la razón de Estado (Realpolitik) como criterio de actuación: todo lo que contribuya al engrandecimiento y a la defensa de los intereses de la propia nación se acepta sin más. Pero incluso en este escenario en el que mandan los intereses se siente la necesidad de justificar la propia política. Científicos como Charles Darwin y Francis Galton vienen en ayuda de los afanes imperialistas: racismo, determinismo genético, eugenesia. Hay razas superiores –la blanca, como es obvio– y razas inferiores. Es tarea del hombre blanco llevar la civilización al tercer mundo: se habla, con una extraña mezcla de ingenuidad y cinismo, de la <pesada carga del hombre blanco> [33]. En consecuencia, el imperialismo se puede vender marcado con la etiqueta de <empresa benéfica>. Como se comprueba que las poblaciones indígenas son con frecuencia irreductibles, incapaces de aprender, díscolas y perezosas, se hace preciso someterlas y gobernarlas con mano dura. [34] La explotación del Congo por el rey de Bélgica constituye seguramente el ejemplo de máxima crueldad y de desprecio al hombre que cabe imaginar, aunque no resulte fácil establecer este tipo de ranking.

Por tratarse de un <episodio> apenas presente en la opinión pública contemporánea, voy a detenerme un momento en este caso. Podremos ver así cómo la cultura de la muerte no surge por generación espontánea, sino que hunde sus raíces en terrenos como el del Congo belga. En palabras de Phillip Bloom [35]: <El propio rey Leopoldo había alegado motivos humanitarios para apropiarse del Congo, y prometido que el territorio se inspeccionaría a fondo y se cristianizaría... Durante el mandato de Leopoldo [36] murieron unos diez millones de nativos, asesinados, mutilados o de hambre... Los trabajos forzados, las violaciones masivas y la práctica de tomar rehenes, los asesinatos

de poblados enteros y la brutalidad endémica fueron los componentes claves del caucho con que el Estado Libre abastecía a un voraz mercado europeo y norteamericano. Desde su palacio belga, el rey Leopoldo amasó una fortuna que superó sus sueños más delirantes>. ¿Nos sorprende que, con antecedentes como este, Bélgica se haya convertido hoy en uno de los países pioneros en la implantación de la cultura de la muerte?

La exploración de los últimos rincones del planeta permitió hacerse una idea precisa de la composición y distribución del género humano. El occidental confirma que no está solo, ni mucho menos, y que las poblaciones indígenas, de todos los colores, son mayoritarias. Cunde en Occidente el miedo a verse arrollados por esas poblaciones, lo que lleva a la implantación de políticas eugenésicas de diverso tipo.

La eugenesia hace su debut en la política en los Estados Unidos, mediante leyes que prevén la esterilización de delincuentes, con especial atención a pieles rojas y negros. Hacia 1900 se introduce en Europa, donde se difunde con gran rapidez. Suiza hace de puerta de entrada, con centros como el hospital Burghölzli en Zurich. Ahí se formaron, en la teoría y en la práctica, los expertos que aplicaron las leyes racistas en la Alemania de Hitler. Vuelvo a los juicios de Nuremberg: los criminales nazis también se escudaron, como justificación para sus prácticas racistas, en el consenso prácticamente universal que había a este respecto en los países occidentales más avanzados. Todos eran racistas. El <crimen> nazi consistió en serlo de manera más consecuente, hasta el extremo (lo que encaja perfectamente con el rasgo alemán de tomarse las cosas en serio y de llevarlas hasta sus últimas consecuencias de modo concienzudo).

Las políticas eugenésicas se aplican tanto en las metrópolis como en las colonias. Hay que evitar que se reproduzcan los individuos o grupos tarados –con taras étnicas, físicas, psíquicas o de cualquier otro tipo– y conviene favorecer que lo hagan los individuos idóneos, para lo que tendrán que aparearse con los cónyuges adecuados.

Contra lo que cabía esperar, esas prácticas racistas y eugenésicas no se terminaron cuando salieron a la luz los crímenes nazis. Como hemos conocido en los años noventa, varios de los países con más depurado pedigrí democrático –Estados Unidos, Canadá, Suiza, Francia, Suecia, Japón, Australia– siguieron aplicando esas políticas durante decenios. Los motivos fueron variados y diversos según los países. En Suecia, paradigma del Estado del bienestar (el famoso <modelo sueco>) había miedo a que surgiera una bolsa de población integrada por elementos improductivos y asociales, auténticos parásitos que, al aprovecharse de las generosas prestaciones públicas sin aportar nada a cambio, pudieran poner en peligro todo el sistema. En Estados Unidos primó el factor racista: por ejemplo, utilización de muchos centenares de negros para experimentar tratamientos contra la sífilis (saldados con la muerte de prácticamente todos esos cobayas humanos) o esterilización de miembros de minorías étnicas. En Japón fue determinante la xenofobia: las esterilizaciones forzosas afectaron

principalmente a inmigrantes extranjeros.

Cuando esos hechos se fueron haciendo públicos, lo que sucedió casi al mismo tiempo en los diferentes países, se produjeron escándalos de repercusión internacional. Algunos de los Gobiernos implicados se disculparon públicamente ante las víctimas o sus herederos –por ejemplo, el Gobierno australiano ante los descendientes de la población aborigen; el presidente Obama ante el Gobierno de Guatemala por los experimentos realizados con soldados, personas pobres y presos en las cárceles de ese país, etcétera–, aunque en muchos casos de modo más bien tibio. Así, el Gobierno estadounidense se ha negado a indemnizar a las personas esterilizadas contra su voluntad basándose en que esas prácticas eran legales cuando se realizaron. El Gobierno japonés ha sido todavía más remiso con la disculpa: la xenofobia se unió al modo tradicional de entender la autoridad, que no contempla la posibilidad de que los que mandan se equivoquen o, menos aún, abusen de su poder.

Eugenesia y aborto van de la mano, como cultura y, a menudo, como práctica. Una vez terminada la segunda guerra mundial comenzó el proceso de descolonización y fueron surgiendo docenas de nuevos países. La euforia que siguió al logro de la independencia se esfumó enseguida, desplazada por la magnitud de los problemas que ni la independencia ni una democracia puramente nominal consiguen resolver: inestabilidad política, enfrentamientos internos, que llegan incluso a la guerra civil, corrupción, pobreza, analfabetismo, subdesarrollo sanitario. El llamado tercer mundo goza tan solo de una aparente independencia y el colonialismo se mantiene con nuevos rostros. Lo que no cambia es el temor del hombre blanco ante la posible explosión demográfica en los países en vías de desarrollo. El miedo se agudiza en la medida que en Occidente la población envejece y cae la natalidad. El vacío tiende a llenarse, y si en los países del primer mundo hay trabajo y faltan brazos, se pondrá en marcha el correspondiente proceso migratorio, con o sin papeles. Los países ricos pueden endurecer los controles policiales, deportar a los inmigrantes ilegales que consigan identificar o construir muros como el que separa Estados Unidos de México, pero el flujo migratorio resultará incontenible. Nuestra condición ofrece un paradójico carácter ambivalente. De una parte, rechazamos a esos nuevos <bárbaros>, que ponen en peligro la tranquilidad de nuestro *satu quo*. De otra, los necesitamos para que lleven a cabo las tareas ingratas que nosotros despreciamos y mantengan así en funcionamiento nuestra economía.

En este nuevo contexto demográfico el aborto se convierte en un elemento destacado de las políticas de <ayuda al desarrollo>. La eugenesia ya no está de moda, pero el aborto no tiene –todavía, al menos– esos problemas de imagen. La ONU, los Estados Unidos y la Unión Europea se han lanzado a una incansable labor para implantar en esos países políticas de control de la natalidad. Las entidades privadas que colaboran en esa tarea, como Planned Parenthood, disponen de considerables recursos, amén de un celo infatigable. Ya es una práctica habitual que la ayuda económica a las naciones menos desarrolladas se haga depender de la aprobación y puesta en práctica por su parte de

políticas de <salud reproductiva>. Oficialmente se trata de impulsar el empoderamiento de las mujeres, pero en la realidad se fomenta el aborto. Si Occidente aborta, hay que hacer abortar a los demás.

El temor del primer mundo resulta comprensible. Ahí está el islam, con sus mil doscientos millones de fieles, de los que el 70% son jóvenes. Juventud, pobreza y algo de fundamentalismo constituyen un cóctel peligroso. Y en el islam no ha entrado la cultura de la muerte: el aborto es para ellos un cuerpo extraño. El presidente de Argelia pudo declarar hace unos años que la expansión del islam en Europa se frenó por las armas en el siglo VIII (batalla de Poitiers, 732), pero que esa conquista se llevará cabo ahora de modo pacífico, mediante los vientres de las musulmanas. Si los europeos no tienen hijos, su destino está sellado.

Cuando el Gobierno ruso realizó el último censo, hace un año, tomó una decisión inusitada: omitir la clásica pregunta, que no falta en ningún padrón del mundo, sobre la religión de sus ciudadanos. Las autoridades querían evitarse el mal trago de tener que registrar de modo oficial el formidable avance del islam entre la población rusa.

[Volver al índice](#)

Los promotores de la cultura de la muerte se apoyan en la libertad para justificar su postura. El bando abortista en Norteamérica se autodenomina pro choice, y reivindica el sentido positivo que atribuimos a la capacidad de elección. <Mi cuerpo es mío>, <Nosotras parimos, nosotras decidimos>, proclaman las partidarias del aborto. <Mi vida es mía y le pongo término cuando lo considero oportuno>, declaran los defensores de la eutanasia. La autonomía del sujeto se invoca como valor supremo de la condición humana, el lema de Federico II llevado al extremo. Claro que entre el aborto y la eutanasia hay una diferencia esencial: quien opta por la muerte decide sobre la propia vida. En cambio, la madre embarazada decide sobre una vida ajena, la de su hijo [37]. Aquí nos encontramos con dos cuerpos, el de la madre y el del hijo; este se aloja en el seno materno durante los meses del embarazo. Hasta tal punto se trata de un auténtico huésped que, a los cinco días de producirse la fecundación, el diminuto embrión se hace <con el mando> de la fisiología materna. Neutraliza la menstruación y la convierte en gestación y provoca la desactivación del sistema inmunológico materno para que no se vuelva contra él. Se trata claramente de un intruso, pero que se sabe en su casa y que actúa en consecuencia. La madre deja hacer, como nos deja hacer en la vida adulta cuando volvemos de visita al hogar familiar.

A la vista del papel central que desempeña en este negocio, voy a detenerme en el examen de la índole de la libertad, para lo que compararé dos formas de entenderla, la clásica y la moderna.

[Volver al índice](#)

LA LIBERTAD DE LOS CLÁSICOS

Como no podía ser de otra manera, el concepto de libertad es un producto griego – <vemos el mundo con los ojos de los griegos>, decía el historiador Burckhardt–. Inicialmente, la libertad es vivir conforme a la costumbre. El tirano es justamente el que introduce leyes nuevas, que se oponen a la tradición. Cuando Antígona contraviene la orden de Creonte y entierra a su hermano caído en combate, aunque sabe que se juega la vida al hacerlo, invoca la ley de la piedad filial, anterior a todo derecho positivo. La filosofía clásica distingue tres dimensiones o acepciones de la libertad.

En primer lugar, la libertad metafísica. Indica la apertura del ser humano a la realidad en su totalidad. Todo lo que existe puede ser objeto de conocimiento –en palabras de Aristóteles, <... por el conocimiento el hombre es todas las cosas> (de modo intencional, se entiende)–. De modo paralelo, todo lo que hay puede ser objeto de nuestra volición, podemos quererlo todo. Verdad y bien son dos notas coextensivas con la realidad en su totalidad: todo lo que existe puede considerarse como verdadero (presente en el entendimiento) o como bueno (presente en la voluntad).

La segunda dimensión de la voluntad se refiere a la indeterminación de la voluntad: libre albedrío o libertad psicológica. Podemos elegir entre actuar y no actuar, y entre actuar de una manera o de otra. No siempre, pero sí con mucha frecuencia. En ocasiones nos sentimos determinados o coaccionados, por la ignorancia o por las pasiones –como la ira o el miedo–, pero de modo habitual tenemos conciencia de ser dueños de nuestra actividad.

El tercer sentido de la libertad es el moral: la libertad como autodomínio, autoposición. No se da por igual en todos los seres humanos, pues requiere ejercicio, hábito, virtud. Aristóteles habla en este contexto de la libertad como de la amistad, del acuerdo del hombre consigo mismo. Se da en el psiquismo humano una pluralidad de facultades: sentidos externos, imaginación, memoria, entendimiento, voluntad. Hay amistad interior y, por tanto, libertad cuando todas esas facultades actúan al unísono, en armonía recíproca. En cambio, cuando hay conflicto interior el hombre se siente escindido, fracturado. Llegamos a casa y antes de ponernos a estudiar o de ocuparnos de los hijos, decidimos ver un momento la televisión, para ponernos al día en las noticias y para descansar un momento –nada más legítimo, después de una dura jornada laboral–. Pero pasan los minutos, que pueden convertirse incluso en horas, y seguimos pegados a la pantalla del televisor, viendo cualquiera de los <programas basura>. El cuerpo ha tendido de modo casi insensible a la horizontal y nos encontramos prácticamente tumbados sobre el sofá o sobre la alfombra. De vez en cuando recapacitamos y nos preguntamos en tono de reproche: –<¿Pero qué hago viendo este programa estúpido?

Debería ponerme a estudiar, o debería estar revisando los deberes escolares de mis hijos>. Pero el cuerpo puede más y ahí continuamos. ¿Hacemos realmente lo que queremos al ver la televisión en esas circunstancias? ¿Somos verdaderamente libres al hacerlo?

La persona virtuosa, que ha desarrollado hábitos buenos, es más libre, porque dispone de sí misma a voluntad. No es esclava de sus pasiones o de estímulos externos. Los hábitos potencian nuestra capacidad, nos hacen capaces de llegar más lejos, nos proporcionan libertad.

Para los clásicos griegos y los cristianos medievales la libertad es, sin duda, importante, pero no es lo más importante. Cobra su pleno sentido cuando se pone al servicio de la verdad y del bien. Esto implica una actitud de apertura, de sensibilidad ante el otro –aquí se encuentra la dimensión más básica del amor–, de respeto hacia la realidad. Esta disposición influye tanto en el modo de conocer la realidad como en la forma en que tratamos a los demás y organizamos la convivencia social.

[Volver al índice](#)

LOS MODERNOS Y LA EXALTACIÓN DE LA LIBERTAD

El moderno va a entender la libertad como liberación, como emancipación. Intentará liberarse de la tradición –que rechazará como lastre obsoleto–, de viejos tabúes que va a considerar superados, de la naturaleza como fuente de imperativos morales, de Dios. Como decía Hobbes, la libertad consiste en la capacidad para recorrer el mayor número posible de vías. En términos actuales: ampliar de modo ilimitado el número de opciones, no renunciar a nada, no dejar ninguna posibilidad sin probar.

El texto de Kant ¿Qué es la Ilustración? se considera de modo convencional como el manifiesto fundacional del proyecto cultural moderno. El lema que condensa la nueva actitud que propone es <atrévete a saber> (sapere aude, de un verso de Horacio), piensa por cuenta propia, ejercita tu libertad. Kant lamenta que la mayoría de la humanidad – gran parte de los varones y la totalidad de las mujeres [38]– haya renunciado a pensar por cuenta propia, por dos motivos: pereza y cobardía. Es más cómodo y menos comprometido dejar que las autoridades piensen y decidan por uno. Desde Kant, la actitud crítica cobra especial importancia y se institucionaliza, definiendo el modo moderno de pensar sobre el mundo. Desde luego que ese rasgo ha sido constitutivo de la mentalidad occidental desde los comienzos: se advierte en Sócrates, el padre de la filosofía. La nuestra ha sido seguramente la única gran cultura acostumbrada a cuestionar todo por sistema, a no dar nada por supuesto, capaz también de la autocrítica más despiadada. Ese talante, presente desde los albores de la cultura occidental, se va a vivir a partir de ahora con una especial radicalidad: nada escapará a la crítica implacable, no se va a respetar nada.

El ilustrado se emancipa de la tradición, descalifica el pasado y mira con optimismo el futuro. El lugar que merecían en la cultura clásica la Verdad y el Bien lo ocupará ahora el Progreso, el mito moderno por excelencia. Se trata de un avance para mejor, en todos los ámbitos y sentidos, imparable, necesario e ilimitado. La ciencia y la tecnología constituyen su motor, y el objetivo al que apunta es un futuro idílico: la utopía, el paraíso en la tierra (Marx). Ya no hará falta fijarse en el Reino de los cielos, ahora vamos a instaurar el Reino del hombre sobre la tierra, y todo irá mucho mejor.

La libertad que Kant consagra en el ámbito intelectual gana terreno –unas libertades tiran de las otras– y se irá institucionalizando en los diferentes campos sociales: política (democracia), economía (capitalismo), arte, derecho (positivismo jurídico), etcétera. El individualismo adquiere cada vez más fuerza, con la única salvedad de que la autonomía radical de cada individuo deberá ponerse de acuerdo con la de los demás, pues resulta evidente que vivir en sociedad nos conviene a todos: así somos más fuertes y más prósperos. Uno de los mayores retos que se plantea a la organización social de las

sociedades modernas será justamente la salvaguarda de la libertad de cada uno sin que sufra la cohesión social. Si Kant nos enseñó que el sujeto es soberano, dueño de su vida y que, si decide obedecer a una moral, esta deberá ser autónoma, resulta lógico el razonamiento de Nietzsche: Kant era un timorato. Si soy autónomo y soberano, ¿por qué debo autolimitarme? La moral es cosa de esclavos, un truco con el que los seres inferiores buscan domesticar a los más poderosos, en la esperanza de librarse así de su esclavitud.

Se advierte la deriva nihilista del proyecto ilustrado, presente tanto en la dimensión teórica –al final, la crítica se devora a sí misma y no queda nada– como en la práctica –darwinismo social, voluntad de poder, explotación de los débiles por parte de los fuertes: recaída en la ley de la selva–. En palabras del mismo Nietzsche, la felicidad para el moderno consiste simplemente en: -<Yo quiero>. El destino del feto quedará sellado en cuanto la madre lo considere un obstáculo o una amenaza para su <realización personal>. Nadie acudirá en su ayuda.

[Volver al índice](#)

Ya hemos visto que la fe en el progreso y la exaltación de la ciencia alcanzan su plenitud a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Se piensa que el hombre está a punto de desentrañar todos los secretos del universo [39], que se tornará completamente transparente. La culminación de la carrera cognoscitiva tendrá su correlato en la práctica y en la organización social: dominio tecnológico del mundo, instauración de un régimen social perfecto, con la plena realización de la justicia, victoria sobre la enfermedad y la muerte; en definitiva, el paraíso en la tierra.

La crisis estalló en el comienzo del siglo XX, de modo tan inesperado como devastador. El mundo optimista, borracho de confianza en el progreso, saltó por los aires hecho añicos.

Nos encontramos, para empezar, con una crisis de la ciencia, el buque insignia de la modernidad. La anticipa Ernst Mach, científico y filósofo de inspiración kantiana. Mach cuestiona la validez del principio de causalidad y el propio concepto de <ley física>: las leyes científicas no proporcionan certeza, se limitan a enunciar una simple probabilidad. De Mach deriva la filosofía del <como si>. El mundo pierde consistencia. Esta sensación se refuerza con la teoría de la relatividad de Einstein, que provoca desconcierto y escándalo. En palabras de Roland Stromberg, <... desapareció del Cosmos un apoyo aparentemente sólido y el Universo se tornó menos amistoso para la humanidad y menos a la medida del hombre>. Max Planck incide en la misma línea al presentar la física cuántica. En el ámbito subatómico parecen perder vigencia las leyes tradicionales de la física: los fenómenos dejan de ser regulares y previsibles y contradicen los principios más elementales de la lógica. La casualidad parece reemplazar a la causalidad. Werner Heisenberg con el <principio de incertidumbre> y Niels Bohr con el de <complementariedad> redondean la tarea de Planck. Kurt Gödel muestra con el teorema que lleva su nombre la imposibilidad de la fundamentación lógica de las matemáticas, otra gran empresa intelectual de la época condenada al fracaso. Cunde el desaliento (se entiende que en el plano teórico; en el ámbito de la tecnología no hay problemas: los aparatos funcionan sin problemas y el desarrollo es vertiginoso).

Jean Guitton describe de modo gráfico la nueva situación: <La teoría cuántica nos dice que para aprehender lo real hay que renunciar a la noción de lo real. Que el espacio y el tiempo son ilusiones. Que una misma partícula puede ser detectada en dos puntos a la vez. Que la realidad fundamental es incognoscible>. Los científicos están perplejos, y el propio Planck cuenta que al advertir las implicaciones de sus descubrimientos, se sumió en un estado de desesperación. Niels Bohr acaba reconociendo que <nada tiene sentido, y no tiene sentido tratar de encontrarlo>.

El ambiente no es mucho más optimista en los demás campos de la cultura. El racionalismo, impuesto por la ciencia y exportado a los demás ámbitos de la vida (<colonización del mundo de la vida>), se ve obligado a ceder ante el avance de lo irracional e inexplicable. Sus manifestaciones son variadas: el arte rompe con la realidad y se impone el arte abstracto, con su sucesión de vanguardismos a cual más rupturista; teatro del absurdo, poesía no formal, experimentos en la narrativa; música atonal; filosofía existencial; psicología y antropología de inspiración freudiana, con la valorización de los aspectos más instintivos y <animales> de la naturaleza humana; conductismo (Skinner, Pavlov), que concibe al hombre como resultado del condicionamiento social. Tanto en Skinner como en Freud se pierde la libertad del hombre.

La sobrevaloración de la ciencia había estimulado el irracionalismo en los demás ámbitos de la vida. Si el científico es el único tipo de conocimiento válido (neopositivismo), las demás formas de acercamiento a la realidad quedan descalificadas, son mera superstición sin sentido. La entronización de la razón científica y la consiguiente descalificación de lo no científico llevan a una exasperación de las dimensiones irracionales de la condición humana. Una vez que la propia ciencia entra en crisis, se produce una especie de igualación por abajo: todo vale (anarquismo metodológico de Feyerabend), que es lo mismo que decir que nada vale.

José Luis Comellas [\[40\]](#) sintetiza con acierto la crisis de conciencia y el cambio de paradigma que caracteriza el primer tercio del siglo XX. <Este tránsito se opera en las siguientes direcciones. Se pasa:

1. De la fe indiscutible en la ciencia propia de los tiempos positivistas y realistas, a la duda dramática en sus principios.
2. De un ambiente de seguridad a otro de incertidumbre.
3. De la afirmación de la razón como fuente de certeza a la conciencia de lo irracional.
4. Del dogma de un progreso necesario y asegurado a la idea de una decadencia (el movimiento <decadentista>; La Decadencia de Occidente, de Spengler, tuvo una amplia difusión en esa época).
5. De la creencia en la correspondencia entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido a la de la incognoscibilidad de las cosas y la soledad del yo.
6. Del orgullo de nuestra civilización a un complejo de inferioridad de Occidente>.

Gaston Bachelard, otro filósofo y científico, habla de <la angustia de la ciencia> para describir el clima de opinión reinante entre sus colegas.

En el campo político y social tiene lugar la más estremecedora de las catástrofes: la primera guerra mundial, de la que precisamente vamos a celebrar este año el centenario. Quedará en el imaginario del siglo XX como la <madre de todas las catástrofes>. Nos cuesta imaginar al cabo de un siglo la terrible conmoción que supuso esa contienda, tanto por su crueldad intrínseca como por el contraste con el optimismo anterior. Siguieron la Revolución bolchevique en Rusia, los locos años veinte, la gran depresión, los totalitarismos, la segunda guerra mundial, la guerra fría, la Revolución china... y nuestro mundo.

Me he entretenido un tanto en la descripción del cataclismo cultural del primer tercio del siglo XX porque esa sigue siendo nuestra crisis. La modernidad ha dado paso a una confusa postmodernidad, y ahí nos encontramos hoy, con un proyecto ilustrado agotado, que en todo caso sigue vigente de modo puramente inercial y a la espera de un recambio aceptable. Guillaume Paoli resume con acierto y brevedad nuestra evolución cultural: <El premoderno sabe que cree; el moderno cree que sabe; el postmoderno cree que no cree>. Se acabó la hegemonía del gran discurso (científico) y ahora tenemos una multiplicidad de pequeños discursos, todos igualmente válidos, desde la brujería y la astrología hasta la teología pasando por las ciencias tradicionales.

Estos cambios culturales afectan lógicamente a la cultura de la muerte y al lugar del aborto dentro de ella, como veremos a continuación.

[Volver al índice](#)

Ideología y represión. Así titula Gabriela Cañas su comentario al proyecto gubernamental de reforma de la ley del aborto, publicado en El País (23 de diciembre de 2013, p. 28). Considera la reforma <sorprendente>: <Será la madre, aun forzada a serlo, la que tendrá que hacerse cargo (como hasta ahora) del hijo que quizá no quiso, del hijo que quizá necesite atenciones especiales que el Estado difícilmente proveerá. Tampoco hay una sola medida que refuerce los derechos de la embarazada; al contrario, se le arrebatara el derecho principal: el de decidir libremente. Se la obliga a sortear obstáculos que a veces serán insalvables para evitar un parto no deseado>. Una actitud muy similar late en el mensaje de fin de año del presidente extremeño, José Antonio Monago: <Nadie puede negar a nadie su derecho a ser madre ni tampoco nadie puede obligarle a nadie a serlo>. Voy a comentar brevemente las palabras de ambos.

¿Qué sentido tiene hablar de <madre forzada a serlo>, fuera del caso de violación, insignificante a efectos estadísticos? Me he referido más arriba a la reproducción humana, de carácter sexual: el embarazo supone el concurso de un varón. Seguimos viviendo bajo los efectos de la <revolución sexual>, que presenta el sexo como algo exclusivamente lúdico, divertido, gratificante, de lo que sería absurdo privarse. Esa revolución, sumada al feminismo y a la ideología del género, lleva al olvido de la función biológica del sexo, orientada a la reproducción. Se puede decretar de modo voluntarista que la sexualidad como biología es despreciable y que casi todo sería una construcción cultural, lo que lleva a la equiparación de las más diversas <orientaciones sexuales>: hetero-, homo-, bi-, trans-, etcétera (el Gobierno australiano distingue hasta veintitrés), pero la naturaleza ahí está, inmune a nuestros malabarismos conceptuales. De la unión entre la mujer y el varón puede resultar un embarazo. Muchas mujeres –y también los varones, por supuesto, y seguramente más ellos que ellas– parecen asombrarse del embarazo que sigue a la cópula. Como si no entendieran que, puesta la causa, lo normal es que se siga el efecto correspondiente. Se advierte en esa reacción una monumental falta de responsabilidad, una notable incapacidad para asumir las consecuencias de las propias acciones (manera tradicional de definir la madurez). Resulta irresponsable querer disfrutar el sexo y no querer el hijo que puede venir a continuación. ¿Cómo puede alguien <sorprenderse> ante lo más natural del mundo?

¿Y quién sino la madre se va a hacer cargo de ese hijo, al menos durante el proceso de la gestación? Desde luego que será deseable que cuente con todo tipo de apoyos, públicos y privados, pero el asombro de la mujer ante la presencia del embrión en su seno y la necesidad de cuidar de él no puede obedecer más que a una irresponsabilidad rayana en el cinismo.

¿Dónde queda recogido el supuesto <derecho a ser madre>? En rigor, todo derecho subjetivo –es decir, la facultad de exigir algo– implica un deber correlativo por parte de alguien. En caso contrario, más que de derechos habría que hablar de brindis al sol, de deseos tan bienintencionados como inoperantes. Es lo que está ocurriendo en buena medida con la inflación de los derechos humanos: también estos se deprecian cuando proliferan en exceso. ¿Quién estará obligado a satisfacer la exigencia de la maternidad? Cuando la mujer y el varón se unen sexualmente puede producirse el embarazo o no, como es sabido. En los procesos naturales hay un inevitable margen de error. Hablar de derecho a este respecto tiene poco sentido. Los hijos son una posibilidad, un don, un regalo, una suerte, –o una posible carga, si no se contaba con el embarazo–, pero no un bien exigible, aunque hoy se difunda la mentalidad que los ve como un objeto de consumo. ¿Ante quién podríamos exigir y hacer efectivo ese derecho? Muchos padres adoptan una actitud propia de clientes o consumidores descontentos, y pretenden satisfacer su deseo a cualquier precio en el mercado reproductivo: el ser humano tratado como una cosa, <producido> en el laboratorio [\[41\]](#).

La medicina habla de una tasa natural de parejas infértiles cercana al 10%: no hay descendencia a pesar de no registrarse patologías conocidas. Y habla también de la creciente infertilidad atribuida a factores ligados al estilo de vida. En cualquier caso, nada más humano que el afán de tener descendencia, pero la naturaleza no siempre atiende nuestros deseos. Es característico del moderno que no se resigne y que pretenda imponerse a la espontaneidad natural, al precio que sea.

Gabriela Cañas deplora que se le arrebate a la mujer su derecho principal: el de decidir libremente. Ella es dueña de tener o no relaciones sexuales. Si decide tenerlas y no ha adoptado medidas anticonceptivas –y tampoco lo ha hecho el varón–, cabe que quede embarazada. ¿Cómo se justifica el reconocimiento del derecho a decidir sobre la suerte del hijo que lleva en su seno? En esa misma dirección apuntan las palabras del presidente extremeño: nadie puede obligarle a ser madre. El derecho a eliminar la vida no nacida no se argumenta, se postula sin más en el colmo del egoísmo y la frialdad.

La extraña combinación de crueldad sin escrúpulos e infantilismo psicológico parece una seña de identidad de nuestra cultura. Al socaire de la prosperidad económica de los últimos años, muchos niños han sido educados en un sobreproteccionismo paralizador, mimados y consentidos, incapaces de retrasar cualquier gratificación, inhábiles para asimilar contratiempos y fracasos. Y muchos adultos no llegan a superar ese estadio infantil o juvenil. Si el horizonte vital de tantas personas no va más allá del disfrute inmediato y el sexo ocupa un lugar central en el supermercado del placer, la proliferación del aborto será una consecuencia necesaria.

La inmensa mayoría de las personas entienden que la clave de la felicidad se encuentra en el amor y en la familia. Pero se tiene con frecuencia una visión puramente sentimental, emotivista, del amor. No hay lugar para la razón y la voluntad. Parece que

nos limitamos a ser títeres movidos por la química de las hormonas. Cuando en nuestra juventud alguien no quería estudiar, decía: –<No me da la gana de estudiar, no me apetece, no quiero>. Los jóvenes de ahora dicen: –<No me siento motivado>. La motivación aparece como una especie de fuerza natural, como la gravedad o el electromagnetismo. Si falta, habrá que recurrir a expertos –industria del coaching– para aplicar tratamientos técnicos y estimular su aparición. Lo mismo valdría para el amor. Larry King ha sido uno de los grandes presentadores (anchormen) de la televisión norteamericana. Se hizo famoso por su llamativo vestuario: quinientos juegos de corbatas y tirantes, a cual más estridente –también, como es obvio, por la lucidez de sus análisis políticos–. Cumplidos ya los setenta años, declaraba: <Me he casado siete veces. He vivido en una cultura en la que si te enamoras, te casas. Yo me he enamorado siete veces> (que se haya casado indica que pertenece a una generación anterior; hoy, gente joven en esa situación apenas se casaría). El enamoramiento como una suerte de particular tsunami afectivo, en el que la persona desempeña un papel puramente pasivo. Tenemos así una generación de gente inmadura, incapaz de decidir y de asumir las consecuencias de las propias acciones [\[42\]](#). Para más inri, con mucha frecuencia esos adolescentes afectivos, aun entrados en años, no se enamoran de personas concretas, de carne y hueso, sino del mero enamoramiento. Más que querer a alguien, se quiere la euforia generada por ese estado. El destinatario concreto es secundario, y puede cambiar, incluso con frecuencia. Tenemos el amor en estado líquido, tal como lo ha descrito en nuestros días Zygmunt Bauman.

El sentimentalismo, tras su apariencia soft, esconde la capacidad de una tremenda crueldad, para la que no existe el respeto hacia el otro, ni siquiera cuando se trata del ser más indefenso, como lo es el feto en el seno materno. Reencontramos el <yo quiero> de Nietzsche: cuando se alían egoísmo y crueldad, nadie está a salvo. Entre el hedonismo y la violencia se da una estrecha afinidad. Oscar Wilde puso de manifiesto la vinculación entre cinismo y sentimentalismo, y Walker Percy ha ilustrado cómo de este a la cámara de gas no hay más que un paso. <La compasión embota la inteligencia más deprisa que el coñac>, dice el protagonista de una de las novelas de Robertson Davies.

Encontramos ese escenario sentimental también en el final de la vida, con la eutanasia. Una sociedad que todo lo fía al bienestar material no soporta la muerte o el dolor, inevitables a pesar de los avances de la medicina y de la farmacología. El sufrimiento –y la muerte– constituye el mal absoluto, la encarnación de lo que no debe ser. Cuando su presencia se hace inexorable y no queremos padecer ante su vista, una reacción <lógica> será eliminar al que sufre: muerto el perro, se acabó la rabia, como dice el refrán popular. No se ve en él a una persona, sino una sucesión de estados o situaciones desagradables, cuya presencia no soportamos. Si se desdibujan la entidad y el valor único, absoluto, de la persona humana –a eso lo llamamos de modo clásico <dignidad>–, la vida del que sufre se vuelve un escándalo, que además da mucho trabajo y gasta un dinero que apenas tenemos. Matarlo resulta una opción de lo más razonable. Se rompe así la tradicional

solidaridad que mantenía más o menos unida a la sociedad. Peligra el pacto entre las generaciones.

[Volver al índice](#)

La ley que despenalizó el aborto en España se promulgó el 5 de julio de 1985, durante el Gobierno socialista de Felipe González. Tras la aprobación de la ley no ocurrió gran cosa. De hecho, de julio a diciembre se practicaron 9 abortos en España. Ni rastro de esa enorme demanda social que se había invocado durante la tramitación de la ley. Ya hemos visto que esto forma parte de la estrategia al uso: hay que inventarse una masa de cientos de miles de personas atribuladas, que esperan con ansiedad la aprobación de las correspondientes leyes –aborto, divorcio exprés, reproducción asistida, matrimonio homosexual– para salir de las catacumbas de la clandestinidad y empezar a llevar una vida digna. Como la casi nula práctica abortista ponía en entredicho la credibilidad del Gobierno, pues desmentía esa necesidad social, las autoridades tomaron la iniciativa.

Se empezó a llamar a los hospitales españoles para <animarles> a que comenzaran cuanto antes con los abortos. De entrada, la clase médica española se negó a practicarlos –al igual que ocurrió en Inglaterra–. Matar, eliminar vidas no entra en el horizonte profesional del personal sanitario, al menos del formado en la tradición occidental clásica (<primero, no hacer daño; luego, sanar, aliviar, consolar>: matar no encaja bien en esta serie). Los hospitales públicos fueron inicialmente refractarios a la nueva práctica, aun despenalizada. El aborto siguió en manos de las clínicas privadas [\[43\]](#). Y mientras estas preparaban su oferta, las españolas que querían abortar siguieron viajando a Londres, en número decreciente con el paso de los años. La resistencia médica fue aflojando poco a poco, otra vez a imitación de Inglaterra. Luego de un despegue renqueante, la nave del aborto fue tomando impulso y al cabo de unos años adquirió la velocidad de crucero de algo más de cien mil abortos anuales a la que avanzamos hoy día (¿en dirección hacia qué destino? cabría preguntarse).

Como es comprensible, el debate que acompañó la tramitación de esa ley fue acalorado. Recuerdo a una destacada dirigente socialista, que luego sería ministra. Defendía el aborto con ardor, y no tuvo recato en contar que ella misma había abortado: no recomendaba a ninguna mujer pasar por ese trance, verdaderamente traumático. ¿Cómo se explica que alguien así, que ha sufrido ese dolor en su propia carne, haga todo lo posible para <facilitar> esa misma experiencia a otras mujeres?

Descarto la posibilidad de considerar el aborto como algo bueno, gratificante, una gozosa experiencia, que por benevolencia se quiere compartir con otras personas, de la misma manera que difundimos lo que amamos. Desde esta perspectiva, el que promueve el aborto en el mundo no querría más que hacer el bien, poner a disposición del mayor número posible de personas algo que considera valioso. Puede parecer que desvarío, pero si nos fijamos en el discurso de algunos promotores del aborto, si nos limitamos a

leer <el folleto>, uno obtiene justamente esa impresión. En consecuencia, quien se opone al aborto queda como un aguafiestas, que por oscuros motivos quiere impedir el acceso de la humanidad a un bien sumamente valioso.

Vuelvo a la ministra socialista. Si desde su privilegiada posición trabajaba en la difusión del aborto, después de haber pasado ella misma por la dolorosa experiencia, estimo que no cabe más que una explicación, tan simple como terrible: si una persona con ese antecedente sufre, una manera de aliviar el dolor consiste en empujar a otras personas a pasar por esa misma experiencia (<mal de muchos, consuelo de tontos>, según el refrán popular). El dolor personal se agudiza ante el contraste con la felicidad ajena. Si logramos que los demás también sufran, nos sentiremos menos solos. Incluso podremos pensar que a la vista de su generalización, se trata de algo normal, normalizado. Ya que estoy mal y no soporto la comparación con los que están bien, voy a procurar que ellos se lleguen a encontrar tan mal como yo. Así dejaré de estar peor que ellos, seremos todos iguales, y yo me habré convertido en uno más, en alguien normal.

En la psiquiatría oficial se discute sobre la existencia o inexistencia del <síndrome post aborto> [44]. ¿Se puede hablar de una patología claramente identificable? Esta controversia está empapada de ideología, como no podía ser de otra manera dadas las características del asunto. Sabemos al menos desde los años setenta que en la American Psychiatric Association (APA) los criterios políticos tienen tanto peso como los estrictamente psiquiátricos, por lo que hay que tomar cum grano salis sus pronunciamientos en temas como este. Discusiones oficiales al margen, consta que muchas de las mujeres que abortan padecen secuelas, físicas y psíquicas. <La sangre derramada no se seca>, exclama en la película 22 balas el jefe mafioso representado por Jean Reno, al mirar hacia atrás y pensar en sus víctimas.

<Un muerto (el feto) y dos víctimas (el feto y la madre)>, es el saldo más frecuente de la práctica abortiva. Las manifestaciones son de lo más variado, como trastornos alimentarios y del sueño; pesadillas recurrentes; depresión y ansiedad; baja autoestima; drogadicciones; autolesiones físicas o psíquicas; ideas suicidas; frigidez sexual o, por el contrario, promiscuidad: puede darse tanto un rechazo completo al varón o el trato indiferenciado con varones, buscando de modo más o menos consciente un nuevo embarazo para compensar la pérdida anterior. Lo más probable es que ese varón no sea el adecuado, se desentienda en caso de embarazo y la mujer se vea empujada a un nuevo aborto, lo que empeora más todavía su situación (círculo vicioso) [45].

Ya apunté más arriba que hay también mujeres que abortan con una aparente absoluta indiferencia [46]. Este fenómeno se observa con más frecuencia en las reincidentes, como es obvio: entran en juego el acostumbramiento y el progresivo embotamiento de la conciencia. Ya hemos visto que el ser humano puede habituarse a los comportamientos o situaciones más aberrantes, siempre que se repitan el suficiente número de veces y las circunstancias sean propicias.

Los efectos del aborto son uno de los grandes temas ausentes en la agenda del debate público [47]. Parece de mal gusto mencionarlo en público. La corrección política hace, una vez más, de filtro eficaz. Los cientos de miles de mujeres que han abortado y que sufren por ello, se ven obligadas a vivir su duelo en silencio y en soledad, aunque la ayuda de tantas asociaciones y ONG va paliando esa situación.

El moderno, cegado por la ilusión fáustica, quiere creer que puede hacerlo todo, pero las acciones tienen consecuencias. Violentar la naturaleza siempre pasa factura.

La presencia de ese nutrido contingente de mujeres que han abortado engendra el malestar social del que hablaba al comienzo de este texto. Tenemos ahí un caldo de cultivo que genera tanta depresión como odio.

Hay odio en tantas mujeres víctimas del aborto, resentidas contra los que las empujaron a dar ese paso y contra la sociedad en general. Lo hay también en los promotores del aborto, odio a la vida y a la maternidad, a la familia feliz. Así se explica el particular encono que caracteriza la discusión pública sobre el aborto.

El odio, que puede tener raíces diversas, está muy vinculado con la envidia. El que odia no soporta su propia limitación, su debilidad, que puede ser absoluta o relativa. Se puede carecer en absoluto de algún bien, o se puede tenerlo, pero en un grado limitado, ya sea en relación con las propias expectativas o en comparación con los demás. Quien no acepta la situación odia al que considera culpable de su propia carencia, y envidia a los que no la sufren. Los <culpables> pueden ser otras personas, la sociedad en general, el mundo, incluso Dios.

El odio es una desgracia que, además de envenenar las relaciones sociales, emponzoña el alma del propio sujeto. Quien odia no puede ser feliz, está condenado y sufre casi permanentemente. Resulta muy ilustrativo a este respecto comparar las expresiones callejeras del debate sobre la cultura de la muerte. Como es propio del régimen democrático, esa confrontación se dirige con argumentos y votos y también en la calle, con manifestaciones y acciones variadas. Las manifestaciones a favor del aborto muestran personas con gesto adusto, rostro de pocos amigos, mirada torva. Se grita y se insulta. El panorama que se advierte en las manifestaciones provida es completamente distinto: familias enteras, con padres, hijos y abuelos; caras alegres, miradas francas, ambiente festivo. Este sencillo ejercicio sociológico de comparación se puede verificar en cualquier ciudad del mundo, se trata de un fenómeno transcultural que debería dar que pensar. El contraste entre ambas expresiones resulta tan llamativo, que constituye toda una provocación. No es de extrañar, por tanto, que los abortistas no soporten el espectáculo de los provida y con frecuencia pasen a la acción directa: contramanifestaciones, insultos, agresiones físicas. La crispación llega también a los foros donde debería primar la cultura de la discrepancia respetuosa, lo que contamina la convivencia democrática. La discusión que ha originado en nuestro país el anuncio

gubernamental de reformar la ley Aído ilustra a la perfección lo que vengo diciendo. El enfado, la indignación de los abortistas llega en algunos casos al paroxismo. Por ejemplo, Jorge M. Reverte en su columna de El País Domingo (5 de enero de 2014, p. 13). Habla de <obligación de aceptar los hijos que las mujeres no quieren, aunque los concebidos tengan graves malformaciones (...), descabellada ley Gallardón–Rouco (...), situación de auténtica emergencia social (...), objeción de conciencia del Rey para no tener que firmar (...), posible abdicación (...), infelicidad de muchas mujeres (...), daño gigantesco (...), crimen abominable>. No es este el mejor punto de partida para un diálogo ponderado.

Junto al odio y a la envidia tenemos al miedo, que se adueña de las mujeres embarazadas. Se ven con frecuencia abandonadas por los varones responsables, que se quitan de en medio o las empujan al aborto [48]. En el caso de las adolescentes, es muy común que las propias familias empujen también en esa dirección, lo que resulta demoledor para las chicas (y, muy a menudo, deteriora para siempre la relación con su familia). Tampoco ayuda en nuestro país el ambiente laboral –con honrosas excepciones–. A los miedos ya mencionados se añade el de la pérdida del puesto de trabajo. Muchas mujeres perciben que se encuentran completamente solas, sin afecto, sin apoyo emocional, sin familia, sin trabajo, sin vivienda, sin recursos... Se entiende que en plena desesperación recurran al aborto. La nueva ley que va a tramitar el Gobierno se plantea, por primera vez, ayudar a las mujeres con dificultades, lo que resulta encomiable [49]. Las asociaciones provida que ayudan a esas mujeres saben que resulta relativamente fácil disuadirlas de su propósito cuando se les presta atención, cariño y algo de ayuda material. Queda claro que su intención de acabar con el hijo obedecía más a las circunstancias del momento que a una deliberación premeditada.

Tanto la psicología como la sociología nos indican que el miedo desemboca fácilmente en violencia. Los actores atemorizados, individuales o colectivos, pueden sentirse impulsados a la agresión como último recurso. Cabe la rendición, la entrega a manos del agresor, o la huida, pero cabe también la reacción desesperada que responde con violencia a la agresión inicial, real o supuesta. El pánico puede llevar a las personas asustadas a formas extremas de violencia. Detrás de represiones sanguinarias de gobernantes despóticos no suele haber más que un gran temor a ser derrocados, que hace ver conspiraciones y enemigos por doquier: <O los matamos o nos matan>. Es comprensible que los más crueles soberanos hayan sido paranoicos. No resulta fácil determinar quién está más asustado, la víctima o el verdugo. La agresividad se convierte simplemente en la máscara de la debilidad.

[Volver al índice](#)

No hay sociedad sin alguna forma de poder político. Si este falta, el grupo se disgrega y acaba desapareciendo. En nuestras sociedades modernas ese poder se encarna en el Estado [50], que ha crecido de modo extraordinario. Regula y controla casi todos los aspectos de la vida social y emplea a su servicio una ingente cantidad de recursos – materiales y personales–. Dos circunstancias entre otras, la guerra y la revolución, han contribuido de modo decisivo al crecimiento de los Estados modernos.

Nuestras sociedades occidentales dan la impresión, a primera vista, de funcionar casi solas, sin necesidad de que los agentes del Estado nos coaccionen físicamente. Es así de modo ordinario, pero en última instancia este se apoya en la fuerza física –ejército, policía, jueces, cárceles–. Lo notamos en cuanto hay cualquier desorden y la policía tiene que reprimir algaradas o manifestaciones.

Ejercer el poder, de modo especial si es tan grande como el de los Estados modernos, tiene un particular atractivo [51]. En las sociedades anglosajonas este fenómeno es menos acusado, pues hay en ellas una sociedad civil más robusta. En cambio, en sociedades europeas como la nuestra, manda el Estado. Mantenemos con él una peculiar y casi contradictoria relación: nos rebelamos contra su hegemonía y, a la vez, lo esperamos todo de él. Mucha gente joven, que comienza su vida profesional, aspira a trabajar justamente en la función pública. Se da hoy en nuestro país una notable desafección hacia la clase política y hacia las instituciones del sistema democrático – partidos políticos, parlamentos, ayuntamientos, etcétera–, pero, a la vez, esos mismos ciudadanos esperan la solución a sus problemas de los políticos que mantienen el aparato estatal, ante el que se postran en actitud reverente. Ya he mencionado antes cómo el Estado se ha <adueñado> de la gestión de ámbitos tan importantes como la sanidad o la educación. El clima de opinión en la Europa continental es básicamente socialdemócrata: la ciudadanía acepta encantada que sea el Estado quien tome el mando, se encuentra muy cómoda bajo esa tutela (parece que al cabo de dos siglos se hubiera olvidado el llamamiento de Kant).

Por fortuna, la violencia ha desaparecido en buena medida de nuestra vida cotidiana. Generalmente no tenemos la necesidad de salir armados a la calle [52] y, si hay conflictos que lleguen a la confrontación física, los agentes del orden se encargan de resolverlos. Aun así, con inquietante frecuencia hay estallidos de violencia: delincuencia, terrorismo, huelgas y manifestaciones salvajes. Las ciudades modernas se han vuelto lugares inseguros, es peligroso entrar en determinados barrios. En épocas de crisis como la que vivimos, aumenta la delincuencia y la gente se siente menos segura en sus casas. Se pone de manifiesto entonces que el orden social es frágil, que la aparente estabilidad

institucional puede esfumarse a las primeras de cambio. También en el orden social adquiere vigencia la ley de la entropía, en virtud de la cual todo sistema físico cerrado está condenado al enfriamiento y al desorden. Mantener el orden, cualquier tipo de orden –en la mesa de trabajo, en el armario, en el jardín, en la sociedad–, exige un notable y constante esfuerzo. Platón ya explicó que todo orden se arranca con esfuerzo al caos primordial.

Esa presencia de la violencia, siquiera latente, en medio de Estados tan bien organizados constituye un motivo de <escándalo>. ¿Cómo se compagina un grado tan alto de civilización con esa brutalidad salvaje? Ya he aludido antes a la peculiar mezcla de civilización y de barbarie que caracteriza al siglo XX y que vamos a recordar con frecuencia durante este año, al conmemorar el centenario de la primera guerra mundial. Nos volveremos a asombrar ante el grado de brutalidad del que son capaces las personas y las sociedades aparentemente más cultas y refinadas.

Además de la guerra y de la revolución, hay otros factores que explican el prodigioso desarrollo del Estado moderno. Por ejemplo, la ciencia y la tecnología.

He descrito antes a la ciencia como el buque insignia de la cultura moderna, como su logro más destacado –junto con la tecnología–. La ciencia es, de entrada, una forma de saber, aunque muy distinta del conocimiento intuitivo de la vida cotidiana. Se trata de un saber riguroso, bien fundado, de validez objetiva –quien lo rechaza parece un loco, se autodescalifica–, que se basa en un método específico (hipotético–deductivo y experimental). Pero ya desde el principio de su prodigiosa historia, la ciencia moderna ha sido también poder. <Saber es poder; tanto puedes cuanto sabes>, escribió Francis Bacon, el sistematizador del método científico experimental.

Desde que la ciencia moderna empieza su singladura (siglo XVII) y hasta el día de hoy, ese poder, ese talante de dominio y explotación se ha ido aplicando sucesivamente a tres ámbitos. Voy a distinguirlos a efectos de la exposición, pues en la realidad todo se mezcla.

En primer lugar, se somete el medio físico, como exigencia de la revolución industrial. La producción masiva de todo tipo de bienes exige la extracción de recursos –minerales, vegetales y animales–, algunos de los cuales no resultan fácilmente renovables. Además, el proceso industrial produce basura y contamina. Esto ya se advirtió desde el comienzo de la revolución industrial (lo denuncia, por ejemplo, el Romanticismo), pero los campeones de la industria tranquilizan a los críticos: –<No hay problema; es verdad que las fábricas contaminan, pero la naturaleza es fuerte y puede autorregenerarse>. Sin embargo, desde hace unos años advertimos que esto ya no es así: peligra el mantenimiento del ecosistema planetario (contaminación, deforestación, efecto invernadero, cambio climático, etcétera). La alarma mundial, la labor desarrollada por la ONU y las continuas cumbres internacionales apenas han conseguido frenar el deterioro

[53].

En segundo término, el poder de la ciencia y la tecnología se ejerce sobre el medio social. El moderno ve la sociedad como un artificio, como una convención (contrato social). Si no nos convence la que tenemos, podemos idear diseños alternativos y proponernos llevarlos a la práctica, incluso de modo violento (revolución). La sociedad se concibe como un mecanismo, que podemos desarmar y volver a armar conforme a nuestro designio. Cuando el gobierno de la sociedad se plantea como una técnica, al modo ingenieril, hablamos de tecnocracia. Se trata de trasladar al ámbito social la eficacia mostrada por la tecnología en el campo industrial. El siglo XX nos ha enseñado cómo terminan esos experimentos: en regímenes totalitarios, que han dejado el campo sembrado de millones de cadáveres. La pretensión de instaurar el paraíso en la tierra desemboca fácilmente en el infierno más inhumano.

En tercer lugar, el talante dominador afecta a la vida del organismo humano, en el nacimiento y en la muerte. Se trata en todos los casos de imponerse a la espontaneidad natural, que ya no merece ningún respeto. La revolución sexual favorece una práctica promiscua, con la inevitable consecuencia de los embarazos no previstos [54]; a esa indeseable situación se responde con el aborto masivo. Y la inversa: la infertilidad aumenta y se quiere descendencia a toda costa. Para dar respuesta a esa exigencia –el juego oferta–demanda es consustancial a la economía de mercado– surge toda una industria de la fecundación asistida: in vitro, clonación (como proyecto, de casi imposible realización), útero artificial. En el final de la vida se repite la situación. De una parte, el prejuicio intervencionista, propio de la medicina moderna, lleva al ensañamiento terapéutico. La tecnología y la farmacología ofrecen muchas posibilidades de actuación (y de lucro) que sería absurdo desperdiciar. Al médico le cuesta aceptar su fracaso y asistir pasivamente a la muerte del paciente, siente la imperiosa necesidad de hacer algo. Además, esa fase terminal de la vida constituye un interesante reto científico y permite experimentar en condiciones únicas. Y a la inversa: si el paciente es una carga, bien para el personal sanitario o para la familia, o no termina de morir, se le elimina sin más (eutanasia) o se le persuade para que él mismo se quite de en medio (suicidio asistido). Y siempre, en cada una de esas manifestaciones del control sobre la naturaleza humana, acecha el negocio. Es más, con frecuencia son intereses económicos los que están detrás de proyectos, investigaciones o legislaciones.

Salta a la vista la conexión de este afán de dominio, posibilitado por la ciencia, con la aparición y consolidación de la cultura de la muerte. El moderno no va a respetar nada, tampoco la vida del no nacido o del enfermo terminal. El <yo quiero> de Nietzsche se convierte en el nuevo imperativo categórico. Lo que se puede hacer, se hará, también cuando implique eliminar vidas. El moderno se propone tomar el mando también sobre la totalidad del proceso evolutivo. Si hasta el momento hemos asistido al despliegue de la <evolución biológica> (desde el primer unicelular hasta el hombre), ahora vamos a entrar en la denominada “evolución cultural”, en la que el propio hombre determinará el

rumbo [55]. Se habla de enhancement, de condición transhumana, de la simbiosis hombre-máquina (cyborg), de la inmortalidad, de la creación de una nueva modalidad humana. Gran parte de esas pretensiones son quiméricas, pero nos dicen mucho sobre la mentalidad del moderno. Y abren un panorama sombrío. Como ya señaló lúcidamente C. S. Lewis, siempre que se habla del dominio del hombre sobre la naturaleza, en realidad se trata de la supremacía de unos hombres sobre otros hombres; y generalmente, de una minoría exigua sobre la inmensa mayoría

La inquietante presencia de la violencia, latente o manifiesta, en medio de sociedades modernas y refinadas ha reabierto el debate sobre sus causas o raíces. ¿Somos violentos por naturaleza o aprendemos a serlo en sociedad? Tenemos aquí una nueva modalidad de la clásica contraposición entre naturaleza y cultura. Como hemos ido viendo en estas páginas, el moderno se esfuerza por quitar protagonismo o relevancia a la naturaleza para poner en su lugar la propia voluntad.

La etología, que estudia el comportamiento animal y lo compara con el humano, habla de raíces biológicas de la violencia, pues cierta dosis de agresividad es útil, casi imprescindible, para la supervivencia de la especie. Tenemos así violencia ligada al territorio, a la jerarquía dentro del grupo, a la sexualidad, a la supervivencia (cadena trófica). Incluso hay una violencia lúdica: los animales juegan, igual que el hombre.

En el caso del hombre también entran en liza factores culturales, de muy diverso tipo. Enumero algunos, sin ánimo de ser exhaustivo: el cambio social rápido y profundo (los individuos o grupos que no son capaces de adaptarse pueden reaccionar con violencia); la tecnología (el prodigioso desarrollo del armamento facilita –y, en ocasiones, incita a– su utilización); el desarrollo urbano (tanta gente hacinada en tan poco espacio da lugar a fricciones); patrones culturales en proceso de cambio (por ejemplo, el machismo de algunas sociedades tradicionales); la droga (la mayor parte de los delitos cometidos en Occidente tienen que ver con ella); el negocio del sexo (trata de mujeres, pedofilia, pornografía; la asociación de sexo y violencia es clásica); la ideología (el terrorismo como fenómeno moderno, los totalitarismos); la codicia; el odio; la xenofobia.

Son muchos los factores capaces de originar comportamientos violentos. Me pregunto si se podría hablar de un factor radical. ¿Qué persigue, en última instancia, el homicida? ¿Qué es lo que hay en juego cuando un hombre mata a otro? He apuntado más arriba que no hay grupo humano sin poder y que la sociedad moderna ha desarrollado mecanismos para la concentración de un poder nunca visto anteriormente (Estado moderno). Pero esos poderes, a pesar de modos de ejercicio de una crueldad inédita, son limitados. El hombre, también el déspota, está sometido a un poder superior: la muerte. Nadie escapa a su jurisdicción. En última instancia, el homicida se asocia a la muerte, al poder supremo. En el límite, puede aspirar a ser el último en morir, lo que no deja de ser un consuelo. El que mata ejerce la suprema soberanía, decide sobre la vida y la muerte de los demás, se coloca por encima del bien y del mal, juega a ser Dios.

Las autoridades, el personal sanitario, los padres que deciden sobre la vida o la muerte de hijos no nacidos o de enfermos desahuciados participan de ese mismo juego. Sucumben a una fascinación particularmente insidiosa, que es erigirse en juez supremo (esto no impide que intervengan también otras motivaciones: económicas, políticas, de conveniencia personal). Ya lo escribió Hegel: <La obra de la libertad absoluta es la muerte>.

[Volver al índice](#)

Vengo razonando en términos sociológicos [56], al margen de cualquier fe religiosa. El aborto o la eutanasia no son cuestiones eminentemente religiosas [57], y no es preciso adoptar un discurso teológico para debatirlas. Los que defienden la vida no tienen por qué actuar movidos por un credo, bastan las razones puramente humanitarias [58].

Hecha esta salvedad, añado que la religión contribuye a enriquecer la argumentación y el debate. La apertura a la trascendencia ensancha el horizonte y abre nuevas perspectivas.

Max Horkheimer, marxista y cabeza de la Escuela de Frankfurt, lo intuyó agudamente al escribir: <En última instancia, el argumento decisivo contra el homicidio es de tipo religioso>. ¿Por qué tenemos que respetar al otro? ¿Qué nos impedirá eliminarlo si supone un obstáculo para nuestros intereses? La pertenencia a la común especie humana no garantiza nada (*homo homini lupus*, en expresión de Hobbes). El hombre ha visto siempre en la vida algo sagrado, de valor eminente [59]. En la tradición occidental eso se ha llamado <dignidad humana>, y tiene una inherente connotación religiosa. La vida humana adquiere un valor absoluto solo si el hombre es imagen del Absoluto.

Kant ha sido tal vez el autor moderno que con más profundidad ha reflexionado sobre la dignidad humana. Distingue dos tipos de fines, el fin para sí y el fin en sí. El primero caracteriza el egocentrismo puramente animal: cualquier ser vivo es el centro de su mundo y puede referirse a los demás seres en función de su propio bienestar orgánico (por ejemplo, el bebé espera que el mundo atienda sus necesidades orgánicas). Para Kant, el hombre es además fin en sí. Sería inmoral considerar a los demás únicamente como medios, como instrumentos para el logro de nuestros objetivos. Seguramente es inevitable verlos desde esta perspectiva utilitarista, pero hay que procurar mirarlos también como fines en sí. La antropología del siglo XX ha hablado en este sentido de la <posición excéntrica> del hombre (Helmut Plessner): el ser humano puede advertir que hay otros centros, para los que uno mismo es periferia, reconocerlo e incluso ponerse al servicio de los demás (amor).

Reflexiones como las de Kant o Plessner son atinadas, pero tal vez se quedan cortas. Los hombres solo pueden considerarse hermanos si comparten un Padre común (la retórica invocación a la fraternidad universal en la Revolución francesa fue de la mano con el genocidio de La Vendée y el recurso a la guillotina). Ver al otro como una amenaza, como un enemigo al que hay que exterminar implica que hemos roto antes el lazo de la fraternidad radical. —<¿Soy acaso el guardián de mi hermano?>, responde Caín a Yahvé cuando le pregunta por el paradero de Abel. Platón añade otro elemento a esta reflexión: hay en el hombre un anhelo natural de justicia. La realidad de este mundo

enseña que, con demasiada frecuencia, los malos triunfan y los buenos son oprimidos. Es necesario, supone Platón, que al término de esta vida haya un arreglo de cuentas definitivo, en el que unos y otros reciban su merecido. Así argumenta a favor de la inmortalidad del alma.

Si nos fijamos en Occidente, ya vimos la poca estima por la vida humana que caracteriza a las antiguas culturas, Grecia y Roma incluidas. El cristianismo humanizó las leyes y las costumbres. La práctica de la caridad protegió a los más débiles e indefensos: huérfanos, viudas, enfermos, esclavos. Cuando en el siglo IV el emperador Juliano el Apóstata intenta borrar el cristianismo y recuperar el viejo paganismo, reconoce que el enemigo a batir es la institucionalización de la caridad cristiana, y se propone (sin conseguirlo) hacer algo parecido en términos paganos. En cierto modo, la situación es la misma a día de hoy. Heinrich Böll, premio Nobel de literatura y hombre de izquierda, dijo que prefería vivir en el peor país cristiano antes que en el mejor país pagano. En el primero se podía dar algo por seguro: la misericordia, la compasión hacia los más débiles. En continuidad con esa tradición, los Papas y la Iglesia en general han asumido en nuestro tiempo un destacado protagonismo en la defensa de la vida frente a los embates de la cultura de la muerte [\[60\]](#). La Iglesia aporta a ese debate su acervo de reflexión teológica y filosófica y su condición de veterana experta en humanidad.

A la luz de la situación, no sorprende que los promotores de la muerte hayan visto en la Iglesia a su principal enemiga, de la misma forma que el homicida se enfrenta a Dios. Si el moderno se siente llamado a ocupar el lugar de Dios –el poder que le proporcionan la ciencia y la tecnología así lo autoriza–, deberá procurar con todos los medios a su alcance neutralizar la influencia de la Iglesia (proceso de secularización).

Esto puede hacerse <por las buenas>, sin dramatismo, tal como lo formula Feuerbach: <La religión es algo conveniente pues hace a los hombres pacíficos, benevolentes, solidarios; es uno de los más maravillosos inventos humanos, del cual sería peligroso prescindir. Pero, en definitiva, la religión es un invento: no es Dios quien ha creado al hombre, sino el hombre el que con su genio ha creado a Dios>. Una vez que el moderno ha logrado el adecuado nivel de madurez, ya no necesita esas muletas y Dios y la religión son invitados a hacer mutis por el foro. El tono empleado por Nietzsche es más perentorio: <No hay Dios porque, de haberlo, yo no soportaría no serlo>.

En su versión moderada, este programa apunta a eliminar la presencia pública del hecho religioso y a recluirlo en la esfera privada. En su expresión más radical, el objetivo es la eliminación física de la Iglesia y la implantación del ateísmo. La secuencia que se da en Europa a partir del siglo XVII –deísmo, agnosticismo, ateísmo– permitía suponer que la victoria de la Ilustración sería definitiva y que la religión quedaría completamente extirpada del cuerpo social [\[61\]](#). No ha sido así. Es evidente que la religión ha perdido vigencia en Occidente: inspira en mucha menor medida que antes las costumbres, leyes e instituciones. Pero no ha desaparecido, ni mucho menos. El país más

moderno del mundo, Estados Unidos, es el que cuenta con una mayor densidad de templos por habitante. Y en otros continentes la religión prospera (Occidente no equivale a la totalidad del mundo, hay que evitar el etnocentrismo). En cambio, quien sí ha entrado en una crisis de grandes dimensiones es la cultura ilustrada. Por tanto, hoy se tiende a revisar <a la baja> la tesis de la secularización como proceso inherente a toda modernización.

El ateísmo es un fenómeno más bien reciente, que contradice la casi universal presencia del hecho religioso, en el espacio y en el tiempo. En nuestros días se presenta no pocas veces como antiteísmo y, más en concreto, como cristofobia. Hay un rechazo militante, que encuentra una favorable cobertura en muchos foros y medios de comunicación, y que querría negar a la religión –más en concreto, a la Iglesia católica– el pan y la sal. Son constantes las manifestaciones de esta nueva Kulturkampf: <guerras de los crucifijos>; intentos para borrar el carácter cristiano de fiestas como la Navidad; cambios en la denominación de las vacaciones escolares; supresión de los juramentos en las tomas de posesiones de representantes electos y de Gobiernos; eliminación de cualquier referencia a Dios en constituciones y otros textos legales. Ejemplo reciente y de los más ilustrativos: el intento de suprimir toda mención al cristianismo en el prólogo del fallido proyecto de Constitución europea, para lo que se saltaba directamente de la Grecia clásica a la Ilustración del siglo XVIII al tratar las raíces de la cultura europea. Generalmente son minorías las que plantean estas batallas, pero con gran encono y con notable eco en los medios y en las redes sociales.

El enfrentamiento entre las culturas de la vida y de la muerte se lleva también al campo religioso, con una especial virulencia. Encontramos manifestaciones, y no solamente verbales, de auténtico odio. Los enemigos de la vida suelen serlo también de Dios y de la Iglesia. Siquiera implícitamente vienen a reconocer en Dios al autor de la vida y en la Iglesia a su representante cualificado en la tierra, y no soportan que se crucen en su camino para recordarles la vigencia del <no matarás>.

Es lógico que se produzca esa confrontación. El positivismo jurídico había pretendido independizar el derecho de la moral (vano intento, como ya hemos visto). Cabe ir más allá todavía y preguntarse si es posible en absoluto una moral sin religión. Probablemente, no [\[62\]](#). La fe religiosa da razón de la estructura y sentido último del mundo y del papel de Dios y del hombre en él. Del dogma deriva la moral: si Dios, el mundo y el hombre son de tal manera, de ahí se deduce el modo correcto de comportarse. Sin el anclaje religioso la moral queda coja. En última instancia, los grandes debates morales acaban teniendo una implicación religiosa, y esto es lo que sucede con la cultura de la muerte, que afecta a aspectos esenciales de la condición humana.

¿Cómo dialogar con alguien que, en virtud de una supuesta libertad absoluta, invoca el derecho a matar a su hijo y, además, con cargo a los presupuestos del Estado? No resulta

fácil razonar en ese contexto con un mínimo de serenidad. Los razonamientos abstractos no alcanzan su objetivo. Cabe confiar en que esa persona hará algún día la experiencia del amor verdadero, incondicionado, bien porque amará a alguien o porque se sentirá amada. El amor está íntimamente unido a la auténtica apertura a la realidad, a una actitud que no busca la manipulación interesada. De hecho, en cierto modo son la misma cosa. Al que se sabe querido –y creado– por Dios le resulta más fácil aceptar y querer al otro. En clave cristiana, incluso verá al mismo Cristo en el otro. Jesucristo es nuestro hermano mayor, la cabeza de la humanidad y de la Iglesia, quien revela el ser íntimo del hombre al propio hombre.

Quien vive así aprende a estar en el mundo de una manera nueva. Hay continuidad entre la relación que tenemos con Dios y la que tenemos con los demás hombres y con la naturaleza. Nos encontramos aquí con una profunda intuición, presente en muchas religiones: la paz con los hombres y con la naturaleza no se pueden separar de la paz, de la armonía con Dios. Podemos hablar así de una ecología integradora, en la que el respeto a la vida encuentra su pleno sentido.

[Volver al índice](#)

La agenda pública española se presenta repleta de tareas, muchas de ellas de gran envergadura [63]. Si este país quiere salir adelante, hace falta ponerse a trabajar sin demora. Quedarse en la pura lamentación no resolverá nada. Probablemente las élites que deberían liderar la regeneración no están a la altura y todavía no aparecen élites nuevas, pero el pueblo también debe aportar lo suyo. No puede limitarse a pensar que un hado malvado le ha entregado en manos de gobernantes ineptos y corruptos. Al fin y al cabo, esas minorías dirigentes proceden de la misma ciudadanía que llora su suerte con amargura. La resignación y el pesimismo inducen una parálisis que agudizaría más todavía la crisis. Claro que para actuar con un mínimo de eficacia es preciso tener claro lo que hay que hacer, y esto exige la oportuna deliberación. La experiencia indica que una colectividad unida en torno a un proyecto común ilusionante y dispuesta a trabajar con esfuerzo consigue (casi todo) lo que se propone.

La tarea no es despreciable, con el agravante de que nuestra ciudadanía da la impresión de sentirse un tanto desesperanzada, con pocos ánimos para afrontar retos tan formidables. En este contexto crítico, de auténtica emergencia nacional, ¿conviene abrir la caja de Pandora del aborto? ¿No tenemos ya suficientes problemas como para echar más leña al fuego?

[Volver al índice](#)

NO ES FÁCIL DEBATIR SOBRE EL ABORTO

Desde luego que el proyecto de reforma presentado por el Gobierno, con las airadas reacciones que ha suscitado, implica una ruptura en toda regla del statu quo. Muchos, detractores del aborto incluidos, miran con reservas la ruptura del equilibrio que se había conseguido. Opinan que el Ejecutivo exagera, que no conviene calentar los ánimos a la vista de la situación general. Parecen seguir al presidente Rajoy, atento sobre todo a la evolución de la prima de riesgo y del mercado de trabajo. Pero pienso que vale la pena afrontar derechamente este debate, a la vista de lo que hay en juego: la vida de miles de seres humanos. Una paz social regada por la sangre de millares de inocentes resulta necesariamente falsa, artificiosa.

Comencé estas páginas hablando del malestar de fondo. Hacerlo aflorar a la superficie, enfrentarse a sus causas, encontrarle remedio, parecen requisitos imprescindibles para la curación de una sociedad enferma. Muchos de los debates que acabo de enumerar tienen sentido y merecen nuestra atención, pero ¿cabe debate más básico y necesario que el que se refiere al estatuto y al tratamiento de la vida humana? Si esta discusión provoca chirridos de cualquier tipo, quiere decir que era muy necesaria. Procede acabar con esa falsa paz del cementerio. La sangre de las víctimas nos interpela y sería ruin mirar a otro lado en aras del consenso social.

La discusión pública sobre el aborto me parece tan ineludible como difícil de llevar a la práctica con un mínimo de garantías. Para empezar, falta mucha información necesaria. Por ejemplo, la imprescindible estadística. Los datos oficiales, proporcionados anualmente por el Ministerio de Sanidad, son muy poco fiables. La gente sabe que la cifra real de abortos debe ser considerablemente mayor. Faltan datos igualmente para elaborar la historia de la aplicación de la ley de 1985. Carecemos de información, que sería de gran relevancia, sobre los efectos de las píldoras anticonceptivas. En los años sesenta, al poco de lanzarse la píldora el mercado mundial, las grandes compañías farmacéuticas, con la anuencia de los Gobiernos nacionales y los organismos internacionales, decretaron un <apagón investigador> sobre los mecanismos por los que ejercen sus efectos. Su acción abortiva parecía evidente, y como en aquel momento el aborto era ilegal en Occidente (aún no se había producido el vuelco en las leyes y en las mentalidades), se prefirió mirar a otro lado y concentrarse en el negocio. De vez en cuando se publican noticias del tipo de <tal Gobierno prohíbe la venta de tal generación de píldora anticonceptiva como respuesta a la muerte de tal número de mujeres, que la venían tomando sin haber sido advertidas de tales efectos secundarios>, pero se echa de menos una investigación rigurosa. Parece que hay miedo a los resultados que podría arrojar. Los intereses económicos en juego son enormes, y el dinero tiene la capacidad de silenciar a las autoridades políticas y sanitarias. Se insta una especie de consenso

mundial a favor de la penumbra y la incerteza, cuando la tendencia social general apunta a la transparencia y la rendición de cuentas. Sorprende el alto número de actores sociales relevantes que en este punto prefieren la ignorancia, como si cerrar los ojos a una realidad desagradable fuera a eliminar sus efectos indeseables.

Contar con la información pertinente permitiría una discusión mejor fundada. No eliminaría el apasionamiento o el sectarismo, pues ya hemos visto que la centralidad de los bienes en juego explica el subjetivismo que empapa el debate, pero ayudaría a clarificarlo.

El frente abortista hace tiempo que se quedó sin argumentos. Los avances de la genética y de la embriología, sumados a los desarrollos tecnológicos –ecografía en 3D, etcétera– han subrayado la inanidad de los viejos eslóganes. Leer los diarios de sesiones de los parlamentos donde se discuten proyectos de ley relativos al aborto produce una impresión más bien deprimente: reiteración de lugares comunes sin base científica, demagogia barata. La debilidad de los argumentos aducidos es directamente proporcional al volumen con que se grita, en la calle y en los foros públicos, al igual que en las redes sociales. La crispación no se limita al uso de la palabra y, en ocasiones, da paso a la violencia física. La muerte, aliada con la ignorancia durante decenios, hace valer sus derechos y se agarra a lo que sea con tal de no ceder ni un ápice del terreno conquistado.

Todo debate auténtico presupone determinados requisitos: un lenguaje común; un acervo de experiencias mutuamente compartidas, que permite hacerse cargo de lo que es relevante para el interlocutor; el deseo de llegar a la verdad, de esclarecer la controversia –lo que presupone la existencia de esa verdad, asequible a todos–; una actitud ética: apertura benevolente al otro, capacidad para la escucha atenta, disposición para cambiar de postura si se viera que los argumentos del otro son más convincentes.

Resulta obvio que la mayoría de esas condiciones brillan por su ausencia en la discusión sobre el aborto, empezando por el lenguaje común. Por eso, la primera etapa de ese debate tendría que consistir en la depuración de la ganga lingüística. Habría que eliminar los eufemismos y recuperar el lenguaje directo, que llama a las cosas por su nombre y no utiliza las palabras para enmarañar la realidad y manipular a los oyentes.

Aristóteles afirmó que quien sostiene que es lícito matar a la propia madre no merece argumentos, sino azotes. ¿Qué decir cuándo se defiende la muerte del propio hijo? Estamos ante una acción tan descomunal, que continuar la discusión como si no pasara nada exige un ímprobo esfuerzo de contención. Así se explica la turbación que afecta a los defensores de la vida cuando tienen que responder cara a cara a los argumentos abortistas. Más que de replicar al contrario dan ganas de salir corriendo abochornados.

Las circunstancias no son las más idóneas para celebrar un debate con garantías, pero el

mero hecho de poner el asunto sobre el tapete significa un avance notable respecto de la situación anterior. Tomar conciencia de que existe un problema y sentir el dolor que nos produce constituyen el primer paso para buscarle solución.

[Volver al índice](#)

SE PUEDE REVERTIR LA CULTURA DE LA MUERTE

La cultura de la muerte parece haberse implantado de modo firme en Occidente –y en otros lugares del mundo, en buena medida por influencia occidental–. Recordemos de forma esquemática las circunstancias que han propiciado esa expansión vertiginosa:

–El clima de opinión malthusiano vigente en el último tercio del siglo XX. Los pronósticos generales, de la ONU y de entidades como el Club de Roma, anunciaban para el año 2000 una catástrofe demográfica sin precedentes: mientras los alimentos disponibles crecían en progresión aritmética, la población lo hacía en progresión geométrica. Se agotarían recursos tan básicos como el petróleo y pueblos hambrientos combatirían por el acceso a las escasas materias primas disponibles. Ese cuadro apocalíptico se completaba con la amenaza de un holocausto nuclear, a propósito, por ejemplo, del conflicto que enfrentó a la OTAN y al Pacto de Varsovia con ocasión del despliegue de los misiles Pershing.

–La revolución sexual y las circunstancias que la acompañan: abandono de los viejos tabúes y exaltación de la sexualidad (Freud, Fromm, Marcuse); muchas mujeres salen del hogar para incorporarse a las aulas y al mundo laboral; difusión de la píldora anticonceptiva; erotización de la cultura de masas –cine, televisión, publicidad–, que convierte al sexo en una realidad omnipresente.

–La labor de movimientos sociales como el feminismo y la ideología de género, muy activos y acertados con sus estrategias comunicativas [\[64\]](#).

–Las políticas impulsadas por organismos internacionales –ONU, OMS, UE [\[65\]](#)–, por Gobiernos de países del primer mundo y por entidades no gubernamentales –Planned Parenthood es seguramente la más destacada–. El miedo al resurgir del tercer mundo lleva a las grandes potencias a exportar políticas de control de la población, que incluyen el aborto entre sus propuestas –expresamente o bajo el camuflaje de conceptos como <salud reproductiva>–.

–La suma de la crisis económica y el envejecimiento demográfico (se advirtió por primera vez en Japón y ahora es perceptible también en Europa) lleva de modo insensible a la práctica de la eutanasia. No hay manera más eficiente de <racionalizar el gasto> –consigna suprema en una economía capitalista– que adelantar la muerte de enfermos con poca esperanza de recuperación o que dan excesivo trabajo [\[66\]](#).

–El primado de fuertes intereses económicos. Sabemos que cuando hay mucho dinero en juego, las barreras éticas y legales ceden con notable facilidad.

–La aparición de un <mercado reproductivo>, en el que oferta y demanda se estimulan recíprocamente. Si en el pasado habíamos conocido prácticas eugenésicas desarrolladas por Gobiernos desaprensivos, surge ahora una <eugenesia popular>: muchos padres acuden al mercado en busca de hijos de diseño, sin defectos (<solamente lo quiero si está completamente sano>). Cientos de miles de embriones, almacenados en los congeladores, están condenados a morir o a servir de material para la investigación. Así, una ciencia con pocos escrúpulos se alía con los mercaderes de la vida.

–La desmoralización, que equivale a una capitulación en toda regla, de las autoridades que deberían velar por la protección y seguridad de todos: Gobiernos y parlamentos; justicia –fiscales, jueces–; personal sanitario –médicos, enfermeros, farmacéuticos–. Los que se habían comprometido en la defensa de los más débiles y necesitados conspiran de modo silencioso en su eliminación.

–El concurso o, al menos, complicidad de muchos medios de comunicación –y de entretenimiento–, que han ejercido de poderosos altavoces de la cultura de la muerte, a la vez que acallaban las voces provida. En ocasiones, los medios se convierten en promotores directos de esa ideología [67].

–Algunos rasgos de la cultura moderna refuerzan esa tendencia: la libertad entendida como emancipación –permite ver el aborto como expresión de libertad–; el emotivismo, que desplaza a la racionalidad; la exaltación de la voluntad (el <yo quiero> de Nietzsche como regla de la felicidad).

–La ciencia concebida como fuente de poder y desvinculada de cualquier tutela moral.

La cultura de la muerte dispone de importantes apoyos políticos y de elevados recursos materiales. Durante los últimos decenios se ha extendido de uno a otro confín con la fuerza de un alud imparable. Pero las cosas empiezan a cambiar.

Estados Unidos ha sido desde 1973 (sentencia Roe vs. Wade [68]) un bastión del aborto. Su carácter de potencia hegemónica le ha permitido exportarlo al resto del mundo, a través de los cauces mencionados. Pero en cuanto el aborto se despenalizó y empezó a practicarse a lo grande, se movilizó enseguida el bando defensor de la vida, como corresponde a una sociedad civil llena de vitalidad, que asume de modo espontáneo el protagonismo. La confrontación entre los dos bandos, pro choice y pro life, ha sido –y sigue siendo– de alta intensidad. Inicialmente se impuso el aborto, pero la defensa de la vida ha ido recuperando terreno lenta e implacablemente. La empresa Gallup mide cada año el apoyo respectivo a ambas posiciones. Hasta hace un par de años <ganaba> el aborto, pero actualmente se han vuelto las tornas y es mayoritario el apoyo a la vida: en la encuesta de mayo de 2013, el 48% de la población se considera provida y el 45%, pro choice. Han cambiado los vientos de la opinión pública norteamericana: si en 1991 había 2.176 clínicas abortistas, ahora quedan 582 (el año pasado eran 669). Los

gobiernos y parlamentos de los diferentes estados así lo han registrado, y van introduciendo rectificaciones en la legislación que dificultan la práctica del aborto: exigencia de requisitos legales más estrictos, rechazo de los abortos tardíos, etcétera.

Vimos cómo la Unión Soviética había sido la campeona mundial del aborto durante el siglo XX. Los efectos demográficos de esa permisividad han sido devastadores: Rusia pierde población [\[69\]](#), la esperanza de vida es menor que hace sesenta años y hay más abortos que nacimientos. El aborto se ha convertido en el método anticonceptivo más difundido. Lógicamente, el Gobierno está muy preocupado –peligra el futuro de la nación como gran potencia– y ha dado los primeros pasos para invertir la tendencia: por ejemplo, ha prohibido la publicidad de los centros abortistas. El alcoholismo constituye otra pandemia endémica en la población rusa. En un intento de matar dos pájaros de un tiro, el Gobierno de Putin se ha propuesto restringir la venta y el consumo nocturno de alcohol. <La noche está para engendrar hijos y no para beber alcohol>, dice uno de los eslóganes oficiales. Es más que dudoso que medidas tan tímidas vayan a conseguir un cambio en los comportamientos, pero ahí quedan para documentar la novedosa actitud oficial de estima hacia la vida.

El cálculo económico, apoyado en la demografía, impulsa el cambio de tendencia a favor de la vida. De repente, advertimos que los verdaderos problemas son el envejecimiento de la población y la caída de la natalidad. Peligran tanto el futuro del Estado del Bienestar –¿quién pagará nuestras pensiones si no se incorporan más jóvenes al mercado laboral?– como el mantenimiento del bienestar presente –faltan brazos para sostener el aparato productivo–. Los Gobiernos empiezan a reaccionar, bien que lentamente y con el condicionamiento electoral (importan los próximos cuatro años, no el largo plazo). Los que necesitan mano de obra piensan en facilitar la inmigración y en estimular la natalidad [\[70\]](#), y casi todos se proponen mejorar las condiciones para conciliar familia y trabajo.

Asimismo rinde su fruto el trabajo de años de los grupos y asociaciones provida. En un primer momento se centraron en el debate público, lo que era y sigue siendo necesario, pero desde hace un tiempo destacan por la asistencia a las mujeres con dificultades y a sus hijos, que va desde la atención sanitaria y el apoyo social hasta la ayuda material. Han abandonado un tono de discurso más bien <anti>, que no caía bien a mucha gente, por una línea de acción concreta y positiva [\[71\]](#). Importa ayudar, más que descalificar. Esa acción capilar va calando y ha contribuido decisivamente a cambiar la tendencia. La magnitud del fenómeno abortista que, como ya hemos visto, afecta a millones de personas, ha terminado por hacerlo visible socialmente, a pesar de la conspiración del silencio que lo acompaña. No se puede ocultar tanto horror durante tanto tiempo. Los grandes grupos multimedia hacen más bien el juego al bando abortista, pero Internet y las nuevas tecnologías permiten que los mensajes provida adquieran una notable difusión [\[72\]](#). Más y mejor información ayuda a la gente a recapacitar.

Los defensores de la vida pueden mirar a la historia para orientarse en precedentes ilustres: las luchas contra la esclavitud y contra la discriminación racial o por la conquista de los derechos civiles. Salvadas las distancias en el tiempo, esas situaciones guardan notables similitudes. Y una vez que se ha alcanzado la victoria y los antes excluidos se han integrado en la normalidad, cuesta comprender cómo en el pasado se pudo haber privado a tanta gente de su dignidad. Probablemente nuestros descendientes pensarán lo mismo un día sobre tanta sangre inocente vertida en los modernos mataderos del aborto. Con frecuencia, las cosas deben empeorar del todo antes de empezar a mejorar [73]. Confiemos en que no sea preciso llegar a ese extremo con el aborto o la eutanasia. Los belgas y holandeses que quieren seguir viviendo y se sienten en peligro huyen a Alemania. ¿A dónde podríamos escapar si, en un futuro hipotético, todo el mundo <civilizado> sucumbiera a los encantos de la cultura de la muerte? Qedaríamos condenados al exilio interior, a la oposición clandestina, como en las distopías clásicas – Un mundo feliz, 1984–, que han demostrado ser mucho más certeras en la adivinación del futuro que los profesionales de la prospectiva social.

La virtud clásica de la fortaleza no consiste tanto en acometer empresas heroicas como en resistir firmemente a la adversidad, algo menos brillante pero, seguramente, más difícil y meritorio. Mientras el clima de opinión sea contrario a la vida, hay que aguantar y trabajar con constancia para cambiarlo. Gandhi nos cuenta la historia: <Primero te ignoran, luego se burlan, después pelean contigo, finalmente ganas>. Hay que confiar en que la humanidad acabará reconociendo los horrores de la cultura de la muerte como una pesadilla felizmente superada.

[1] Cfr. Alejandro Navas, <El callado suicidio de una civilización>, *Nuestro Tiempo*, marzo de 1999, 100-114; <El aborto en los medios de comunicación>, en: *Mujer y realidad del aborto: un enfoque multidisciplinar*, Actas del I Congreso Internacional Multidisciplinar <Mujer y realidad del aborto> (Cáceres, 8-10 de marzo de 2007), Asociación Extremeña de Amigos del Foro Español de la Familia, Cáceres 2008, pp. 116-130; <El primer año de gobierno de Rajoy y la ley del aborto>, en: Montserrat Herrero, Alfredo Cruz Prados, Raquel Lázaro, Alejandro Martínez Carrasco (eds.), *Escribir en las almas. Estudios en honor de Rafael Alvira*, EUNSA, Pamplona 2014, pp. 679-694.

[2] Me parece que no tiene sentido intentar una objetividad al modo en que se pretende habitualmente en programas televisivos y radiofónicos y en otros foros: dar la palabra a partidarios y detractores de forma teóricamente equilibrada (un equilibrio que, en el caso del aborto, casi nunca se da).

[3] Es obligado cuestionar la validez de esas cifras. Proceden de las mismas clínicas abortistas y sorprende la desidia de los sucesivos Gobiernos a la hora de verificarlas. Como se hace en otros países, bastaría con enviar algunos inspectores para anotar el número de abortos realizados en días aleatorios y compararlo con el proporcionado por las clínicas. El problema no debería radicar en la falta de funcionarios disponibles. Por ejemplo, el Ministerio menciona en la información relativa a 2012 el número de centros que han notificado IVE (interrupción voluntaria del embarazo: denominación oficial del aborto, n. d. a.). En Cataluña son 46 centros públicos y 23 privados. En Madrid, 3 públicos y 7 privados. Llama la atención la escasez de datos madrileños, que no parece preocupar al Ministerio.

Como la aplicación de la ley de 1985 fue fraudulenta, es lógico suponer que un buen número de abortos, que no se atenían a los supuestos permitidos, no fueron registrados en esas estadísticas. Por no hablar de los abortos producidos por la píldora del día después. La cifra real de abortos es, por tanto, mayor que la anunciada por el Ministerio de Sanidad.

[4] Un fenómeno que empieza a ser estadísticamente relevante es el de las mujeres, procedentes generalmente del Este de Europa, que abortan repetidas veces, incluso una vez al año. El aborto se convierte así en el método más utilizado para la regulación de la natalidad, como ya ocurre en Rusia.

[5] Thomas DE QUINCEY (Del asesinato como una de las bellas artes) se hace eco de esa lógica cuando describe en clave irónica la siguiente secuencia: se empieza por el asesinato, se sigue por el robo y se acaba bebiendo excesivamente y faltando a la buena educación; por ejemplo, llegando tarde a las citas.

[6] La palabra inglesa mad significa locura, y el acrónimo quiere decir <Destrucción Recíproca Garantizada>. Kissinger dio muestra de un peculiar sentido del humor en medio de la crisis que llevó al mundo al borde del abismo.

[7] En otros países occidentales, también en España, existen leyes muy similares a la suiza. Hablo de Suiza porque ahí la ley se cumple efectivamente.

[8] La protección de los animales no es un invento suizo: <En el nuevo Reich no debe haber más crueldad con los animales>. Estas palabras de Hitler introducen la pionera <Ley de Protección de los Animales>, de 24 de noviembre de 1933. Por vez primera en la historia de la humanidad, se reconoce a los animales como sujetos de derechos (la tradición clásica, cristiana e ilustrada, se había limitado a postular deberes del hombre para con los animales). El Führer aplicó igual energía en la protección de la naturaleza y de los animales como en la aniquilación de la humanidad no aria (los arios enfermos o incapaces tampoco merecían vivir: Hitler también fue pionero en la práctica de la eutanasia masiva).

[9] En universidades tan prestigiosas como las de Harvard, Georgetown o Rutgers la asignatura “Derecho de los animales” es obligatoria para los estudiantes de Derecho. En Portland se edita la revista Animal Law Review, pionera en su género.

[10] Cementerios, clínicas con la más moderna tecnología, guarderías, bancos de órganos, psicoterapia, programas de radio y televisión para mascotas, líneas propias de ropa y joyas, etcétera. Da un poco de reparo entrar en detalles, a la vista de la necesidad que pasan millones de humanos.

[11] En el mundo sanitario se observa una tendencia a disponer cada vez de más información, bien porque los pacientes la demandan o porque los médicos la ofrecen. La ley y las sentencias judiciales refrendan esa evolución. Como es sabido, Estados Unidos va a la cabeza en este movimiento. Como también lo ha hecho en el desarrollo de la industria del aborto, la justicia ha tenido que hacer auténticas piruetas para conciliar ambas posturas: transparencia en general, hermetismo en el aborto. La sentencia del Tribunal Supremo sobre el caso Akron resulta paradigmática, todo un ejercicio de esquizofrenia jurídica. Cfr. <http://caselaw.lp.findlaw.com/scripts/getcase.pl?navby=CASE&court=US&vol=462&page=416>.

[12] Los conceptos de <derecha> e <izquierda>, aunque de uso común, resultan un tanto ambiguos. Es curioso que a las personas o formaciones políticas <de derechas> les cueste tanto reconocerse como tales. Sienten la imperiosa necesidad de ubicarse en el centro y de encontrar gente a su derecha. La izquierda no tiene ese problema de autopercepción.

[13] Aznar hizo algo más que limitarse a respetar esa ley. Fue precisamente durante su mandato (1996–2004) cuando el aborto se convirtió en una práctica masiva. La pasividad de las autoridades –Ejecutivo, justicia, policía, sanidad— permitió que la industria del aborto prosperara como nunca, incumpliendo descaradamente los supuestos establecidos por la ley. España se convirtió en el país de nuestro entorno europeo con la praxis más <liberal>, y las extranjeras venían aquí para abortar cuando encontraban dificultades legales para hacerlo en sus países. Los dirigentes del PP suelen guardar silencio sobre este aspecto del gobierno Aznar. Jaime Mayor Oreja constituye una excepción, y con posterioridad ha pedido perdón públicamente por la culpable pasividad de su partido.

[14] La filosofía clásica advirtió que la naturaleza es sabia, ya que ha dispuesto que la satisfacción de las funciones básicas de nuestro organismo –comida y bebida, reproducción, descanso– constituya una fuente de notable placer. De esta forma, se

asegura que al procurarse espontáneamente esos placeres, proporcionemos a nuestro organismo lo necesario para vivir. Cabe distinguir, entonces, las dimensiones objetiva y subjetiva de esas funciones. También muy pronto el hombre supo que podía disociarlas y buscarlas por separado. Los romanos decadentes que celebraban largos y refinados banquetes no pretendían alimentarse, sino tan solo saborear sofisticados placeres gastronómicos. De ahí que provocaran el vómito, para evitar la saciedad y poder seguir degustando. Por el contrario, el astronauta empotrado en su pequeña cápsula espacial se alimenta a base de píldoras, que contienen los nutrientes necesarios, y desprecia el placer de la mesa. Lo mismo vale para el sexo: podemos disfrutar el sexo sin la reproducción y, modernamente, lograr la reproducción sin sexo. Pretender que el sexo no tiene que ver con la reproducción es hacer violencia a la fisiología y a la realidad. ¿Consideraremos un uso natural del intestino emplearlo para almacenar objetos no comestibles –por ejemplo, bolsitas con droga–? Seguramente, no, aunque sea físicamente posible hacerlo. Lo mismo valdría para el sexo, ordenado naturalmente a la reproducción.

[15] En Alemania, por ejemplo, sólo se permite implantar un embrión.

[16] En esa misma entrevista para la SER, se preguntaba: <¿Qué es lo que quieren exactamente esos grupos, encarcelar a las mujeres?>. Sin comentarios.

[17] La ética tradicional y la buena praxis médica han admitido siempre la licitud de la doctrina del <voluntario in causa> y de la acción con doble efecto en el supuesto de la mujer embarazada a la que se le diagnostican patologías que requieren tratamiento. Es admisible radiar el tumor canceroso, aunque eso provoque incluso la muerte del feto, siempre que el objetivo pretendido –en las mentes del médico y de la gestante– sea la curación de la madre y no la muerte del feto. Hablar de aborto terapéutico resulta engañoso y seguramente se hace con ánimo de confundir. Por supuesto que esa madre también puede decidir retrasar o no aplicar el tratamiento para no dañar a su hijo: el heroísmo existe, aunque no sea algo moralmente exigible.

[18] En la discusión sobre el aborto se tiende a prestar demasiada poca atención al aspecto económico, al que luego me referiré.

[19] Ley Orgánica 2/2010 de Salud Sexual y Reproductiva y de la Protección

Voluntaria del Embarazo.

[20] Lo notable de este caso es que alguien así pueda llegar a ser ministra del Gobierno español. No menos escandaloso fue su cese: Zapatero donó casi doscientos millones de dólares a ONU Mujeres, la recién creada agencia de la ONU para el empoderamiento de la mujer y la igualdad de género, para que contratara a Bibiana Aído como asesora. El escándalo de las indemnizaciones o pensiones millonarias no es monopolio del sector financiero.

[21] Cfr. Hannah Arendt, Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal, Lumen, Barcelona 1999. Laurence Rees, Auschwitz. Los nazis y la “solución final”, Crítica, Barcelona 2005.

[22] Por la propia naturaleza del asunto faltan estudios sociológicos sobre el personal que realiza abortos o que colabora en su realización. Por lo que sabemos, su suerte no es envidiable, y hay datos de frecuentes trastornos: depresión, alcoholismo, drogadicción. Aunque seamos capaces de acostumbrarnos a (casi) todo, hay situaciones difíciles de afrontar. En algunos centros públicos se dan, en ocasiones, situaciones de esquizofrenia: el mismo personal sanitario pone medios extraordinarios para sacar adelante a bebés muy prematuros y, luego, elimina sin contemplaciones a bebés en el seno materno (abortos tardíos). No sorprende que esta <dobles vida> provoque trastornos: hay un límite en lo que una persona normal puede soportar sin romperse anímicamente.

[23] Hay que resaltar que el estímulo para que la justicia actuase tuvo que venir del extranjero. Esta circunstancia dice mucho sobre la actitud de nuestras autoridades; también, sobre la índole de nuestra débil sociedad civil.

[24] En 2013 Europa acogía el 7% de la población mundial, generaba el 25% del PIB mundial y se hacía cargo del 50% de los gastos sociales mundiales. Como contrapartida, la Unión Europea gasta poco en defensa. En Estados Unidos se da la situación inversa: muy elevada inversión en defensa y menor gasto social. Parece difícil tener todo a la vez. Si tuviera que recurrir a la fuerza para defenderse, Europa estaría abocada a contar con la ayuda militar norteamericana. Sin su concurso no hubiera sido posible acabar en los noventa con las guerras en el territorio de la ex Yugoslavia.

[25] Menciono un caso que me parece muy ilustrativo: en Alemania hay una extendida <cultura del balneario>. Hasta comienzo de los noventa, cada alemán tenía derecho a disfrutar 21 días de balneario al año a cargo de la sanidad pública, siempre que un médico lo determinara. Como es lógico, el pueblo alemán hacía uso masivo de esa prestación. El esfuerzo económico que supuso la reunificación llevó al Gobierno a reducir la prestación a 18 días, lo que provocó una clamorosa protesta popular. Con ese motivo el Canciller Kohl pronunció la famosa frase, tan repetida: –<Los alemanes se quejan en un alto nivel de bienestar>.

[26] Tampoco nota apenas los recortes la <genda de género>, el homosexualismo político. Las subvenciones públicas siguen fluyendo con generosidad en las arcas de todo tipo de colectivos LGBT y para las actividades que organizan –día del orgullo gay, talleres, festivales, etcétera–. Esta política se aplica con generosidad en comunidades autónomas como Cataluña –durante el Gobierno del tripartito y bajo el Gobierno de CiU– y Andalucía, pero también en autonomías o municipios gobernados por el PP. Hay una evidente cercanía entre esos grupos y los activistas partidarios del aborto; en ocasiones, se trata de las mismas personas.

[27] Organización Médica Colegial de España, Desde el corazón de la Medicina. Homenaje a Gonzalo Herranz, Madrid 2013, p. 109. En la entrevista que José María Pardo hace al Dr. Herranz (pp. 47–218) se abordan con gran lucidez los retos a los que se enfrenta la bioética en la actualidad.

[28] A su lado, el genocidio armenio a manos de los turcos, que podría considerarse como el precedente más cercano, parece un burdo trabajo de aficionados.

[29] Se trataba de un campo de exterminio sin barracones para alojar a los internos: las víctimas eran asesinadas nada más llegar. Su esperanza media de vida era de hora y media.

[30] Conviene recordar que tanto los estadounidenses como los rusos supieron sacar abundante partido de esas investigaciones. En el trabajo de los médicos nazis están, por

ejemplo, los fundamentos de la medicina espacial.

[31] Por ejemplo, un médico que no esté dispuesto a practicar abortos no puede trabajar hoy como ginecólogo en un país como Australia.

[32] Una tendencia del todo similar se observa en el ámbito de la educación en general y de la enseñanza universitaria en particular. Se acabó la secular autonomía universitaria y la regulación de docencia e investigación se ha convertido en cosa de funcionarios y tecnócratas.

[33] Está fuera de duda que, en algunos casos, esa preocupación benéfica era sincera. Por ejemplo, ahí está la labor del explorador David Livingstone, que decidió quedarse en África para ayudar a la población autóctona, con su programa de las tres <c>: cristianismo, civilización, comercio.

[34] El <enemigo> sobre el que hay que prevenirse no se encuentra necesariamente lejos de la metrópolis. Darwin alerta a sus lectores sobre los irlandeses, gente sin cultura ni educación, primitivos, vagos, que se reproducen como los conejos. Frente a ellos destaca a los escoceses, austeros, trabajadores y sacrificados, que dedican años a su preparación, se casan más tarde y tienen menos hijos. El peligro de la invasión irlandesa queda bien definido. No sorprende la inhumana política de Inglaterra durante el siglo XIX para con la ocupada Irlanda. Las hambrunas constituyeron una política especialmente adecuada para mantener a raya a una población levantisca. Se cobraron millares de víctimas y obligaron a los irlandeses a emigrar masivamente a América. No fueron ni Stalin ni Mao los inventores del hambre como recurso para exterminar a millones de campesinos demasiado apegados a su tierra y a sus tradiciones y poco sensibles a las <ventajas> del comunismo. El aborto significa una solución todavía más radical: no es necesario hacer pasar hambre a los que ni siquiera se les ha permitido nacer.

[35] Años de vértigo: Cultura y cambio en Occidente, 1900–1914, Anagrama, Barcelona 2013, pp. 153 y 144.

[36] Inicialmente, la colonia fue propiedad privada del rey. Cuando la explotación del caucho dejó de ser rentable, el monarca la vendió al Estado belga.

[37] El CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) organizó en Madrid hace unos años una mesa redonda sobre el aborto. Intervenían ocho ponentes, todas mujeres: seis favorables al aborto —a las que habría que sumar la moderadora, nada imparcial— y dos defensoras de la vida, Esperanza Puente y Alicia Latorre, Presidenta de la Federación Española de Asociaciones Provida. La señora Latorre es de pequeña estatura, pero de gran coraje, y no se arredró en absoluto a pesar del ambiente hostil. A lo largo de sus intervenciones habló una y otra vez de <la criatura>, víctima del aborto, lo que incomodó claramente a sus oponentes, que recurrían a los eufemismos al uso. Finalmente, una de ellas no aguantó más y estalló: —<De acuerdo, es verdad. Lo que reivindicamos es el derecho a matar a nuestros hijos>. Se hizo un silencio helador ante esa declaración tan contundente como imprevista. Por fin alguien expresaba sin rodeos el sentido genuino del planteamiento abortista.

[38] Antes he aludido a la afinidad entre feminismo y aborto: en general, la mayoría del feminismo más beligerante defiende el aborto. Me parece oportuno apuntar aquí que el machismo retrógrado, que el feminismo combate con toda justicia, no es algo medieval, sino un genuino producto de la modernidad ilustrada: <... la mujer, ese ser de cabellos largos e ideas cortas>, escribió Nietzsche. En *La flauta mágica*, la popular ópera de Mozart, podemos ver en la Reina de la Noche, figura tenebrosa e inquietante, la expresión paradigmática del modo ilustrado de considerar a la mujer.

[39] Philipp von Jolly, profesor de Física en la Universidad de Munich, recomendó al joven estudiante Max Planck que no se dedicara a esa ciencia: estaba a punto de terminarse como disciplina científica, una vez resueltos los últimos problemas pendientes. Este era el clima de opinión reinante en el medio científico en el último cuarto de siglo XIX.

[40] José Luis Comellas, *Historia sencilla de la Ciencia*, Rialp, Madrid 2009, p.244.

[41] Se observa una actitud similar, muy difundida, ante la salud. ¿Cómo se puede fundamentar un derecho a la salud en general? Es una suerte que el Estado del bienestar

tome a su cargo nuestra asistencia sanitaria, pero nadie puede asegurarnos que estaremos siempre sanos. ¿Vamos a denunciar a virus y bacterias? ¿A las corrientes de aire por propagar agentes patógenos? ¿Ante qué jurisdicción? Gozar de buena salud es cuestión de genes, de estilo de vida y de suerte. No tiene sentido convertir los normales azares de la vida en objeto de reivindicación ante el Estado.

[42] Los líos amorosos del presidente francés, François Hollande, han alimentado las comedias de toda Europa. Las censuras a ese vodevil han sido abundantes, pero Hollande también ha encontrado defensores. El alcalde de París, Bertrand Delanoë, ha reivindicado el derecho del presidente a la pasión y al arrebato: la inmadurez como ideal. En palabras del ministro del Interior Manuel Valls, <Hollande se comporta como un adolescente retardado>.

[43] El Comité Central de Deontología de la Organización Médica Colegial llegó a proponer el aborto libre y gratuito, en la confianza de que los médicos se negarían masivamente a realizarlo. De esta forma, se hubiera acabado con el siniestro negocio de las clínicas abortistas.

[44] El trabajo que me parece de metodología más fiable es el de David M. Fergusson, L. John Horwood and Elizabeth M. Ridder, <Abortion in young women and subsequent mental health>, *Journal of Child Psychology and Psychiatry* 47:1 (2006), pp. 16–24. Se trata de un estudio longitudinal llevado a cabo durante 25 años en Nueva Zelanda. Las conclusiones sugieren que el aborto en mujeres jóvenes (entre 15 y 25 años) puede asociarse con un mayor riesgo de problemas de salud mental.

[45] No me parece necesario extenderme en este punto con detalles concretos, pero cito uno: me contaba una mujer que había abortado en circunstancias dramáticas que cuando iba por la calle, de modo especial en los parques o zonas de juegos infantiles, se <obligaba> a sí misma a acercarse a madres que llevaban a bebés en cochecitos y a contemplar a esos hijos, para cobrar conciencia de lo que ella había rechazado.

[46] Habría que incluir en este capítulo a las adolescentes y jóvenes que consumen masivamente la píldora del día después, básicamente tras las fiestas del fin de semana, en el contexto de <la movida de la noche>. No sé qué es más irresponsable, el

comportamiento de esas chicas, el de los empresarios de la noche que hacen negocio con ellas, el de las autoridades que estimulan ese ocio del hedonismo o el del personal sanitario –médicos, farmacéuticos, enfermeros— que reparten alegremente auténticas <minas personales cargadas de hormonas>.

[47] Ocurre lo mismo con las consecuencias de la revolución sexual. El sexo se ha hecho omnipresente en nuestra cultura y, entre otras cosas, da lugar a un negocio en el que se mueven millones. Hay muchos interesados en que la actividad no decaiga. La realidad no es luego tan fun como nos pinta la publicidad. Una de las facetas menos amables de la promiscuidad consiste en el preocupante incremento de las ITS (infecciones de transmisión sexual), de las que el sida no constituye más que la punta del iceberg. Gobiernos <liberados> y empresarios sin escrúpulos pueden fomentar alegremente conductas desenfadas, prometiendo la felicidad a los consumidores. Pero por encima de intereses ideológicos o comerciales, los virus y las bacterias van a lo suyo, para ellos no hay corrección política que valga. Aparecen nuevas patologías y reaparecen otras que creíamos ya superadas, como la sífilis. El CDC de Atlanta, centro de referencia de los Estados Unidos, lo mismo que las oficinas regionales de la OMS, van dando periódicamente sus datos epidemiológicos, con los rutinarios toques de alarma, pero hacerse eco de esa inquietud parece retrógrado. Se entiende que los negociantes que hacen su agosto con el sexo quieran acallar esas voces que amenazan su negocio, pero no se entiende que autoridades sanitarias, como las españolas, hagan dejación de su responsabilidad y no informen adecuadamente a la población.

La conexión entre revolución sexual y aborto salta a la vista, y se hace especialmente perceptible en los embarazos no deseados de adolescentes.

[48] Aunque sea minoritaria, se da también la situación inversa: varones que quieren tener ese hijo y mujeres que optan por el aborto. En estos casos, los padres se encuentran completamente indefensos, pues la ley se pone de parte de la madre. Los efectos de la injusticia que significa el aborto son múltiples y variados. Recuerdo una escena difícil de olvidar: una joven embarazada llega hasta la entrada de una clínica abortista acompañada por el padre de la criatura. Hasta el último momento, el padre intenta disuadir a la madre, que no cede. Sí que le permite que se despida del bebé; el padre se arrodilla en la acera, con el rostro a la altura del vientre de la madre, y dirige unas conmovedoras palabras a su hijo. La madre aguanta impertérrita. Supe después que esa pareja rompió y que la mujer se encontraba en tratamiento psiquiátrico.

[49] Considero que uno de los mayores escándalos de nuestra política ha sido el abandono de las mujeres embarazadas con dificultades por parte de los sucesivos Gobiernos y el ofrecimiento de todo tipo de medios para facilitar los abortos. No cabe mayor subversión de la idea de justicia. Ver estas políticas en Estados aparentemente civilizados en pleno siglo XX produce una extraña sensación de perversidad. Como si nos encontráramos inmersos en una pesadilla, cuesta aceptar que todo eso sea real.

[50] Max Weber lo define como la comunidad política que ejerce con éxito el monopolio de la violencia legítima para una población y un territorio determinados. Para Carl Schmitt es la instancia que está en condiciones de decretar y hacer cumplir el estado de excepción.

[51] Kart Deutsch decía que el poder es no tener necesidad de aprender: la voluntad del poderoso se impone sin más, no tiene que adaptarse a circunstancias externas. Es él quien condiciona a los demás.

[52] Los doscientos millones de armas de fuego que se guardan en los hogares estadounidenses nos parecen, a los ojos europeos, una anomalía. Tiene que ver con la juventud de la nación norteamericana, donde todavía pervive el <espíritu de la frontera>, de la conquista del Oeste. La sociedad civil se sabe ahí la primera protagonista social, y el Estado es tan solo algo añadido, sobrevenido, que se tolera a regañadientes (<la gente de Washington, que vive a expensas de la nación>). Pero ni siquiera esa sociedad ha logrado impedir que el Estado haya ido adquiriendo un peso creciente con el paso del tiempo.

[53] Ya abordé el diferente trato que damos a los humanos y a los animales y plantas. Se da un alarmante contraste entre la preocupación por la naturaleza física, presente en los planteamientos de Gobiernos y movimientos ecologistas, y la despreocupación –que llega a la hostilidad– por la naturaleza humana. La cultura que se preocupa por la vida de animales y plantas contrasta con la cultura de la muerte que apunta al ser humano, en el comienzo y en el final de su vida natural: hay que limitar el número de seres humanos en la tierra. Dado que el hombre es el contaminador por excelencia, cuanto menos existan tanto menor será esta. Los representantes de la <ecología profunda> (deep ecology) mencionan incluso la cifra ideal de habitantes humanos para el planeta: en torno a quinientos millones. Eso sí, guardan un pudoroso silencio sobre el modo de llevar a la

práctica esa recomendación.

[54] La <píldora> se diseñó expresamente para acabar con esa <molestia> y prometía a las mujeres el control de su fisiología. Falsa expectativa. La experiencia indica que praxis anticonceptiva y aborto van de la mano. Incluso hemos llegado a la inesperada situación de que el aborto se haya convertido en un simple remedio contraceptivo.

[55] Este cambio también tiene su correlato en la Geología: estamos entrando en una nueva era, denominada <Antropoceno>.

[56] La sociología es una ciencia de síntesis, que se nutre de aportaciones de otras muchas disciplinas. Así lo vengo haciendo en este trabajo.

[57] Está, por tanto, fuera de lugar que la oposición descalifique el proyecto de reforma de la ley del aborto presentando al ministro Gallardón como un acólito del cardenal Rouco. Se trata de un tic propio de nuestra izquierda, que también vio en la reforma de la ley de educación una siniestra conspiración del Gobierno de Rajoy con la Iglesia católica. ¿Seremos capaces de superar alguna vez ese rancio clericalismo? ¿Dejaremos de andar algún día detrás de los curas, bien con el cirio o bien con el garrote en la mano? En el fondo, el anticlericalismo viene a ser –lo dice la misma palabra– otra forma de clericalismo.

[58] Para Gustavo Bueno, filósofo marxista y ateo, la ley Aído constituye un caso flagrante de degeneración democrática. El aborto significa <un regreso o retroceso reaccionario a la época de la barbarie>. En términos similares se expresa Norberto Bobbio: <Soy laico, pero no laicista, porque también el laicismo es una iglesia con sus dogmas y anatemas... Me pregunto qué sorpresa puede haber en el hecho de que un laico considere válido, en sentido absoluto, como un imperativo categórico, el no matarás... El suicida dispone de su propia vida. Con el aborto se dispone de la vida ajena. Me asombra que los laicos dejen a los creyentes el privilegio y el honor de afirmar que no se debe matar>.

[59] Es revelador que en la actualidad la expresión <calidad de vida> tienda a sustituir a la tradicional <santidad de la vida>. Se sobreentiende que la ausencia de la deseable calidad justificará la eliminación de esa vida defectuosa. No se trata de un planteamiento original: Hitler se aplicó con demoledor entusiasmo a la tarea de suprimir las <vidas indignas de ser vividas>.

[60] La encíclica *Evangelium Vitae* (Juan Pablo II, 1995) constituye un alegato insuperable sobre el carácter inviolable de la vida humana.

[61] Cuando Prusia anexionó la Silesia polaca, el rey Federico II, al que ya conocemos como paradigma de soberano ilustrado, decidió construir una catedral católica en Berlín, para esos nuevos súbditos católicos. El mismo se encargó de proyectarla. Como contaba con que la religión era un fenómeno a extinguir en breve plazo, previó un templo que pudiera convertirse fácilmente en museo. ¿Dónde está hoy la monarquía prusiana? Son muchos los que han intentado acabar con la Iglesia: vana pretensión. Lenin era más inteligente, al prever que en el futuro subsistirían dos <podere> en el mundo, el comunismo y la Iglesia católica. Acertó a medias.

[62] Planteo la cuestión en general y en términos teóricos. Esto no quiere decir que únicamente las personas religiosas puedan ser éticas. En la práctica hay de todo. También, como es obvio, agnósticos excelentes personas, de integridad moral ejemplar, y creyentes que son auténticos sinvergüenzas.

[63] De modo esquemático y a título de ejemplo menciono algunos de los debates pendientes en el ámbito nacional: la corrupción; la revisión del Estado de las autonomías; los nacionalismos periféricos; el final del terrorismo de ETA; la reconciliación nacional (memoria histórica, Guerra Civil, las dos Españas); la reforma del Senado; el papel de la Monarquía; la devolución de la independencia a la judicatura (reforma del Consejo General del Poder Judicial); la regulación de las relaciones entre el Tribunal Supremo y el Tribunal Constitucional; la reforma de la ley de partidos políticos (con hincapié en su financiación); la reforma de la ley electoral, para dar más protagonismo a la sociedad civil (listas abiertas, etcétera); la regulación del derecho de huelga; la reforma del mercado laboral; la culminación de la reforma bancaria; la aplicación de los códigos de buen gobierno en las grandes empresas; la tarifa eléctrica; las obras públicas faraónicas e inservibles; la economía del fútbol; la auténtica reforma

de la educación; la investigación científica: básica y aplicada (I+D); el futuro del sistema de pensiones; la adaptación de la sanidad a la situación económica: disminuyen los recursos y se disparan los gastos –médico y farmacéutico–.

[64] El movimiento abortista comparte objetivos y estrategias con el feminismo radical y la ideología de género. No obstante, se dan en ocasiones llamativas diferencias. Por ejemplo, el feminismo viene criticando la práctica del aborto selectivo de niñas en China, la India y otras regiones del mundo. Se trata de una curiosa forma de luchar contra la discriminación. Desde la perspectiva abortista y supuesto que el aborto es un derecho fundamental, ¿qué más da que la madre decida eliminar al feto en función del sexo? ¿A qué viene esa irritación feminista? Si mi cuerpo es mío, hago con él lo que quiero. Si el mercado reproductivo empieza a permitir seleccionar determinados rasgos – color de los ojos y del cabello, destrezas físicas e intelectuales–, ¿por qué no se va a poder elegir igualmente el sexo de los hijos?

[65] Dentro de las organizaciones internacionales hay, por supuesto, voces discrepantes. En Europa, por ejemplo, tenemos los casos de Irlanda, Polonia, Hungría y Malta, que mantienen políticas provida, a pesar de la insistente presión de los organismos comunitarios.

[66] Habrá que ver si el prometedor desarrollo de la medicina paliativa consigue frenar la propagación de la eutanasia. El dolor insoportable ha dejado de ser, al menos en los países desarrollados, un motivo para poner término a la vida de los pacientes.

[67] Joseph Goebbels, el genial y perverso ministro de la propaganda en el régimen nazi, marcó el camino con la película Yo acuso (Ich klage an), proyectada para hacer aceptable la eutanasia a la opinión pública alemana. Entre 1940 y 1942 vieron la película 18 millones de espectadores. En 1941 obtuvo el <Premio de las Naciones> en la Bienal de Venecia.

[68] Luego se ha sabido que el caso límite presentado ante el tribunal era falso: se trataba de un montaje, preparado para inducir la sentencia favorable y el cambio legislativo. Ironías de la vida: Norma Wade, que se prestó a ese juego, se convirtió posteriormente al catolicismo y es hoy una activista provida.

[69] La ONU calculó en 2009 que los 142 millones de rusos de ese momento se convertirían en 116 millones en 2050. El crecimiento relativo de las minorías musulmanas pone en peligro la cohesión social.

[70] De modo sintomático, el Gobierno chino acaba de liberalizar su represiva legislación natalista: se abre la puerta al segundo hijo. También en China se advierte ya el envejecimiento de la población, que podría poner en peligro el crecimiento económico. De todos modos, sería prematuro celebrar un definitivo cambio de mentalidad en los medios oficiales. Mientras se escriben estas páginas, un <escándalo> agita la opinión pública china: el popular cineasta Zhang Yimou, seguramente el más internacional de los directores chinos, ha sido condenado a pagar una multa de 900.000 euros por haber tenido tres hijos.

[71] Una vez que el bando abortista consiguió –con gran habilidad– apropiarse de la etiqueta pro choice, resultaba sencillo descalificar al bando contrario como intolerante y enemigo de la libertad. No se ha tematizado suficientemente lo que implica una libertad que se ejercita para matar.

[72] No he podido examinar en estas páginas el papel de las empresas multinacionales en este ámbito. No pocas veces han adoptado estrategias claramente militantes a favor de la cultura de la muerte o de la ideología de género, dentro –con sus propios trabajadores– y hacia fuera. También aquí se notan los cambios: ahí está, por ejemplo, la campaña <Ser Padres>, de Coca Cola Life.

[73] Una fase intermedia es la que lleva a Tito Livio a decir de la Roma de su tiempo: <No soportamos ni nuestros vicios ni nuestros remedios>.

Índice

Índice	3
Introducción	5
MALESTAR DE FONDO Y DESMORALIZACIÓN SOCIAL	7
ABORTO Y DESFONDAMIENTO MORAL	10
LA CONDICIÓN PARADÓJICA DE NUESTRA SOCIEDAD	11
LA CAPITULACIÓN DEL ESTADO DE DERECHO	12
DISCAPACIDAD Y ABORTO	13
ANIMALES, PLANTAS Y HUMANOS	15
OSCURANTISMO FRENTE A TRANSPARENCIA	17
LA OPACIDAD DEL ABORTO	18
EL DEBATE SOBRE LA LEY ORGÁNICA DE PROTECCIÓN DE LA VIDA DEL CONCEBIDO Y LOS DERECHOS DE LA MUJER	19
ABORTO Y VOTOS ELECTORALES	22
LA ARGUMENTACIÓN ABORTISTA	23
LA MANIPULACIÓN DEL LENGUAJE	24
LA NEGACIÓN DEL PROBLEMA	26
LA MAGNIFICACIÓN DEL PROBLEMA	27
LA IGNORANCIA	28
LAS CAUSAS DE LA DIFUSIÓN DEL ABORTO	30
PODEMOS ACOSTUMBRARNOS A TODO	31
LA CULTURA SE IMPONE A LA NATURALEZA	32
LA CODICIA Y UNA OPORTUNIDAD DE NEGOCIO	33
PARA EL ABORTO NO HAY RECORTES	35
LA RENDICIÓN DEL PERSONAL SANITARIO	36
LA BIOGRAFÍA DE LOS ACTORES IMPLICADOS	39
EL PAPEL DEL DERECHO	42
AL SERVICIO DEL IMPERIALISMO OCCIDENTAL	45
LA EXALTACIÓN DE LA LIBERTAD	49
LA LIBERTAD DE LOS CLÁSICOS	50
LOS MODERNOS Y LA EXALTACIÓN DE LA LIBERTAD	52
LOS MODERNOS Y LA NEGACIÓN DE LA LIBERTAD	54
INFANTILISMO Y AUSENCIA DE RESPONSABILIDAD	57
EL PAPEL DE LAS PASIONES: ODIO, ENVIDIA, MIEDO	61

VIOLENCIA Y PODER: LA FASCINACIÓN DEL PODER SUPREMO	65
LA RELIGIÓN TAMBIÉN TIENE ALGO QUE DECIR	70
LOS DEBATES PENDIENTES	74
NO ES FÁCIL DEBATIR SOBRE EL ABORTO	75
SE PUEDE REVERTIR LA CULTURA DE LA MUERTE	78
Citas	82